SABINO BERTHELOT

RECUERDOS Y EPISTOLARIO (1820-1880)

Traducción de LUIS DIEGO CUSCOY

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
LA LAGUNA – TENERIFE
1980

RECUERDOS Y EPISTOLARIO
(1820-1880)

HOMENAJE DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS CANARIOS
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE
DE
SABINO BERTHELOT

Edita: INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
© Traducción: LUIS DIEGO CUSCOY
Fotocomposición
e impresión: LITOGRAFIA A. ROMERO, S. A.
Avda. Angel Romero, s/n.
Santa Cruz de Tenerife
ISBN 84-00-04686-2
D. L. TF. 653-1980

RECUERDOS Y EPISTOLARIO

(1820 - 1880)

por Sabino Berthelot

Antiguo Secretario General de la Sociedad Geográfica de París, Cónsul de Francia jubilado, condecorado con las Palmas Académicas, uno de los autores de la «Historia Natural de las Islas Canarias», etc., etc., etc.

Traducción y prólogo

por LUIS DIEGO CUSCOY

Instituto de Estudios Canarios

La Laguna-Tenerife

1980

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

PROLOGO A LA EDICION ESPAÑOLA

«Souvenirs intimes ou Miscellanées épistolaires» los publica en París E. Plon el año 1883. Es edición privada, al cuidado de dos amigos del autor. Abarca un largo período de la vida de Sabino Berthelot, desde 1820 a 1880, es decir, desde el año de su llegada a Tenerife hasta el año de su muerte en Santa Cruz. Por consiguiente, «Recuerdos y Epistolario» –título de la presente edición– es obra póstuma. A pesar de la distinción aparentemente establecida por el propio Berthelot, recuerdos y cartas son una misma cosa, en cuanto que recogen momentos y episodios de la vida del autor, situaciones que a su vez tienen un eco más elaborado –en especial el período comprendido entre 1820 y 1830– en las «Miscellanées Canariennes», que ahora se publican con motivo del centenario de la muerte de Berthelot con el título de «Primera Estancia en Tenerife».

Forzosamente ambas obras tienen que coincidir, y de hecho coinciden, en cuestiones que se sitúan en el primer período –de 1820 a 1830–, lo que da origen a una reiteración de episodios y temas que de algún modo ha habido que suprimir de una obra y respetar en la otra. Por ejemplo, temas repetidos son su correspondencia con su compatriota Auber –que reside en La Orotava– sobre el huracán de 1826, sus herborizaciones con Webb en Chasna, sus excursiones a Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria y La Palma. Todo ello se ha respetado en «Primera Estancia en Tenerife» y se ha suprimido en «Recuerdos y Epistolario». En el lugar correspondiente de ésta encontrará el lector una nota aclaratoria al respecto.

En la parte dedicada a recuerdos se encuentran valiosas anotaciones en las que se capta con gran vivacidad y agudeza el ambiente social, político y humano de la capital de la isla. Es también en esa primera parte donde se encuentran interesantes apuntes de mucho interés para la biografía de Philippe-Barker Webb, quien, además, queda retratado de cuerpo entero como científico y como hombre. A lo largo del epistolario quedará más firmemente diseñada la figura de este sabio naturalista.

Digamos que el «Epistolario» está compuesto por setenta y ocho cartas dirigidas a los siguientes corresponsales: P. Armand (profesor de liceo), Emilio Auber (hijo de Alexandre), Auguste Beaumier (cónsul), Domingo Bello y Espinosa (abogado, publicista y botánico), Charles Bolle (naturalista), Paul Broca (antropólogo), Charles Caffin (diplomático), Barón Castelo de Paiva (médico y naturalista), Auguste Couder y viuda de Couder (pintores), P. Denis (naturalista), General Faidherbe (especialista en epigrafías norteafricanas), A. Grasset (viajero), León Lavialle (naturalista), A. Lemercier (bibliotecario), H. Martin (naturalista), Agustín Millares (escritor e historiador), Monteiro (viajero y poeta), Alfred Moquin-Tandon (naturalista), M. Ogier (físico), Aquilino Padrón (eclesiástico y descubridor de *Los Letreros* de El Hierro), Mariano Pardo de Figueroa (escritor y erudito), E. Plon (litógrafo, impresor y editor), M. Poirson (amigo personal), Presidente del Congreso de Ciencias Geográficas de París, A. de Quarefages (antropólogo y arqueólogo), Rimbaud (naturalista), Webb (naturalista), Elías Zerolo (escritor).

Esta correspondencia parte de Tenerife hacia los más diversos destinos: París, Fontaineblau, Berlín, Lisboa, Isla de La Madera, Marsella, Medina Sidonia, Jersey, Mogador, Argelia, Tolón, Madrid, y dentro de Canarias, a La Palma, Las Palmas, La Laguna y La Orotava. Hay que pensar que la correspondencia de Berthelot debió haber sido mucho más nutrida, pero la selección hecha por él mismo debe comprender sin duda aquellas cartas a las que dio mayor importancia tanto por los destinatarios como por la calidad de los temas tratados.

El epistolario propiamente dicho comienza el año 1847, año en que se incorpora a su puesto como Cónsul General de Francia en las Islas Canarias, con sede en Tenerife. Obtiene el retiro en 1874, a los ochenta años de edad, motivo por el que se siente libre como un pájaro, pero con las alas todavía aptas para volar. La imagen resulta cierta cuando se sabe que mantuvo una animada correspondencia hasta muy poco antes de su muerte. Si nos fijamos en la que despachó el año 1880

advertimos que hasta el final de su vida los estudios canarios constituyen su más profunda preocupación: no es que haya dejado de interesarse por la historia natural de las Islas Canarias – su correspondencia es bien elocuente a este respecto –, sino que concede atención preferente a los temas etnográficos, arqueológicos y antropológicos referidos al mundo prehispánico, soterrada y misteriosa corriente que arrastra a Berthelot a lo largo de toda su vida. No debe estimarse como casualidad que sus últimas cartas vayan dirigidas a corresponsales canarios para insistir en el primer poblamiento de las islas, o a destinatarios extranjeros para acompañar el envío de su última obra, «Antiquités canariennes», obra que ve la luz en 1879, verdadero canto de cisne del fiel y apasionado investigador.

A Don Elías Zerolo, director de la importante «Revista de Canarias», había escrito en 1879 para exponerle sus teorías referentes a las migraciones de pueblos antiguos en relación con Canarias. En 1880 le escribe de nuevo para insistir sobre el mismo tema. Estas dos cartas resumen en cierto modo no sólo las ideas de Berthelot sobre la cuestión, sino que sirven para situar el nivel de los conocimientos de la época sobre el poblamiento de las Canarias.

También de 1880 es una carta a Ch. Bolle, en Berlín, para recomendarle a Don Domingo Bello y Espinosa, quien asistirá como delegado de la Diputación de Canarias a la Gran Exposición de la Pesca, que tendrá lugar en Berlín. También Bello y Espinosa recibe una carta sobre lo mismo. El mismo año de su muerte escribe Berthelot a Don Aquilino Padrón, el cura descubridor de los grabados de El Hierro, y a Don Agustín Millares, historiador y escritor grancanario, para agradecerle los artículos que ha publicado sobre «Antiquités canariennes».

Es precisamente esta obra la que motiva sus últimas cartas a Broca y a Qutrefages, fundadores de la antropología moderna, y a Faidherbe, el especialista en epigrafías líbico-bereberes.

Pero al margen de la preocupación puramente científica, no hay que olvidar que Sabino Berthelot escribe a sus colegas y amigos desde Santa Cruz de Tenerife. Cierto que con mucha frecuencia privan los temas científicos, pero no es menos cierto que con éstos van entreverados problemas domésticos, noticias sobre la vida política y social de la ciudad e incluso comentarios alusivos a la vida española en general. Más de una vez se desahoga con su amigo el poeta y viajero Monteiro, que vive en la isla de La Madera. Y entonces lo mismo habla de la proliferación de periódicos en Santa Cruz –tantos, «que hay más que gente

que los lea»– que da una valiosa información sobre la epidemia de fiebre amarilla del año 1862, ya que el mismo Berthelot sufrió la enfermedad y se salvó milagrosamente. Lo mismo le cuenta a L. Lavialle que ya se ha segado la cebada, para referirse a la precocidad de la estación de las cosechas, que habla de las damas gordas o apergaminadas o de los perifollos con que la Marquesa de San Andrés trata inútilmente de disimular sus primaverales tres cuartos de siglo. Tanto cuenta una función de teatro por malos cómicos como la escala de la corbeta rusa «Cronstad» o la presencia en Santa Cruz de una división de la escuadra francesa.

Es un deslumbrante conjunto de temas en que todo vive y palpita, pues lo mismo que en «Primera Estancia en Tenerife», Berthelot asume el papel de cronista de lo que acontece, y que recoge en el mismo momento que se produce. Ambas obras constituyen dos fuentes insustituibles para el estudio de la sociedad tinerfeña de gran parte del siglo XIX.

Y también para la historia de las ideas. Cuando el joven Berthelot llega a Tenerife está impregnado del espíritu de la Revolución – «la inmortal revolución del 89», le dice en carta a su amigo Monteiro – y ha bebido en las fuentes de la Enciclopedia. Más adelante le alcanza de lleno el Romanticismo, mientras su larga vida le permite llegar, sensible y lúcido, hasta el Positivismo. A este respecto es muy significativa su carta a Rimbaud, así como la fecha de la misma, 1872: cuenta la elección, dentro del Instituto de Francia, de un miembro extranjero. Se disputan el puesto Darwin y Loven. El primero presenta su teoría del origen y evolución de las especies y el segundo los resultados de sus experimentos sobre generaciones alternantes. La corriente positivista, imperante en el seno del Instituto, decide así la cuestión: la experimentación de Loven es incuestionable; el origen de las especies, de Darwin, no deja de ser una teoría.

Dentro de esas coordenadas filosóficas y científicas se mueve Berthelot al final de su vida, y es precisamente con la generación positivista canaria con la que comparte trabajos y afanes. Al llegar a Tenerife los compartió con aquellos a los que alcanzaron los últimos destellos de la Ilustración y fueron lectores de la Enciclopedia. El Marqués de Villanueva del Prado podría servir de ejemplo, y al lado, la generación inconforme que se mueve en torno a la Universidad de La Laguna.

No es poco para la historia de las ideas en Canarias poder contar hoy con las crónicas, los recuerdos y el epistolario de Sabino Berthelot, que tan diversas facetas de la vida y del saber abarca desde su atalaya ti-

nerfeña. Porque es en esas crónicas, en esos recuerdos y en ese epistolario donde van quedando registrados todos los latidos de esas etapas tan apasionadamente recorridas por Berthelot. Es consciente de la época que le ha tocado vivir, y así se lo dice a su amigo Monteiro en 1868: «nosotros, que tantas cosas hemos visto en este siglo de transformaciones... podemos darnos por satisfechos de las etapas que hemos recorrido». Había llegado a Tenerife casi mozo, con un aire muy de su tiempo, tal como aparece en la bella litografía romántica que ilustra uno de los tomos de la «Historia Natural de las Islas Canarias». Una vieja fotografía, de una siena desvaído, acaso del final de su vida nos muestra un Berthelot de rasgos duramente castigados por los años.

Quizás fue entonces, poco antes de morir, cuando escribe a su amigo Charles Bolle: «Veo que su salud es buena, por lo que doy gracias al cielo; a mi edad no puedo quejarme de la mía, llevo bastante bien mis ochenta y seis años, que cumpliré el 4 de abril a mediodía». Alcanzó a ver la floración de abril de 1880, pero no llegó otro abril para Berthelot.

Al incorporarse al Consulado en Tenerife, en 1847, había escrito: «Otras distracciones han venido a llenar mi tiempo y así marcar la tercera etapa de mi vida. Satisfecho de haber cumplido con mi tarea, espero llegar al final como el viajero fatigado que quiere descansar... ¡Será lo que Dios quiera!».

Y Dios quiso que el descanso último fuera en la tierra por la que tanto hizo y a la que tanto amó.

Luis DIEGO CUSCOY

La Laguna de Tenerife, 12 de abril de 1980

INTRODUCCION

Notas y recuerdos de viajes y exploraciones

He conservado siempre los borradores donde ordinariamente recojo los resúmenes de las cartas que escribo a mis amigos. Este conjunto indicativo de fechas, cuestiones y temas diversos sirve para precisar mis recuerdos y evitar así repeticiones en mi correspondencia epistolar, ya que los mismos pensamientos vuelven a menudo a la mente al escribir a aquellos con los cuales acostumbra uno a hablar de las mismas cosas. Y en este intercambio de comunes aficiones la imaginación navega en un orbe de pensamientos que, naturalmente, pueden repetirse sin uno quererlo. Pero mi índice está ahí, para recordarme lo que ya he dicho.

I

Hace más de medio siglo que, atraído por las bellezas naturales del archipiélago que los antiguos llamaron Islas Afortunadas, pasé allí diez años consecutivos, desde 1820 a 1830, y me propuse escribir su historia.

Fue la época más feliz de mi vida, ya que entonces pude dedicarme con entera libertad a mis estudios preferidos. La franca hospitalidad y el agradable carácter de los habitantes de estas islas contribuyeron en gran medida a que prolongara mi estancia. Las estrechas relaciones que esta-

blecí con varias distinguidas personalidades y la profunda amistad que me unió a algunas de ellas, han dejado entrañables recuerdos que a menudo llevan mi pensamiento hacia aquellos tiempos dichosos.

Entre las personas con las que me relacioné más íntimamente debo citar en primer lugar a P. Alexandre Auber, muerto en La Habana, donde había sustituido a Ramón de la Sagra en la dirección del jardín botánico. Auber había adquirido una sólida formación: era un buen matemático y también se había ocupado de astronomía y física. Llegó a Canarias el año 1823, y desde que entró en relación conmigo se dedicó a la botánica. Nacido en Normandía, había conservado todas las esencias de su tierra, incluso el acento y formas expresivas. Un día que entró en mi casa empapado hasta los huesos por culpa de un aguacero que lo había sorprendido en el camino, le dije: –¿Por qué no se ha guarecido en algún sitio? Sale usted siempre sin paraguas. –¿Un paraguas?– respondió–: llovían alabardas, con la pica hacia abajo.

II

Fue más o menos por la misma época en que comenzaron nuestras relaciones con el buen Doctor Saviñón, cuya memoria me es siempre querida: a la sazón era profesor de Física de la Universidad de San Fernando, de La Laguna.

Saviñón había estudiado Medicina en Europa. Una larga estancia en París le había puesto en contacto con relevantes personalidades de la ciencia. En su casa yo tenía reservada una habitación, donde de vez en cuando iba a descansar de mis excursiones botánicas. Su gabinete, sus instrumentos, sus mapas, su biblioteca compuesta por los mejores libros antiguos y modernos, estaban a mi disposición. El afecto con que el querido doctor me había distinguido, no se entibió jamás: la última carta que escribió fue para mí.

III

Mis relaciones con el Marqués de Villanueva del Prado me fueron especialmente provechosas. El Marqués de Nava, como comúnmente se le conoce en las islas, era entonces uno de los más ricos propietarios de Tenerife: el Jardín de Aclimatación de La Orotava fue fundado a sus expensas.

Escritor distinguido, era autor de un ensayo de traducción en verso castellano de «El genio del Cristianismo», acompañado de notas muy curiosas. Persona bondadosa y amena, amigo apasionado de las ciencias y de las artes, gran señor por su talento y por su exquisito trato, yo había sido objeto en su casa de la mejor acogida . Puso a mi disposición su hermosa biblioteca, donde encontré una gran selección de interesantes obras en distintas lenguas sobre literatura e historia, una nutrida colección de libros de viajes, etc. Estos libros me parecieron particularmente muy útiles para los estudios que había iniciado y de un modo muy especial para familiarizarme con el español antiguo, cuyo conocimiento es indispensable para el mejor entendimiento de las crónicas de Indias y de los descubrimientos y primeras navegaciones trasatlánticas.

Gracias a la amistad con que me distinguía el noble Marqués, pude beneficiarme de todos esos tesoros literarios. Allí se encontraban todos los clásicos, incluso los más antiguos romanceros. Entre tan preciosas ediciones encontré la curiosa obra de Bernal Díaz, uno de los compañeros de armas de Hernán Cortés, el conquistador de Méjico. Bernal escribió, o más bien dictó, en un estilo tosco, pero sugestivo por su originalidad, los acontecimientos, combates y acciones de guerra en los que había participado y se había cubierto de gloria.

El Marqués de Nava ha muerto, con el sentimiento de todos cuantos le conocieron, y ¡qué cosa más curiosa!, el hijo que le sucedió nunca abrió un libro de su hermosa biblioteca: todas estas primorosas obras fueron para él letra muerta, y muchas fueron a parar a manos de profanos, se dispersaron o se perdieron.

Así, todo lo que en estas islas fue para mí motivo de gozo y admiración, lleva camino de desaparecer. Los hados inexorables se han llevado a mis mejores amigos, y el incendio y la desolación han asolado los bellos bosques que yo he descrito.

Que se me perdonen estas consideraciones... Ahora sigo, pues debo hablar de mi amigo por excelencia, de aquel que se asoció a mis trabajos y a los que dio lustre con su sabia colaboración.

IV

Durante muchos años, sin pausas, me he dedicado al estudio de la Historia Natural. Numerosas exploraciones en la isla de Tenerife y algunas correrías en Gran Canaria habían despertado mi entusiasmo y el

interés para extenderlas a las otras islas del archipiélago, pero carente de recursos, no me fue posible continuar mi trabajo. Mi buena estrella vino en mi ayuda en la persona de un naturalista, un distinguido sabio que llegó a Tenerife en 1827. Se trataba de Philippe Barker-Webb, con el que pronto hice muy buena amistad.

Webb había oído hablar de un botánico francés que exploraba las islas, y he aquí que, por casualidad, nos encontramos un día herborizando en el fondo de un barranco. Por mi aspecto debió reconocerme en el acto, y en tono jovial se acercó a mí para hablarme y hacerme preguntas. Nunca dos hombres de aficiones comunes se habían encontrado de manera tan oportuna: a los mismos gustos, la misma edad, la misma llaneza y casi pudiera decirse que el mismo modo de ser, si no reconociera que su carácter era mejor que el mío.

Webb, natural de Inglaterra, de noble familia, primogénito, su patrimonio le hacía poseedor de una gran fortuna. A su refinada educación se unía el título en Ciencias por la Universidad de Oxford, una sólida formación y variados y profundos conocimientos. Dotado de una gran memoria y de una gran inteligencia, así como de una rara facilidad para el estudio de las lenguas, escribía y hablaba correctamente el latín y el griego clásicos y conocía gramáticalmente cinco o seis lenguas modernas. Había sorprendido en Roma al célebre abate Mezoffanti en una conferencia sostenida entre ambos en ocho o diez idiomas: el sabio políglota quedó impresionado al verle sostener tan correctamente en griego moderno una conversación con un capitán de Candia. Durante nuestras sobremesas de la noche, yo mismo he oído a Webb recitar cantos enteros de Homero y Virgilio, odas de Horacio y poemas de Anacreonte. Pero todo su saber no lo había adquirido en los bancos de clase o en las aulas de la Universidad. Sus numerosos viajes habían constituido para él una fuente de estudio y de observaciones: de 1814 a 1825 había visitado sucesivamente diversos países del norte de Europa, su amada Francia, Suiza, Alemania, Italia, Grecia, Morea, Turquía, varias regiones de Asia Menor y, en último lugar, España, Portugal y algunos puntos de Marruecos.

Una obra conocida y estimada por todos los arqueólogos, «Consideraciones sobre el emplazamiento de la antigua Troya», escrita, por así decirlo, sobre el terreno, había introducido a P.B. Webb en el mundo del saber. Y puesto que estoy hablando de este hombre de mente lúcida, generoso y bueno, de corazón de oro, acabaré con tan breves notas mostrándolo tal como lo veo en el espejo de mi pensamiento.

V

Su comportamiento era el de un aristócrata inglés: su alta estatura, su noble aspecto, su agradable expresión, todo en él predisponía a su favor. Atraía su aire bondadoso y franco. A su gran saber unía una gran modestía: prudente y reservado con los desconocidos, pero encantador con sus íntimos. En un primer encuentro se le podía tomar por un alemán antes que por un inglés. Mirada dulce y afable, siempre sonriente y de expresión bondadosa. ¡Ay! Murió en París en la epidemia de cólera de 1859, en su casa de la avenida de Marboeuf, casa abierta a todos los naturalistas, que allí acudían en todo tiempo para documentarse en sus inmensos herbarios y aprovecharse de su importante biblioteca.

Pasaba Webb por ser uno de los más grandes botánicos de la época, y es posible que el más erudíto. Su pérdida ha sido muy sentida por todos, pues tanto en la Ciencia como en el corazón de sus amigos deja un gran vacío difícil de llenar. Ha legado su inmenso herbario y su rica biblioteca al Gran Duque de Toscana, del que era gran amigo. Pero desde la revolución de Italia su legado se encuentra en Florencia, depositado en el museo de la ciudad, en una sala especial, donde el botánico Parlatore, director del museo, está encargado de la conservación de las colecciones de nuestro amigo. En esta sala se inauguró, con motivo de la última exposición floral de Florencia, un busto en mármol a la memoria de P. B. Webb.

Se han publicado varias biografías de este eminente sabio, pero ninguna me ha dejado satisfecho. Creo mejor rendir a su memoria el justo homenaje del reconocimiento y del afecto que por él sentí. Espero poder hacerlo algún día a base de los numerosos documentos que poseo y los recuerdos de fraternal amistad que compartimos durante largos años.

VI

Sería interminable contar la historia de nuestras agradables correrías y viajes a través de las islas. ¡Qué de curiosas anécdotas, de encantadores sucedidos durante nuestras alegres marchas! ¡Qué de agradables y distintos episodios me vienen ahora a la memoria! Todos se me representan vivos y gratos: nuestra estancia en Arico, en casa del bueno de don Marcos Peraza; nuestra ascensión a la cima de El Sombrerito, con el cura de Vilaflor, las tardes del marquesado de Las Palmas o Casa

Fuerte de Adeje; o en Buenavista, en casa del Conde de Siete Fuentes, *Heptapigeos*, como le llamaba Webb.

Nunca he podido olvidar nuestra residencia en casa de la extraordinaria Doña María, en Gran Canaria, ni nuestro retorno de Lanzarote y Fuerteventura, ni nuestro regreso a Europa a bordo del *Triomphant*, ni nuestras correrías por Andalucía, ni la noche pasada en la posada de San Roque, cuyo patio tanto se parecía a aquel en que el héroe de la Mancha fuera armado caballero. Nada faltaba, ni el gordo posadero, ni el pozo de Maritornes, ni Sancho, representado por el mozo de cuadra –personaje que movía a risa–, ni el rocín ni Rocinante.

Todavía podría contar mucho más de aquellos tres años de viajes, antes de que comenzaran nuestras publicaciones: viajes a Alora, a Melilla, a las Islas Chafarinas, a Orán, a Argel, en el momento de la conquista. Después, nuestra estadía en Villefranche y la enojosa cuarentena que tuvimos que sufrir; nuestra estancia en Niza, y poco después, nuestros viajes por el norte de Italia y por las costas de Génova: nuestras exploraciones en los Alpes Marítimos, en los Apeninos y en el Piamonte, al paso de Tende, al Monte Cenis, a Courmayeur, por el valle de Aosta, a la Allée Blanche, a la Mer de Glace; nuestras andanzas por Saboya, por Suiza, por los grandes Alpes y por el Jura.

Fue durante una de esas expediciones cuando nos encontramos, en Génova, en casa del ilustre Candolle, con el Barón De Buch, que, según su costumbre, acababa de llegar de Berlín a pie, «siguiendo, según confesión propia, una formación geológica objeto de estudio». Para este intrépido andarín, que había recorrido Escandinavia hasta alcanzar el Cabo Norte de Europa, el camino que acababa de recorrer no dejaba de ser un simple paseo.

Qué agradables momentos pasamos durante nuestra estacia en Ginebra, junto al gran botánico, en su residencia del lago, con el barón prusiano y Chateaubriand, que a la sazón viajaba por Suiza.

Pero había que regresar a Francia, y ya en Aviñón, con el amable Requien, donde conocimos a los profesores Delille, Duval, Lallemand y Moquin–Tandon, que entonces comenzaba su labor científica, pero que ya prometía lo que muy pronto iba a ser; todas las etapas estuvieron jalonadas por venturosos sucedidos. En fin, después de una primera estancia en París nos trasladamos a Inglaterra y nos dirigimos a la casa solariega de Milford House, residencia de la familia de mi buen compañero. No tardamos en regresar a Francia para entregarnos a la redacción de la «Historia Natural de las Islas Canarias».

He resumido hasta donde me ha sido posible esta larga odisea: cuántos recuerdos quedan aquí solamente esbozados, cuántos nombres, para mí tan queridos, he tenido que silenciar... Pero volveré de nuevo a todo esto.

VII

En el curso de nuestras primeras correrías con Webb por el interior de la isla, yo mantenía de vez en cuando correspondencia con mi amigo Auber, que residía en La Orotava, correspondencia que se había iniciado a partir de su llegada a las islas. He aquí lo que le escribí en Noviembre de 1826:

[Los textos correspondientes a los capítulos VII y VIII están constituídos por las cartas que Sabino Berthelot escribió a su amigo Auber con motivo del huracán que azotó la isla en Noviembre de 1826. Con estas cartas y con la que le escribe Auber desde La Orotava informándole detalladamente de los estragos ocasionados en el Valle, compone Sabino Berthelot su «Miscelánea/9», tituladà «El huracán». Este tema lo trataría Berthelot en diversas ocasiones y en distintas publicaciones extranjeras.

Dado que al mismo tiempo que se editan estos «Recuerdos» se publica la versión en español de las «Misceláneas», remitimos al lector a este texto, más elaborado. Esto justifica la exclusión de los capítulos VII y VIII de la presente versión de los «Recuerdos».

Por igual motivo se suprimen los capítulos XI (Chasna) – «Miscelánea/13» – y XII (Buenavista) – «Miscelánea/11» –, así como los caps. XIII (Arrecife), XIV (Puerto de Cabras), XV (Gran Canaria) y XVI (La Palma), qué contienen otras tantas cartas escritas por Berthelot a Auber desde las localidades que se señalan. Todo ello le da tema a Berthelot para redactar la «Miscelánea/15».

Siguen los caps. IX y X, no reiterativos, para saltar al XVII , último de la «Introducción»].

IX

20 de Noviembre de 1826.–Querido Auber: hace algunos días, y de forma indirecta, he sabido de usted, que se encuentra sano y salvo, lo

mismo que su familia. ¿Por qué, después de este gran desastre que ha sumido en el dolor a la isla no me ha informado con el fin de tranquilizarme?

El martes último la corbeta *Cronstad,* al mando del capitán Lucke, ha fondeado en la rada de Santa Cruz. Este navío pertenece a la armada rusa y se dispone a emprender un viaje de circunvalación. El botánico de la expedición es el hijo del profesor Mertens, de Bremen. El ilustrado joven, que conoce las relaciones de amistad que mantengo con su padre, se disponía, tan pronto puso pie en tierra, a hacerme una visita en La Orotava, pero la suerte hizo que nos encontráramos en el muelle de Santa Cruz. Mertens me expresó su satisfacción en los más afectuosos términos.

Vuelto hacia las montañas que rodean la ciudad, me dice riendo: –Cuando se va a dar la vuelta al mundo, uno no puede detenerse demasiado tiempo en los lugares donde hace escala. El capitán no me ha concedido más que veinticuatro horas: por consiguiente, sepamos aprovechar el tiempo que vamos a pasar juntos, marchemos rápidamente hacia una de esas alturas que bordean la bahía–. La proposición fue aceptada sin demora. Convinimos, además, que al amanecer del día siguiente visitaríamos los alrededores de La Laguna.

Nos encaminamos en dirección al Barranco de Paso Alto. El sol acababa de ocultarse, pero la luna, en el hermoso cielo de Canarias, daba la suficiente claridad como para distinguir los objetos y recoger algunas plantas. Mertens no cabía en sí de gozo. Esta herborización nocturna era ciertamente original, y a ella nos entregamos. Una vieja palmera junto a la cual pasamos al iniciar la marcha, causó la admiración del botánico: después, a medida que nos internábamos en el barranco, balos, tabaibas, cardones y verodes [1] fueron enriqueciendo su herbario. A las nueve de la noche regresamos a la ciudad. Mertens pasó la noche en mi casa.

Al día siguiente lo llevé a La Laguna, pero al llegar al borde de la vega advertimos que era imposible alcanzar el Monte de las Mercedes. Los campos todavía estaban inundados, prueba del desastre ocasionado por el ciclón. En vista de ello nos dirigimos a San Diego del Monte para visitar el bosquecillo que rodea al antiguo convento. Después de recorrer senderos casi impracticables, en los que a cada paso nos hundíamos en el fango, llegamos a las laderas de la montaña. Mertens quedó sorprendido ante los grandes árboles cuyo aspecto era nuevo para él. No dejaba de admirar los altos brezos, los dragos del convento, los hermo-

sos laureles y toda la exuberante vegetación que los frailes han sabido conservar en el oasis de su tranquilo retiro.

Pero era preciso regresar a Santa Cruz y aprovechar las horas de este hermoso día durante el cual gozamos de la vista del Pico de Teide y del panorama que se extiende desde los montes de La Esperanza hasta el Monte de las Mercedes. Por la noche acompañé a nuestro amigo a bordo de la corbeta, donde fui amablemente recibido por el capitán. Pude admirar en el salón, decorado con gran lujo, un magnífico cuadro del emperador de Rusia en traje de coronel de su primer regimiento de granaderos de la guardia. El joven zar es uno de los más apuestos hombres del Norte.

Después de separarnos del capitán pasamos a la cámara de oficiales, quienes me recibieron con gran cordialidad, sobre todo cuando supieron por Mertens que yo había servido en la marina imperial. Brindamos con excelente champán. Antes de marcharme, cada uno quiso obsequiarme con un recuerdo: un teniente me regaló su pipa, un emblema y un paquete de tabaco turco; un guardiamarina, su tabaquera. La Rusia europea conserva aún costumbres asiáticas.

Serían las diez de la noche cuando abandoné la corbeta. La despedida de Mertens fue una prueba de franca amistad. Prometió escribirme a su regreso a Europa. ¡Quiera el cielo que así sea!

Acabo de escribir al viejo Mertens y le cuento de mi encuentro con su hijo [2].

X

Noviembre de 1828.– Querido Auber: no le he escrito por el último correo debido a encontrarme en La Esperanza, de donde acabo de regresar.

Webb es un excelente compañero. Su conversación es de lo más interesante: se aprende hablando con él. ¡Qué de proyectos sobre excursiones a realizar en el invierno y primavera próximos! Ya hablaremos más tarde de esto.

Maestro Naudo, a quien Webb ha traído de Barcelona, es un personaje poco simpático, con el que nada hay que hacer, y que no conoce más química que la de los boticarios.

Hasta ahora nuestras excursiones botánicas no han sido muy frecuentes. La sequía lo ha quemado todo: únicamente los árboles se defienden todavía: sopla el devastador viento de Africa y la tierra ha per-

dido el verdor. El otro día pudimos herborizar en los alrededores de Agua Guillén, pequeño regato entre un resto de bosque. De la pobre fuente mana un débil hilo de agua, pero por lo menos pudimos descansar a la sombra de los laureles y de los brezos. Es el único sitio donde hemos podido recoger algunas bonitas plantas.

Güímar, 20 de Noviembre.– Hace ocho días que estamos en Güímar.

Nuestra primera excursión ha sido al gran Barranco de Badajoz, donde pasamos todo un día. Aquí la vegetación es espléndida y pude recoger varias plantas que no conocía. Los vientos africanos han traído pájaros curiosos: son zancudas de la familia de los «corredores» *(Cursorius isabellinus = C. Cursor),* de los que he abatido tres.

Entre tantas ocupaciones me ha sido imposible dedicarle un rato. Ayudados por el buen tiempo, nuestras herborizaciones en este valle no se han interrumpido desde que llegamos. Al atardecer regresamos al albergue para secar las plantas, disecar los pájaros y tomar notas. Antes de ayer ascendí hasta la cumbre, desde donde se contemplan las dos vertientes de la isla. Pero por culpa de la bruma que me envolvía no alcancé a ver La Orotava.

Estoy lejos de lograr herborizaciones fructíferas después del estado en que la vegetación ha quedado en los alrededores de Santa Cruz y La Laguna. Aquí estamos casi en primavera. Hemos encontrado un hermoso árbol que tiene el aspecto de un peral [3] y cuyo nombre vulgar de *peralillo* está correctamente aplicado. Dentro de la flora canaria, esta especie no tardará en extinguirse: los pastores la destruyen implacablemente para darla como forraje a sus animales, ya que creen que las ramas engordan a las ovejas. En el Barranco del Agua he admirado los grandes madroños [4] de las Islas Canarias, que forman un bosquecillo verde de magnífico follaje, cargados de frutos anaranjados y de bellas flores.

Hacia la costa crece un cerrajón [5] cuyas hojas están cubiertas de gránulos transparentes como los que se forman en la barrilla. Cito en nota otras plantas raras [6].

Por ahora no le digo nada de la variedad de especies que usted verá secas, pero que yo he tenido el placer de verlas en toda su lozanía.

Probablemente mañana partamos para Chasna.

XVII

Esta correspondencia epistolar dirigida a mi amigo Auber a lo largo de seis años de mi primera estancia en Tenerife, y continuada hasta su muerte, la sostuve en el curso de mis andanzas por Europa con Webb y al principio de mi estancia en París. He pensado que no valía la pena reproducirla aquí, dado que la mayor parte de mis cartas se referían a cosas personales que poco tenían que ver con el epistolario que ya a continuación, y que en cierto modo constituyen un resumen de mis *Recuerdos.*

Alrededor de catorce años de mi residencia en París los dediqué casi por entero a la publicación de la *Historia Natural de las Islas Canarias,* de la cual redacté unos seis volúmenes. Otros muchos trabajos literarios me ocuparon en ese tiempo, que coincidió con mis obligaciones de Secretario General de la Sociedad de Geografía de París. Como tal, recibí el encargo de redactar informes anuales referidos al progreso de las ciencias y de registrar la bibliografía científica, así como viajes, exploraciones, etc. ofrecidos a la Sociedad. Entre mis varias publicaciones cito en nota [7] aquellas que corresponden a esta época en que mis deberes de Secretario General y mis compromisos cientificos me impusieron una fatigosa tarea que acabó por mermar mis fuerzas.

Los Ministerio de Comercio y Marina, conjuntamente, me encomendaron una misión. Estaba a la sazón al frente del de Marina el almirante Mackau, mi viejo camarada en la marina imperial, en 1809. Había recibido el encargo de explorar las costas del Mediterráneo occidental con el fin de que completara mis estudios sobre la pesca. Durante tres años, en la estación favorable, recorrí el litoral del Norte de Italia, el de Francia y el del Sur de España, así como sectores de las costas de Marruecos y Argelia. Los varios informes dirigidos al Ministerio y mis numerosas notas sobre estas exploraciones me sirvieron más tarde para la redacción de mis *Estudios sobre las pescas marítimas.*

Corría el año 1847 y yo no estaba nada satisfecho de mi situación en París, contrariado por mi falta de estabilidad y los consiguientes períodos de inactividad. Deseaba una existencia segura, tranquila, más acorde con mis gustos, y trataba de encontrarla. Así fue cómo acabé por aceptar el cargo de Cónsul en las Islas Canarias. Me lo había ofrecido M. Guizot, entonces Ministro de Asuntos Exteriores y Presidente del Consejo. Regresaba, pues, a este archipiélago, del cual probablemente no volvería a salir.

Se trata de atracciones irresistibles – los hados, que nos arrastran y nos dominan –, de situaciones en desacuerdo con nuestras propias inclinaciones, nuestros afectos, nuestros deseos, nuestras más ardientes aspiraciones. Atraído por el quehacer intelectual, me he inclinado siempre hacia el estudio, ciertamente sugestivo, de la naturaleza, me he dejado llevar hacia lo desconocido por el río de la vida, mientras que la filosofía de la ciencia me abría insopechados horizontes.

No siempre están nuestros pensamientos donde estamos nosotros, y yo acariciaba el sueño de un mundo ideal. En cada individuo hay dos seres, nacido el uno del otro, uno interior y otro exterior: y yo soy de esa misma naturaleza. ¿Quién puede imaginar las tribulaciones de un hombre al que sus inclinaciones lo llevan en una dirección y que en todo momento se ve desviado de su camino? ¿Cuántas veces, antes de abandonar esta Babilonia, no me he hecho estas reflexiones? Aquí he consumido mis energías en incesantes trabajos. ¿Cuándo volveré, por fin, a ser yo mismo?

Después de tan larga ausencia, al volver a las Islas Canarias, que tan felices recuerdos me traen, he encontrado muchos cambios: el país no es el mismo de antes, muchos de los que había conocido ya no estaban en este mundo y sus hijos apenas se les parecían. La gente de la ciudad, en otro tiempo tan sencilla, tan jovial, incluso tan fiel a la tradición, no me resulta ahora tan atractiva ni se da con la misma franqueza.

El *isleño* de los pueblos se ha transformado, está desconocido: se ha incorporado a la corriente de la moda por creer que así se muestra más civilizado. Había dejado a estos buenos insulares abandonados a una dulce y tranquila existencia, satisfechos del presente y sin que les preocupara demasiado el futuro. En cambio, he encontrado otra sociedad donde no existen la confianza ni la intimidad: cada cual va a lo suyo. Los intereses de partido y la llamada de la política lo han trastornado todo. No se hace vida familiar: los casinos, los periódicos extranjeros y las gacetas locales, el teatro, los bailes –con rigodones y polkas– y los conciertos, han sustituido a las danzas españolas y a las agradables tertulias.

Me encontraba desplazado, y este vacío que me rodeaba trataba de llenarlo a base de mis relaciones exteriores. Mi nueva posición en el país me pone en contacto con algunas personas destacadas y me ha dado la oportunidad de hacer nuevos amigos. Además, otras distracciones han venido a llenar mi tiempo y así marcar la tercera etapa de mi

vida. Satisfecho de haber cumplido con mi tarea, espero llegar al final como el viajero fatigado que quiere descansar... ¡Será lo que Dios quiera!

EPISTOLARIO

A Philippe Barker-Webb, en París. 1847

Querido amigo: Embarqué en Cádiz, y después de siete días de feliz navegación, vuelvo a ver esta hospitalaria isla, que fue el campo de nuestras exploraciones, estos riscos escarpados que ambos escalamos, esta vegetación autóctona que los decora. Al amanecer, el Pico de Teide, con toda su majestuosa grandeza, hizo su aparición por encima de las nubes. A medida que avanzábamos empujados por un viento favorable, la isla mostraba sus abruptas montañas, sus costas acantiladas y los incontables barrancos que las cortan. Ante mis ojos, el gigantesco relieve de estas altas tierras tan bien guardadas en mi memoria, y cuyo recuerdo me ha sido de mucha utilidad para la ejecución del plano a pequeña escala que usted tiene en su salón.

Después de haber doblado la Punta de Anaga seguimos costeando hasta fondear en la rada de Santa Cruz: pasamos, sucesivamente, frente a los estrechos valles de Igueste de San Andrés, Bufadero y Paso Alto. ¡Cuántos recuerdos le despertarán estos nombres! Dirijo el anteojo hacia las laderas y reconozco cada uno de los accidentes del terreno: vuelvo a ver las grandes euforbias con sus largos brazos rígidos como candelabros, los balos de ramas desmaydadas, los verodes de hojas verdegrises. El más insignificante matorral despertaba un recuerdo. Al fin fondeamos y poco después me encontraba en el muelle, rodeado de amigos que me saludaban y me recibían como a uno de los suyos.

Tan cordial recibimiento me ha emocionado vivamente. ¡Cuántas visitas, qué de preguntas en los primeros días de mi llegada! ¡Cuánta gente venía a verme al hotel! Diecisiete años por medio no habían cambiado demasiado las cosas: bajo este venturoso clima la vida fluye dulce y tranquila. Los estragos del tiempo sólo habían producido ligeros cambios, pero en los rostros permanecían los mismos rasgos con que se les había conocido, aunque con algunas arrugas, con cabellos grises, o calvos, o con la cabellera cana. Pero entre las mujeres, ¡qué de cambios, Dios mío! La gordura disimulaba un tanto las arrugas, pero las había que de tan flacas parecían pergaminos. La Marquesa de San Andrés, a pesar de sus tres cuartos de siglo, se la veía cubierta de pomadas, polvos y pinturas, y se adornaba con capillo y perifollos. Su hermana organizaba bailes y saraos para la juventud.

En cuanto al clima, Tenerife es en todo tiempo un invernáculo: estamos en Diciembre y el termómetro no baja de los 19° C. en la habitación desde la cual escribo.

He recibido más de cincuenta cartas del interior de la isla y muchas de las demás islas. Y sólo hace un mes escaso que estoy aquí. El bueno de Marcos Peraza me felicita y da la bienvenida por mediación de su hijo, un apuesto muchacho de diecinueve años, al que vimos cuando su madre lo amamantaba, *la diosa de Arico.* Muchos antiguos amigos de La Orotava han venido a verme, y el viejo Don Lorenzo Machado me ha mandado un *propio.* He tenido que contestar a todos. Esa es la razón por la que he tardado tanto en contestarle. Hasta la próxima.

A mi amigo Auguste Couder, en París. 1848

Querido Couder: La revolución política y social que se está operando en Francia me ha sumido en una gran ansiedad al pensar en la suerte que hayan podido correr mis amigos, y más ahora, en que los disturbios y sangrientos enfrentamientos, que han tenido como escenario la capital en el mes de Junio, han acabado por acrecentar mis temores. Espero que me des noticias lo antes posible: háblame de tu mujer, de tu hijo, que puede encontrarse en el sitio de los disturbios; tranquilízame, en fin, sobre tu familia y sobre tí mismo.

Aquí, junto al Teide, todo está tranquilo. Cuando este volcán está en actividad trastorna el suelo y cubre la tierra de mantos de lava. Pero

después de varios siglos de reposo, la naturaleza ha hecho su obra reparadora. Una vegetación exuberante brotó de entre las escorias, de las quiebras de las rocas quemadas manaron fuentes cuyas límpidas aguas vinieron a fertilizar los campos, y el calor solar, al asociarse con los principios nutritivos del suelo, ha acabado por hacer fecundas las islas que habían sido arrasadas por las erupciones.

¡Ojalá que nuestra bella Francia, después de sus convulsiones políticas, alcance este estado de paz y tranquilidad! Que la ardiente lava del volcán revolucionario se transforme, a su vez, en principios fecundantes. Entonces, con la ayuda de Dios, vendrán tiempos más serenos y la tierra de la cultura hará brotar de nuevo las fuentes de la prosperidad. Adiós, viejo camarada.

Al mismo, en Fontainebleau. 1850

Querido amigo: te mando un pequeño barril [8] de vino de Tenerife. Este producto de las Islas Afortunadas, más que cualquier descripción que yo pudiera hacerte, te hará apreciar mejor las bondades de este delicioso clima. El sol que dora los rojos racimos de cuyo dulce jugo sale este precioso néctar, te dejará ver que éste tiene mucha más fuerza que el agradable albillo de Fontainebleau. Júzgalo tú mismo.

He recibido tu cuadro de la *Francia Republicana.* Esta composición alegórica es de una severa belleza, y la has ejcutado con mucha maestría. La robusta matrona que sostiene la bandera nacional es de una impresionante majestad: es la figura femenina de *exuberantes senos* de nuestro poeta Barthélemy: vestida al modo clásico, tocada con el gorro frigio, se la podría tomar por la diosa de la libertad. De hecho, la República Democrática debe parecérsele mucho. Por lo demás, es el símbolo clásico y consagrado. No se representa a Júpiter sin el rayo.

El león del pueblo que has puesto a sus pies, parece haber sido copiado del natural, yo diría que en acción, porque veo delante de él los trofeos de la victoria: cadenas rotas, corona y cetro destruídos. El olivo de la paz cubre con sus ramas el altar de la patria, que tú has situado al lado de la diosa. ¡Magnífica idea! ¡Venturoso presagio! ¿Pero el león, ahora en reposo, permanecerá siempre tranquilo?... Lo dudo: mas, sea como fuere, te agradezco mucho este amistoso recuerdo. He colgado tu cuadro en mi despacho para tener ante mis ojos la imagen de Francia,

que, monárquica o republicana, siempre con la misma bandera. Por consiguiente, cada día, la patria ausente recibe mi primera mirada, y pensando en ella pienso en ti, mi viejo amigo de infancia.

Me alegra saberte feliz en Fontainebleau y me intereso por los importantes trabajos de restauración que te han encomendado. Adelante, pues, con tu obra: borra los cromos de Van Loo y devuélvenos a Primatice.

A Webb. 1850

Sospecho que debe encontrarse usted en Italia, pero es probable que después de las revueltas de Roma y Florencia haya cambiado de sitio. No sé dónde lo encontrará esta carta, que remito a su antigua dirección. Después del golpe que me ha herido [9], mitigo mi dolor entregándome al estudio. El cultivo de plantas y la contemplación de las flores alivian muchas penas, ya que parece que se respira más a gusto entre los vegetales, que son un don del cielo. Herborizo a menudo y me siento animado por juveniles arrestos recorriendo los hermosos lugares que recorrimos juntos. Puede comprobarlo por el paquete de plantas que le envío.

Hace dos años que me he instalado en el edificio consular, que he convertido en una residencia verdaderamente acogedora. Es la misma que ocupó el intendente Aguirre, nuestro compañero de viaje en el *Triomphant,* de tan grata memoria. Un pequeño jardín moruno rodeado de una galería acristalada y agua en abundancia: es todo lo que necesito para distraerme en mis ratos de ocio. Bajo este hermoso cielo de las Afortunadas, con agua y sol en abundancia, todo los demás se da por añadidura. Un jazmín de Arabia trepa por el muro y llega con sus ramas en flor hasta el tejado: bellas ficoideas que se cubren de flores rosadas bordean los muros del jardín, y distintos arbustos, dispersos acá y allá, dan sombra a este invernadero natural donde crecen algunos plantones de platanera, dos papayos, un frondoso naranjo, cañas de Indias y una magnífica flor de pascua. Pero lo que cultivo amorosamente son varios bellos ejemplares de nuestra flora canaria, que quiero reproducir: dos de nuestras siemprevivas *(Statice macrophyla y S. imbricata)* [10], el soberbio arrebol *(Echium simplex)* [11] y la elegante gibalbera *(Ruscus canariensis)* [12].

Si la tranquilidad no se restablece en Europa y vuelve usted a sentirse animado por deseos de viajar, ¿por qué no se decide a tomar el camino de Canarias? ¡Me alegraría muchísimo de volver a verle! Mi casa es espaciosa y cómoda: está a su disposición. Tengo un gallinero bien provisto y excelente vino en reserva. Piénselo y decídase. Adiós.

Al mismo, en París. 1851

Aprovecho el mismo correo que le lleva a usted la primera carta de Bolle, para ponerle unas líneas. Conocer a este excelente joven ha sido para mí una gran suerte, y le doy las gracias por ello. Hágame llegar recomendaciones parecidas y me hará feliz. Pero acaso sería pedir demasiado, ya que no todos los días tropieza uno con personas como ésta.

Los botánicos en general me son muy simpáticos, y salvo raras excepciones todos pueden contar con mi afecto. Charles Bolle es uno de los mejores tipos de esa clase, y que se distinguen de los zoólogos en varios aspectos: mientras éstos , con sus crueles instintos, pinchan, desuellan, disecan y torturan de cien maneras a las pobres bestias del buen Dios, los botánicos, por el contrario, de costumbres más moderadas y pacíficas, sólo buscan las flores de los campos.

En compañía de mi nuevo amigo he hecho algunas herborizaciones. Hemos encontrado de nuevo la *Saviñonia* [13] detrás de Pino de Oro, a lo largo de la accidentada senda que va a lo alto de la montaña. La planta estaba todavía con la flor en capullo, pero volveremos dentro de unos días para encontrar en plena floración esta curiosa malvácea. Ojalá la siembra del buen doctor [14] a quien dedicamos esta nueva especie, pueda proteger nuestra planta, ya que por aquellos contornos he visto rondar a un viejo macho cabrío de mala facha y con mucho acompañamiento: el rebaño podría venir a herborizar antes que nosotros.

En compañía de Bolle he rejuvenecido diez años, desde que he reanudado mi vida de otros tiempos. Juntos pasamos ratos muy agradables: su jovialidad y su franqueza se avienen bien con mi modo de ser; su conversación es encantadora, y a pesar de su modestia, revela una gran preparación. No podré acompañar a nuestro botánico en las largas excursiones que se propone llevar a cabo después de la estación de las lluvias, pero lo recomendaré a mis amigos del interior.

Al mismo en París. 1852

Lo mismo que a usted, nuestro amigo Bolle me ha tenido preocupado durante cerca de tres meses. Sus excursiones a Fuerteventura, a la isla de Lobos y a Lanzarote, lo han retenido durante todo ese tiempo. Después de haber explorado la pequeña península de Jandía, donde fue cordialmente recibido por mi compatriota Morel, que administra, como un patriarca, aquella parte de la isla, nuestro botánico se dirigió hacia el extremo septentrional de *Majorata* atravesando las llanas tierras del centro para encontrar, finalmente, a su Capua en la mansión del Creso de la isla, el viejo coronel Manrique, en La Oliva. Pero Bolle, al escribirle, le habrá contado esa pequeña odisea, que así puede verla confirmada.

Ha comprobado la existencia de antiguos bosques en Jandía. La especie dominante sería un *Celastrus* [15], que todavía vive en los escarpados riscos de dicha península por el lado de barlovento. Los caracteres de este árbol parecen diferir del *Celastrus cassinoides* que encontramos en Tenerife, creo que en el Valle de Güímar.

Entre otras plantas recogidas por nuestro amigo he destacado una rubiácea [16] de grandes bayas, y que acaso puede tratarse de una nueva especie. En cuanto a la *Statice* [17] de la isla de Lobos, que Bolle le habrá enviado con las demás, esta pequeña planta cubre casi todo el islote. Acaso sería sobre las ásperas ramas de esta planta donde el valiente caballero Gadifer de la Salle pasó sin dormir, en 1403, durante todo el tiempo que permaneció abandonado: «en la isla de Lobos, donde había ido para obtener pieles de los lobos marinos y cubrir las necesidades de calzado de sus compañeros, y tanto permaneció allí, que le faltaron los víveres, y todas las noches extendía un lienzo que torcía todas las mañanas para calmar la sed, porque la dicha isla es desierta y carece de agua dulce». (*Relation des aumoniers de Béthencourt*)

Me apoyo en esta *Relación* para proponer el nombre de *Statice gadiferii* para esa planta de la isla de Lobos, en memoria del valiente caballero.

A Charles Bolle, en Berlín. 1853

¡Bien, bien!, de regreso al nido, como las golondrinas viajeras. Los cuidados de una madre querida, el aire de la tierra natal, la satisfacción

de la vuelta al hogar, todo ello habrá contribuido a que se recupere del cansancio de la navegación. Me alegro, pues, de su feliz retorno al hogar.

El relato que me hace de su excursión a Cabo Verde y el regreso a Europa, en una visión de conjunto, me ha interesado vivamente. No pudimos cambiar impresiones cuando usted cruzó frente a Santa Cruz sin detenerse. He mandado al diablo al capitán, que muy bien pudo haber hecho una escala de algunas horas. Pero en fin, después de haberle esperado tanto, su carta viene a consolarme. Gracias a su relato he seguido con la imaginación su itinerario por las antiguas Gorgadas, en la desembocadura del Elba, prestigiosa ruta en la que me ha parecido verle desaparecer tras las nieblas del norte. ¡Vivan las brumas!

Usted me prometió que volvería el próximo invierno, y la esperanza me consuela. Haremos nuevas excursiones. La vida trashumante me complace, aunque vagabundear esté prohibido.

Apenas voy al Valle de La Orotava, donde he pasado tres días con motivo de la fiesta de San Isidro, patrón de los labradores. Es la fiesta de la Primavera, del despertar de la naturaleza, la que se celebra en la más hermosa estación del año y en uno de los más bellos lugares del mundo. El tiempo era magnífico, y el campo, cubierto de verdor, ofrecía un espléndido aspecto desde las alturas de Tigayga hasta las pintorescas laderas de Santa Ursula.

Todos los pueblos del Valle acuden a la fiesta: llegan al son de las guitarras y de sus canciones. Entré en La Villa rodeado de una alegría bulliciosa, entre grupos de marchosos campesinos y de muchachas de animados rostros. Guirnaldas, gallardetes y banderas ondeaban por todos sitios y pasé bajo verdes arcos triunfales. He visto uno confeccionado con espigas que llamaba la atención por la gracia con que estaba hecho. El autor era el sochantre de la parroquia, que, puesto en papel de erudito, San Isidro figuraba al lado de Cincinatus (por favor, no tome esto como un juego de palabras).

Mi amigo Lorenzo Machado me recibió con los brazos abiertos y al poco me encontré instalado entre su familia como entre los míos. Estas excelentes personas me esperaban desde hacía tres años, así que mi llegada para estar con ellos ha constituído un acontecimiento. Pasamos una velada encantadora, y era más de media noche cuando todavía nos encontrábamos reunidos alrededor de una gran mesa llena de golosinas. Era el mismo comedor donde tantas veces había cenado con el viejo Don Lorenzo, cuarenta años atrás. Me rodeaba una nueva generación

cuyos abuelos yo había conocido. Había apuestos muchachos con los rasgos de sus progenitores, bellas jóvenes de grandes ojos negros, sonrientes y graciosas como su madre, todos contentos por ver al amigo de la casa. Y después, Doña Magdalena –que me atiborraba de bizcochos y golosinas–, siempre la misma, siempre pendiente de todo, siempre animada, tan bien conservada su juventud:

¡Ay, cuánto echo de menos
mi pierna bien torneada!
.....

Créalo, querido amigo, pocas comidas como ésta he hecho en Europa: es un placer que no se puede disfrutar más que en un país como éste, cuyas gentes del interior conservan todavía las costumbres y los hábitos hospitalarios que principian a perderse en las ciudades de la costa.

¿Y qué voy a decirle a usted de la fiesta? Veinte páginas serían pocas. Además, usted no podría aspirar la dulce fragancia de las flores, ni este aire vivificante que nos envuelve. No podría usted escuchar ese rumor en que se mezclan gritos de alegría y cantos populares. Es preciso haber oído todo esto, haberlo visto para comprender la embriaguez que produce tal espectáculo, mezcla de sencillez y de lujo, de trajes campesinos y de elegantes atuendos.

Delante del convento de San Agustín la multitud se apretuja sobre la explanada desde la cual se domina la vastedad del Valle al que señorea el Teide. ¡Qué paisaje! Desde aquí pueden verse los montes de Aguamansa, las laderas de Tigayga, el Puerto, el Jardín Botánico, el mar y el horizonte infinito. Tiene que haber gozado uno mismo de este *dolce incanto* que invade el alma y conmueve el corazón. Contarlo es imposible.

Los barrancos y las montañas participaban en el ornato de la fiesta: las más bellas lauráceas de la flora canaria estaban presentes en los ramajes y guirnaldas de los arcos de triunfo. La ermita de San Isidro estaba tapizada de follaje y de flores, que se habían traído desde todos los lugares del Valle. ¡Vaya cosecha para el botánico! Entre las danzas y los regocijos populares se hubiera podido hacer una selecta y abundante herborización: el brillante codeso de la cumbre cubierto con sus panículos de un amarillo dorado; junto al codeso, la retama de Las Cañadas, de tan agradable perfume; más allá, la *cineraria multiflora* [18], gran-

des tirsos de arrebol o tajinaste, jibalbera de tallos floridos cuyas ramas serpentean en elegantes festones. ¡Era maravilloso! No le hablo de todo cuanto alfombraba el suelo y que nosotros pisoteábamos.

He regresado a Santa Cruz y todavía sigo emocionado con la fiesta. He encontrado su carta, a la que contesto todavía bajo la impresión de tanto emocionado recuerdo. Adiós.

Al mismo, en la isla de La Palma. 1854

¿Dónde está usted desde su llegada de Europa? Puede que en las altas cimas de las montañas de La Palma o acaso en la profunda oquedad de La Caldera, donde se refugió el valeroso Tanausú en tiempos de la conquista.

Hay muchas y hermosas plantas en la isla de los *auharitas,* y estoy seguro que las más interesantes no habrán escapado a su recolección, como la violeta azul celeste *(viola palmensis)* y el *echium piniana* [19].

La Caldera exige por los menos dos días de exploración. La costa de Fuencaliente ha sido poco recorrida, y toda la parte noroeste de la isla permanece poco menos que desconocida. No vaya usted a encontrar allí a su segunda Capua, porque no sabría qué decirle a nuestro amigo Webb cuando me pregunte por usted. Está desolado por su largo silencio durante su estancia en casa del Creso de *Herbania.*

Desde nuestra partida de Tenerife, el vapor de la línea brasileña, procedente de Río, ha hecho una breve parada frente a Santa Cruz. Mi colega Castelneau se encontraba a bordo, pero no he podido cambiar con él más que algunas palabras, por culpa de los impedimentos de la cuarentena.

Le he hablado a usted de mis relaciones con un cónsul naturalista al que veía frecuentemente en París en las reuniones de la Sociedad de Geografía. Su nombre es Castelneau, y en varias ocasiones hizo interesantes comunicaciones acerca de sus viajes por Florida y otros territorios. Desde entonces ha cruzado de nuevo los mares como un ave de vuelo caudaloso. Para él las distancias no tienen importancia: de París a Río de Janeiro, de Río de Janeiro a los Andes, y desde los afluentes del curso superior del Amazonas, a la desembocadura del gran río.

No había vuelto a ver a Castelneau desde la tarde de su despedida en París, cuando marchaba para una expedición a través del Brasil. Fue – él me lo recuerda – en su casa de la calle de Bac: estaba rodeado de

numerosos amigos, que le deseaban los mejores éxitos en la consecución de su empresa. Bebimos champán bajo su tienda de campaña, que había montado en el centro del salón.

¡Alabado sea Dios! Por lo menos aquélla ha vuelto de nuevo.

Al mismo, en la isla de La Palma. 1854

Webb me hablaba en su última carta de las conchas terrestres de estas islas, que Blauner ha descubierto, y que han sido publicadas por R. Shultevorth (no sé si escribo correctamente este endemoniado apellido): pero, por lo que él sabe, nuestro amigo debe aprovechar las excursiones de usted en las islas para obtener algunas de las nuevas especies encontradas por Blauner, el recolector de R. S.

Le prevengo que esto no es fácil: los *helix* y los *bulimes* de Blauner no es posible que los encuentre otro que no sea él. Conocí a este naturalista suizo por venirme recomendado cuando llegó a Tenerife. En la actualidad hace investigaciones en Puerto Rico.

Especializado en el estudio de moluscos terrestres, Blauner ha recorrido ya varias regiones del globo. Tiene cara de hurón, pequeño de estatura, flaco de cuerpo y de piernas cortas: todo en él denuncia a un hombre raquítico y enfermizo; pero eso no es más que en apariencia. La naturaleza ha dotado a Blauner de las mejores cualidades para el más duro oficio que hay. Sus piernas son de hierro y su músculos de acero: con su aspecto de tuberculoso su pecho puede con el de los jóvenes más vigorosos y es capaz de aguantar las más largas abstinencias. Hombre singular, yo diría que casi un fenómeno, puede soportar las marchas más duras, las más agotadoras escaladas, hace burla de las dificultades y ningún peligro ni obstáculo lo detienen: constitución única, privilegiada, cuyas particulares cualidades no se pueden poner en duda.

Le he visto trepar por riscos cortados a pico con la misma ligereza que si marchara por suelo llano, sin sudar ni tropezar, y descender con la misma naturalidad y la misma flema. Blauner es de una rara sobriedad: marcha a lo largo de toda una jornada sin preocuparse de la comida ni del descanso: un mendrugo de pan y un pedazo de queso constituyen todas sus provisiones de viaje, y sólo bebe agua. Me acordaré siempre de una excursión que hicimos juntos y en la que por poco me muero de hambre y de sed.

Este naturalista trashumante lleva al completo, en los seis u ocho grandes bolsillos de una especie de blusón, todos sus avíos de campo: una colección de pequeñas bolsas de conchas, cajas, tubos de cristal, cuchillo, tijeras, pinzas, martillos y otros instrumentos. Camina con su bolso de cuero en bandolera y un gran bastón herrado en la mano. En fin, para completar la semblanza de este infatigable naturalista, le hablaré de sus ojos vidriosos, ojos que nos se ven con frecuencia: Blauner es a un tiempo mismo miope y présbita; tanto ve de lejos como de cerca. Especializado en la búsqueda de lo infinitamente pequeño, descubre un *bulime* microscópico allí donde otro cualquiera hubiera tenido necesidad de una lupa para verlo. Así, la mayor parte de las especies descritas y publicadas por su patrón no son mayores que un grano de mijo. Blauner las saca de los viejos troncos, de la madera podrida, de entre el musgo de la corteza, de las grietas de las rocas. Y toda esa colección que Webb ambiciona, la guardaría en una bombonera. Otra cualidad, de las más preciosas para un naturalista como Blauner, que vive de sus descubrimientos, es la de no dar nada de lo que tiene poco o muy poco de lo que tiene mucho. Es hombre de ideas fijas, invariables, de las que jamás se desvía. Esa es la razón por la que no he podido obtener una sola muestra de las especies que da como nuevas: las tiene herméticamente cerradas en los tubos de cristal, a cuyo través he podido verlas, pero no tocarlas.

Trate de buscarlas como él, si es que puede, ya que ha traído varias de la isla de La Palma. Es todo lo que puedo decirle. Adiós.

A mi amigo Arthur Grasset, naturalista viajero, en Gran Canaria. 1855

¿Por qué complicar la vida de parada en parada
si todo, allá abajo, colma vuestros anhelos?
¿Por qué mudar cuando se está a gusto?
. . . . . .

Estoy de acuerdo con el poeta, y puesto que usted cree haber encontrado una mina...de conchas en un lugar próximo a Las Palmas, ¡hala!, a explotarla.

¡Me habla usted de pereza, a mí, más perezoso que usted, cuando me tumbo! Mis más agradables pasatiempos consisten en sumergirme durante horas enteras en dulces sueños. Viviendo en el seno de una sociedad cuyos miembros me son indiferentes, la vida contemplativa ha llegado a ser para mí una necesidad. Comprendo las relaciones sociales cuando existe un cambio recíproco de sentimientos, de gustos y de aficiones. ¿Pero qué diablos puede usted intercambiar con gentes tan poco afines a uno? La partida resulta desigual: todo es a perder y nada a ganar.

No irá usted a tomar al pie de la letra los tres versos con que encabezo mi carta: retorne al buen sitio, con el fin de que podamos reemprender nuestras pláticas y nuestras alegres excursiones.

El querido Henri de la Peraudière se ha marchado otra vez con su animoso Bourgeau, y vuelvo a estar aislado. He tomado la costumbre de ir a pasar la tarde con esos dos botánicos, y es para mí un verdadero placer escuchar la conversación del *enfant terrible* con su impasible compañero. Sin embargo, Bourgeau salía de vez en cuando de su flema habitual para lanzar, *ex abrupto*, dos o tres contundentes réplicas.

Espero su contestación con impaciencia para conocer sus futuros proyectos. ¿Marchará usted a Francia o irá al Brasil? Para usted, que ya ha dado la vuelta al mundo, cruzar una vez más el Océano y remontar el Amazonas no viene a ser más que un simple placer:

«¡Demasiado orgullo! Qué afán de viajar nos persigue.
Y aún sigo soñando con esos países ya vistos».

A Charles Bolle, en Gran Canaria. 1856

Ayer vi al Doctor Bodman a su regreso de Gran Canaria y he sabido que usted ha salido de Las Palmas para una excursión en el interior de la isla en compañía de un inglés muy amante del «confort». Pero para ese *gentlemen* parece que no le resulta agradable la forma que tiene usted de viajar, y que después de la segunda etapa, al no encontrarse con el *roastbeef* y el *porter*, sino con gofio y agua clara, lo ha plantado a usted y ha regresado a Las Palmas para comer su buey. ¡Carnívoro!

Me cuenta que ha visitado la caldera de Bandama, que Webb y yo recorrimos pronto hará veinte años. ¡Qué hermoso espectáculo!, ¿no es

cierto? Pasamos todo un día en el fondo de aquella oquedad, como si uno se encontrara en el interior de un inmenso y antiguo circo que un incendio hubiese calcinado de abajo a arriba, y cuyas gradas, cubiertas por enormes masas de escorias, hubiesen quedado marcadas por esas ringleras de viñas como plantadas sobre los asientos arruinados. Cuando visitamos la caldera, este hermoso viñedo producía un vino tenido en mucha estima. El propietario de la finca destina este vino para consagrar, a la mayor gloria de Dios, y consideraría una profanación si vendiera una sola botella. Sin embargo, nos mandó una docena de regalo, seguro que nosotros le haríamos los debidos honores. ¡Excelente vino, *per Bacco*! Todavía lo recuerdo: Webb no lo había catado, pero ambos bebimos fuerte:

Era un vino delicioso,
añejo néctar de los catadores, de color rojo
y delicada fragancia, suave perfume de la parra.
Un vino para ofrendarlo a los dioses.

¿El implacable oidium habrá respetado por lo menos las hermosas cepas de Bandama? Si se ha producido el milagro, ¡ay, amigo mío!, invoque a Baco y grite conmigo: *¡Evohé! ¡Evohé!)*

A mi amigo Charles Caffin
En La Orotava (Tenerife). 1858

Yo os amo, vos me amaréis,
vos poseéis mi corazón y yo el vuestro,
ambos somos del mismo parecer
y nuestra existencia acabará cuando vos queráis.

Dumoustier.

He aquí, mi muy querido amigo, la que me parece una declaración de amor de un hortera a su enamorada.

A fe mía, esto es marchar a tambor batiente para tratar de tal guisa los asuntos del corazón. El futuro diplomático pertenecerá, sin duda, a la nueva escuela: no admite la marcha pausada de las cosas y quiere zanjar la cuestión. El amor, lo sé, es una deidad impaciente que prefiere

el paso ligero al normal: la carga viene bien a su andadura. Pero antes de atacar una plaza que no se defiende, se hacen los apercibimientos de rigor. Mas si le parece, dejemos las metáforas y razonemos sencillamente.

Si las cosas están tan adelantadas, como usted dice, y si hay compromiso entre ambas partes; si los abuelos están de acuerdo, como en otra ocasión se ha dicho, ¡bien!, no veo todavía la necesidad de precipitar el asunto y exponer a esta muchacha a los peligros de un clima que mata, ya que, por lo que se dice, Sierra Leona es el país más mortífero de la costa de Guinea: Inglaterra ha gastado ya más de treinta gobernadores, el calor quema la piel y seca los sesos. La sociedad europea que vive en ese infierno es de raza anglosajona, el resto de la población es negra como el diablo, y lampiña.

Así, la frágil muchacha, tan graciosa, tan gentil, una vez allí, adiós, a los frescos aires que traen perfumes de retama, esas hermosa retamas blancas de las regiones cimeras de la isla; adiós al dulce canto del capirote, esa bella curruca que por la mañana y al atardecer se deja oir en el valle; se acabaron los paseos por el jardín plantado de camelias, se acabó la agradable vida de familia para esta pobre criatura, se acabaron las encantadoras intimidades que seducen, los tiernos afectos, las finas flores de galantería que han llegado a su corazón y son como el preludio de sus dorados sueños. No, nada de esto, sino una sociedad extraña, adusta y desagradable; una cortesía fría, envarada, afectada; una servidumbre a la etiqueta y, por consiguiente, un hastío nostálgico que puede llegar a ser fatal. En una palabra, otra forma de vida bajo un cielo implacable, en el seno de una sociedad que habla otra lengua, que vive de otra manera y que nada tiene de común con las costumbres y los hábitos, los gustos y alegrías del país natal.

Conviene que piense un poco en todo esto, que lo piense seriamente, porque es cosa grave. Hablaremos más extensamente en Santa Cruz.

P.S. He dado a conocer un fragmento de su carta a Don Luis F... La boca se le hizo agua al escuchar la descripción del almuerzo familiar. De seguro que tarareaba por lo bajo algún aire del viejo vodevil:

> Suculentos manjares y deliciosos vinos
> dignos de los dioses.
> Después, la tarta de Magdalena.
> ¡Ay, qué banquete!
> Y yo no estuve allí para llenar la andorga.

Respecto a mí, este festín me intriga, pues parece cosa de esponsales. Decididamente, está muy avanzado.

A Charles Bolle, en Berlín. 1858

El mal tiempo reinante después de su marcha de Tenerife, los numerosos siniestros de que informan los periódicos, me habían alarmado por lo que pudiera haberle ocurrido. Pero gracias a Dios la buena estrella lo ha llevado a puerto. Pero bien, tanto usted como sus pájaros están a salvo. Sus tribulaciones durante la tempestad, que usted me cuenta, sus penalidades y las de los suyos, crea que lo siento mucho. Su madre tiene mucha razón al reprenderle por haber emprendido el viaje en pleno invierno por el Mar del Norte, siempre tan peligroso. Así, respecto a la tormenta que usted me describe, no he podido por menos que recordar estos versos de Horacio:

> Illi robur et aes triplex
> circa pectus erat, qui fragilem trudi
> commisit pelago ratem
> primus... [20]

En fin, el peligro ha pasado y queda usted perdonado por la pérdida de tres canarios en medio de tal confusión.

Desde aquí me imagino su retorno a Berlín. Qué satisfacción la suya por poder enseñar a sus amigos los bellos canarios silvestres y, sobre todo , el pinzón real de Fuerteventura. El mío se ha hecho magnífico: chilla y trina, y es la alegría de mi pajarera. He aumentado mi colección con algunas bonitas especies de pájaros de Francia. Estos queridos compatriotas se adaptaron perfectamente con mi pequeño mundo de Africa.

Y a propósito de pájaros: su loro de Gabón nunca será políglota; dudo mucho que aprenda a hablar, porque a todo lo que le dice María responde rezongando. Lamentémoslo, es un pobre salvaje tozudo como un negro obstinadamente refractario a la civilización.

Me complace saber que mis conchas han sido bien recibidas: dígame si la *iridina* de Podor sigue todavía viva y qué piensan sus colegas del otro lado del Rin de esta singular facultad de poder vivir sin comer.

Bien es cierto que el refrán dice: «quien duerme, come». ¡Ay, si yo pudiera hacer lo mismo!; no me despertaría sino dentro de dos o tres siglos. Después de todo, eso no es tanto, pero para el que duerme, una hora o trescientos años es lo mismo.

Le mandaré mi trabajo sobre aclimatación de especies forestales, cuyos resultados podrían ser de gran utilidad para las regiones deforestadas. Adiós, hasta la próxima.

Al mismo, en Berlín. 1859

Tanto el uno como el otro tenemos muchos reproches que hacernos por el largo silencio que hemos guardado: pero cualesquiera que sean los motivos que me han privado de sus cartas, nada me autoriza a reclamarlas.

La ausencia y la distancia han acrecentado el afecto que siento por usted, y creo contar siempre con su amistad. Conozco la vida que se lleva en Europa, sobre todo en las capitales. He vivido dieciesiete años en París: una existencia henchida de estudios importantes y, por consiguiente, muy animada. Berlín será para usted lo que París fue para mí. Una vez metidos en esos grandes centros, apenas si se dispone de tiempo para pensar en los asuntos personales.

Y bien, ¿por qué no le he escrito antes? ¡Dios mío!, por cien motivos que no le voy a detallar, ya que no hay uno solo que me pueda servir de excusa. He retrasado mi respuesta una y otra vez, eso es todo. Sin embargo, entre los motivos de mi negligencia debo poner en primer lugar la escasa diligencia puesta en dar remate a mi pequeño *tusculum*. Ahora está casi terminado: casa, jardín y habitaciones. Me dicen que es muy bonito, venga a verlo: no bromeo.

Si pudiera verle en Tenerife iríamos a Geneto a revivir tantos momentos agradables. Deme usted esa satisfacción.

Trabajo, y el tiempo vuela sin que me dé cuenta de ello. El estudio, esa fascinación intelectual, se ha convertido para mí en una necesidad. Hubiera acabado por enmohecerme aquí de no haber mantenido encendido el fuego, alimentándolo para que no se apagara. Entre mis pasatiempos literarios me ocupo ahora de una obra aparte, *sui generis*, en que recojo mis experiencias marítimas para el estudio de la pesca.

Usted sabe que siempre me ha apasionado el espectáculo del mar. He tratado de describir el variado aspecto marítimo del que he sido tes-

tigo: entonces, viviendo entre los pescadores, compartiendo sus fatigas y participando de sus emociones, estudiaba su industria. Los hermosos horizontes de nuestro Mediterráneo, el rumor de sus olas, los ecos de sus orillas y sus ancones habitados donde me gustaría vivir, todo será objeto de descripción en mi libro. Por ello la obra no tendrá sólo un carácter didáctico: mi intención es entremezclar anécdotas y comentarios, y de vez en cuando dejaré la barca del pescador para hacer alguna excursión en tierra.

Le envío algunos fragmentos como muestra de lo que será mi libro. Adiós.

A mi amigo Alfred Moquin–Tandon
En París. 1860

Gracias, querido Alfred, por haberme contestado tan pronto: decirle cuánto me ha alegrado su carta, no me sería posible. Lo que sobre todo me ha encantado es la franqueza de la buena amistad, que me ha introducido en seguida en la intimidad de su familia. Puedo conocer a los suyos junto con todo lo que a usted le es más querido. Bajo los mejores auspicios, el amigo introducido en su casa participa de todas sus alegrías, es dichoso al saberle feliz. Abrace en mi nombre a sus pequeños hijos. Su mujer debe ser extraordinaria, ¿no es así? Sus hijos tomarán su camino, estoy seguro de ello; no tienen más que seguir el ejemplo de su padre. Su hija, tan bien educada, debe ser encantadora: tendrá el mismo carácter alegre de usted, que es un bendito del cielo. ¡Que Dios sea loado!

Veo con complacencia que los honores académicos no han mermado su actividad, y alabo el que haya pensado encargarse de la biografía de P. B. Webb. La que ha redactado G... no vale nada, es fría como el hielo. Me asocio, pues, a su obra: tengo notas interesantes que comunicarle: las intercalará en su trabajo como noticias, recuerdos íntimos, humilde tributo ofrecido por un viejo compañero a la memoria del amigo común.

Tengo una urgente recomendación que hacerle, y cuento de antemano con usted para satisfacer mis deseos o más bien los de un amigo que también será suyo cuando le conozca. Se trata de hacerle un servicio: helo aquí y no se ría, que hablo en serio.

Hace algunos años establecí una estrecha amistad con un noble y rico portugués, el barón Castelo de Paiva, antiguo profesor de Botánica de la Universidad de Oporto. Este barón es más o menos de su edad, Doctor en Medicina por tres Facultades, París, Montpellier y Oporto, ya que siguió los cursos y recibió el correspondiente Diploma en las tres Facultades citadas. La Medicina, que ha ejercido en Portugal, le ha proporcionado una muy saneada fortuna, a la cual ha venido a añadirse su propio patrimonio y la herencia de un tío. Este noble barón es hoy dueño de las tierras señoriales de Castelo de Paiva, en las márgenes del Duero, tierras que producen una considerable renta, ya que en ellas se produce el mejor vino de Oporto. El barón ha dejado el profesorado y obtenido la jubilación con pensión. Eso en cuanto a su posición social: por lo que se refiere a su carácter, se trata de un hombre raro, muy especial, pero del que yo ahora no puedo hablar mal, sino todo lo contrario. Es extremadamente bondadoso, muy atento, afecto a sus amigos y siempre dispuesto a devolver las mismas pruebas de amistad que recibe. Es todo corazón.

El amor a la Botánica constituye una de sus mayores debilidades, y a la misma dedica una gran parte de su tiempo; aunque ha recogido la inmensa mayoría de las plantas de Portugal, quiere añadir a su herbario la flora de Madera, Azores y Canarias, incluso la de las islas de Cabo Verde *(Macaronesiacae regionis)* [21], como decía Webb. Lo he guiado aquí en sus herborizaciones, cuando vino a Tenerife a pasarse el invierno.

El barón continúa sus excursiones botánicas, pero con mucha calma, sin fatigarse, seleccionando las muestras, recolectando por aquí y por allá, esperando pacientemente un año para recoger en flor una planta que primeramente había recogido en fruto.

Y llego por fin a lo más curioso del asunto: en primer lugar he querido darle a conocer al hombre: este pobre barón, tan devoto de la *aimable science*, tan apasionado por la planta que ha recogido y que venera en su herbario como si se tratara de una bella muerta en su tumba; este pobre barón, digo, está tomado por una idea que le atormenta: se desespera pensando que todo este amor, todo este encomiable celo permanezcan ignorados todavía por parte de los amigos de Flora. En varias ocasiones me ha abierto su corazón...de botánico y me ha confesado sus debilidades: insiste en lo mismo cada vez que me escribe, lo que para él constituye una manía, una obsesión, una pesadilla.

Y ahora va el *hic*: el barón Castelo de Paiva quiere tener en no-

menclatura botánica una o dos especies fanerógamas, incluso un género que llevaran su nombre para que lo recuerde la posteridad. Así, que se lo recomiendo con el mayor calor para que piense en él en lo que usted ha hecho sobre la flora de Córcega. Sería tremendo si no encontrara usted alguna novedad que dedicarle, y si por casualidad no hay ningún hueco para él, no deje de buscarle un padrino al noble ahijado que amparo.

He conocido, a lo largo del tiempo, a dos o tres de nuestros sabios herbívoros que nunca se acostaban antes de haber engendrado media docena de especies nuevas. Adiós.

Al mismo, en París. 1860

Su última carta, querido Alfred, me ha hecho pasar momentos agradables. Después de haberla leído con los ojos y el corazón, me he dado el gusto de releerla en voz alta, para mí solo, en mi gabinete de trabajo, con el fin de disfrutar de su amical conversación, que me recuerda nuestras charlas de otro tiempo.

De veras que me ha regocijado su historia referente a la famosa colección de conchas: admiro tanto su buen humor como su resignación, sobre todo después del inexplicable silencio que se ha guardado respecto a su generoso donativo. Pero tomo con verdadero interés el encargo que me hace. Soy miembro de la Academia de Ciencias de Lisboa, y si es preciso escribiré al Secretario General para saber qué ha pasado con esa colección suya, donada al Rey, como malacólogo y Presidente titular de la Academia. De esta forma sabremos al mismo tiempo si su Majestad ha recibido el bello ejemplar de la obra que acompañaba a la colección.

El querido barón Castelo de Paiva es asimismo miembro de la citada Academia y espero su respuesta para descifrar el enigma. En este momento se encuentra en un balneario de la provincia del Miño. Le he recomendado su asunto, del que estoy seguro se ocupará cuando regrese a Lisboa.

Me pregunta usted si el barón es pariente del conde de Paiva. No, ni siquiera amigo. Un día le hice la misma pregunta, y con ese énfasis tan propio de los portugueses, me contestó: «El barón de Castelo de Paiva no tiene nada que ver con el conde de Paiva, que no es más que un título cortesano: Castelo de Paiva es una antigua baronía».

Al Barón Castelo de Paiva
En Lisboa. 1861

Usted, querido Barón, me pregunta acerca del estado en que se encuentran mis trabajos literarios. Trabajo a intervalos, y a cada momento me veo obligado a interrumpir una descripción interesante por tener que ocuparme, bien a pesar mío, de otros asuntos. Es mi destino y debo aceptarlo. No dejo de pensar en mi jubilación para después poder disfrutar de una existencia independiente, tranquila y libre de cuidados. La libertad, ese es mi ideal. El hombre libre se encuentra en una situación espiritual que ha de contribuir, en gran medida, a que sus pensamientos discurran de una forma más dichosa, más alegre y que al mismo tiempo sean más lúcidos. Su espíritu es entonces como un reflejo de su bienestar. Todavía no me encuentro en esa situación, pero espero conseguirla.

Me pregunta usted por mi pequeño *tusculum*: acabo de pasar en él un hermoso día. Todo está florido y ya algunos frutos tempranos comienzan a despuntar. Este año el rápido desarrollo de los vegetales es sorprendente. La fuerza de la savia ha sido favorecida por las lluvias, con alternativas de calor casi veraniego. Tengo en mi jardín olorosos naranjos y paseos orillados de arrebol (*echium simplex*), cuyas ramas floridas tienen más de seis pies de altura. Mejor le hubiese convenido el nombre de *echium* gigante. Le reservo unas semillas.

El invierno en Santa Cruz ha sido muy benigno: no nos hemos dado cuenta de los cambios de estación; el otoño y la primavera se dan la mano. Las altas cumbres de la isla han tenido escasa nieve. Ver el invierno en un horizonte lejano, cuando uno esta reconfortado por un sol clemente, cuando se disfruta de salud en un clima tibio, todo inundado de una luz resplandeciente, ¿puede encontrarse algo mejor que esto? El termómetro, desde noviembre se ha mantenido entre los 19° y 20°C., y estamos a finales de invierno. Convendrá conmigo en que Tenerife es un invernadero. Venga sin temor a este rincón del Atlántico donde usted se encontrará a gusto.

P. S. He aquí las principales características del animalillo sobre el cual me pide información: *cuatro antenas, con las inferiores más largas, mientras que en el langostino lo son las superiores*. En general los crustáceos anfípodos habitan las aguas saladas y también las dulces. Yo creo que la especie que ahora nos ocupa, y que vive en las charcas de La Laguna, en Tenerife, aún no está descrita.

Mi criado no ha encontrado todavía nada bueno que mandarle, por lo cual los frascos siguen vacíos. La captura de insectos le gusta, pero no tiene suerte. Sin embargo, su hábil colaborador no se desanima y espera que la fortuna le sea propicia. En cuanto a mi medianero, a quien he querido dedicar a lo mismo, he perdido el tiempo: «No se saca harina de un saco de carbón». Le he encargado que me traiga bichitos de seis patas y dos cuernos, y se presenta con una caja llena de coleópteros: al ver que me sublevo, mi Sancho Panza se excusa diciendo: «Pero señor, estos animalitos tienen más de seis patas y por lo mismo deben valer más». Por esta cuenta los ciempiés serían todavía más valiosos.

Al mismo, en Lisboa. 1861

Estoy de vuelta al hogar: en menos de tres meses he hecho dos mil quinientas leguas por mar y por tierra. Esto es muy agradable. Verdadera excursión sin desvíos, lo que me ha permitido volver a ver a muchos amigos y recorrer algunos países, admirar todo lo que las bellas artes y la industria humana han hecho de admirable en estos últimos quince años. A pesar de la actividad intelectual y física que he tenido que desplegar, a pesar del gran calor que he tenido que sufrir y los cambios en mis costumbres, cambios a los que he tenido que someterme, me encuentro de maravilla y como diez años más joven.

He vuelto a contemplar las costas del sur de España y la mayor parte de las ciudades del litoral. Mi excursión a Philippeville me ha deparado la oportunidad de recorrer algunos lugares de la provincia de Constantina, que no conocía. Ya le contaré mi viaje a Lorena, en los Vosgos, a Alsacia, en las orillas del Rin, mi estancia en Estrasburgo, entre una población alemana por la lengua, pero francesa de corazón. También le diré de mi alegria de volver a ver Marsella y París.

He regresado a Santa Cruz cuando menos me esperaban: mi reducido personal se encontraba reunido en el Consulado. Mis buenos servidores lloraban de alegría, «el Herreño», de tan contento, se había quedado como alelado, la vieja cocinera, Candelaria, me acogió con su más franca sorisa. Todos querían estrecharme la mano al mismo tiempo y me manifestaban el contento que sentían.

Todavía no le he dicho nada a usted de mi mujer y de nuestra buena María: son cosas que conmueven las fibras más profundas y que no podrían expresarse en ninguna lengua.

Mi amigo Moquin-Tandon me ha enseñado en París la bella condecoración que S. M. el Rey Don Pedro le envió con mucho protocolo por medio de su Embajador, el Conde de Paiva. Era lo menos que podía hacer. Cuando felicité a Moquin, repuso sonriendo: «Usted es el que ha movido todo este asunto, pero el querido Barón, lo mismo que usted, tomó la cosa a pecho y con mucho más cariño de lo que yo esperaba...»

A mi amigo Alfred Moquin-Tandon
En París. 1861

Heme aquí, querido Alfred, instalado de nuevo en mi isla, como un robinsón. Sólo he hecho una corta parada en Marsella a mi regreso. Tomé uno de esos vapores que hacen escala en todos los puertos de España: al día siguiente de la partida estaba en Barcelona, dos días después en Alicante, que dejamos al atardecer: después proseguimos la navegación en una noche serena, bajo un cielo tachonado de estrellas. Nos detuvimos en Málaga con el tiempo justo para comprar unas hermosas granadas y unos deliciosos melones. A navegar de nuevo: pasamos el Estrecho en plena noche: el Monte de Gibraltar nos pareció un fantasma. El faro, que destellaba en la oscuridad de la noche, tenía un aspecto siniestro: el ojo de fuego del leopardo británico se abría hacia los dos mares. Al amanecer estábamos frente a Cádiz, ciudad coqueta si las hay, ostentosa, sonriente y graciosa como una bella andaluza, los pies en el agua y voluptuosamente tendida en la orilla. Seguidamente me embarqué en el *Pelayo*, el siete de setiembre, y el diez, a medianoche, doblamos la Punta de Anaga para echar poco después el ancla en la rada de Santa Cruz.

Este viaje ha renovado mi gusto por la navegación: tengo notas para veinte misceláneas, recuerdos para toda mi vida. El placer bien vale el dinero que se gasta: dos años ahorrando han podido procurarme esta satisfacción, y espero que en 1873 pueda realizar mis deseos.

Acabo de colocar en mi biblioteca todas mis nuevas adquisiciones, y reservo el lugar más destacado para sus dos hermosos volúmenes. La gran pléyade de nuestros trovadores se encuentra allí, uno al lado del otro: Jasmín, Aubanel, Mistral, etc., y *tutti quanti*.

Otros valiosos libros han venido a enriquecer mi colección: las obras de Ampère, de Michelet, de Louis Figier, de Toussenel, las *Har-*

monies de la mer, de Felix Julien. Compré en París el *Voyage d'exploration*, de Coste, publicado con gran lujo por favor imperial. Todavía no puedo darle mi opinión sobre esta obra, cuya nueva edición ha sido aumentada en todo aquello que el autor ha creído necesario añadirle: los hábitos de las ostras, etc., etc.; yo prefiero servírmelas. Adiós.

Al mismo, en París. 1862

Querido Alfred: su amable carta me ha demostrado una vez más el interés y la amistad con que me distingue. Hoy, 20 de diciembre, hace dos meses que fui atacado por la cruel epidemia que nos ha acometido: todavía estoy convaleciente, pero hay que extremar los cuidados para evitar una recaída. Sin embargo, me encuentro con fuerzas suficientes para escribirle. Todavía no ha dicho su última palabra el azote que nos está diezmando, y cada día cobra nuevas víctimas. Dos de nuestros mejores médicos han muerto. Estamos sin autoridades judiciales: también han fallecido el Juez de Instrucción y el Abogado Auditor. La fiebre amarilla parece haber redoblado su virulencia, y sin embargo, el tiempo es espléndido. Esto no se entiende: desde hace dos meses el termómetro se mantiene en 19° C. durante la mañana y sube a 20° C. después de mediodía: puede ser que descendiendo hasta los 16°–17° C., como en las Antillas, pueda esperarse un cambio favorable para la limpieza de la atmósfera, pero esta variación del tiempo acaso no se produzca hasta dentro de uno o dos meses, cuando la nieve cubra las altas montañas que rodean el Teide y que los vientos del norte depuren el aire maligno que respiramos. Mientras tanto, la epidemia continúa haciendo estragos con intensidad creciente...¡y sigue el buen tiempo!.

El cielo es de un profundo azul, el aire, diáfano, el mar, en calma, pero todo es decepcionante. El calor solar oculta una perfidia, igual que las flores de perfume venenoso, que se aspira con fruición y al final mata.

¿Qué le dirán al extranjero recién desembarcado en esta tierra maldita, que cada paso que da va hacia la muerte? ¡Islas Afortunadas! Así se las denominó en los tiempos del mito, pero hoy... ¡gran Dios!

Al mismo. 22 de febrero de 1863

Me pide usted más información sobre la fiebre amarilla: tomo, pues, la pluma para hablar de tan funesto tema.

Esta epidemia la introdujo en la isla una nave llegada de La Habana, según unos, y de Fernando Poo, según otros. ¡Quién lo sabe! Fue a principios de octubre cuando este terrible azote se desató en Santa Cruz. A pesar del pánico general, entre los jefes de servicio que permanecían en su puesto, yo fui uno de los primeros atacados. Afortunadamente mi buena constitución me ha favorecido, pero no sin sufrimientos. En primer lugar, seis días y seis noches sin dormir: se me dio por muerto y tuve que escribir a mis amigos para desengañarles.

Al séptimo día estaba fuera de peligro, pero la convalecencia ha sido larga y casi tan peligrosa como la misma enfermedad. Cuando la epidemia entró en el Consulado, mi mujer estaba en el campo y se le dio la orden de que permaneciera allí: si hubiese bajado de Geneto, estoy seguro que hoy no existiría.

De las cuatro personas que había en la casa cuando la epidemia hizo su aparición, tres cayeron enfermas casi al mismo tiempo: primero yo, después María y mi criado Nicolás. Candelaria, la vieja cocinera, que había pasado ya otra epidemia anterior, quedó sola para cuidarnos como podía, porque a ningún precio era posible encontrar un enfermero. Todo el mundo huía de las casas contaminadas como se huye de los apestados. María y yo nos hemos salvado gracias a los cuidados de mi pobre compatriota, el doctor Saurin, que falleció al sexto día de yo haber caído enfermo. Otro médico a quien mandé llamar murió el mismo día en que reclamé sus servicios. Mi pobre Nicolás murió después de tres días de delirio.

De una población de más de cuatro mil almas, más de la mitad abandonó la ciudad hacia el campo para buscar refugio en el interior de la isla: la fiebre amarilla nunca se dio en las zonas altas alejadas del mar.

Sobre unas cinco o seis mil personas que quedaron en la ciudad, alrededor de dos mil trescientas no tenían nada que temer, pues habían pasado las epidemias de 1810 y 1846. Los dos tercios restantes contrajeron la enfermedad y más de la mitad murió.

P. S. 14 de marzo de 1863. Por fin Tenerife se ha visto libre de la epidemia: las restantes islas del Archipiélago no han sido afectadas. El

ambiente, a partir de los últimos días de febrero, se ha purificado, ya que los vientos han soplado constantemente del Norte y el termómetro ha descendido a 16° C. Hoy hace un poco de frío, demasiado acusado para esta tierra. Las montañas están cubiertas de nieve y el Teide destaca su blancura sobre el cielo. Espero la llegada de la primavera para acabar de restablecerme en Francia: necesito el aire natal después de este golpe.

A Charles Bolle, en Berlín. 1863

París es un devorador del tiempo: de aquí que uno no haga nunca lo que se propone hacer. Quería escribirle a usted a mi regreso a la capital, quería haberlo hecho antes de mi partida, y sin embargo, hace cinco días que estoy de vuelta en Canarias, siempre pensando en usted. Por fin he encontrado un motivo para principiar esta carta, que escribo a toda prisa.

Tanto en Marsella como en París estuve bajo la impresión que me produjo mi viaje a Alemania y, sobre todo, mi estancia en Berlín, acogido a su hospitalidad. Estos recuerdos me emocionan y jamás se borrarán. Recuerdo su amable recibimiento, su generosa y franca cordialidad y todo lo que he podido ver y admirar gracias a las atenciones de que fui objeto.

Usted, querido amigo, es el alemán más francés que conozco; pero no olvide que me ha prometido venir a Tenerife a pasar el invierno. ¡Entonces me tomaré la revancha!

Hablaremos de Berlín, de Potsdam, de Sans–Souci, del viejo molino. El recuerdo de Federico el Grande exaltará su patriotismo. En Berlín, en ese hermoso monumento, obra del gran escultor Christian–Daniel Rauch, al viejo Rey se le ve a caballo y en marcha: se va a la Guerra de los Siete Años. Sus ojos de águila entrevén el glorioso destino de Prusia, cuya grandeza soñó. Pero es en Potsdam donde el recuerdo del Rey filósofo se encuentra por todos sitios. La sombra de Federico se pasea por los jardines, por los parques, por los salones de Sans–Souci.

Y a propósito de esto, ¿sabe usted que acabo de leer en la *Biographie Universelle,* de Michaud, un interesante artículo sobre Christian-Daniel Rauch, escrita por mi amigo Couder, de la Academia de Bellas Artes? La apología del gran artista, rival de Canova por el rigor y la

perfección de la forma, y de Thorwaldsen por la fuerza del escorzo, trae a la memoria todas sus inmortales obras, sus numerosas estatuas, de las que Alemania debe sentirse orgullosa, ya que constituyen la gloria de uno de sus hijos.

Couder no ha dejado de destacar en su elogio las extraordinarias cualidades que distinguen las obras de Rauch: «La feliz conjunción de la realidad tomada de la naturaleza, lo delicado de la forma, en que la belleza transporta a lo ideal, y ese sabio modelado, en apariencia tan sencillo». Eminentes cualidades que elevan la escultura a un alto nivel y hacen que se creen tantas obras maestras.

Debo a usted, querido amigo, haber podido admirar en Berlín y en Potsdam toda la obra escultórica con que cuenta. También pude contemplar en Hanover un mausoleo del mismo artista, en la línea del de Charlottenbourg, pero sentí no haber podido ir a Munich y a Ratisbona para ver la gran estatua en bronce del Rey Maximiliano de Baviera y las colosales *Victorias* del Wahallah, esculpidas en mármol. Couder, a quien debo estos datos, ha rendido homenaje a la obra nacional del gran escultor con referencia al monumento de Federico: «Su ojo de águila –escribe– sombreado por una poderosa fascinación, descubre que ese cuerpo frágil en apariencia está poseído por un fuerza invencible y por un alma de gigante».

Este es, en efecto, el pensamiento del artista expuesto con toda la fuerza de un talento de primer orden.

Ahora, por el momento, basta. Ya volveremos.

A Auguste Couder, en París. 1863

Hoy es la fiesta de la Virgen del Pilar. Suenan las guitarras y oigo en la calle a uno de esos improvisados trovadores que lanzan al aire sus coplas bajo las ventanas de su Dulcinea. He retenido una copla de la que te incluyo la traducción:

Las estrellas he contado
y no las hallo cabales:
faltan las dos de tu cara
que son las más celestiales.

Mi regreso a Tenerife, querido Couder, después de una feliz travesía, duró unos quince días. Son las nueve de la noche, el cielo está lleno

de estrellas, el aire es tibio y suave, mi ventana está abierta del todo y te escribo con un fondo de mandolinas que llegan de la calle.

He encontrado a mi familia en perfecto estado de salud. Les agrada oirme contar mi corto viaje de tres meses: tan pronto les hablo de París, de Nancy y de los Vosgos, como de Estrasburgo y de las orillas del Rin. Esto es el no acabar para volver a principiar. Con frecuencia eres tú, mi viejo camarada, el tema de conversación de la noche: hablo de nuestras comidas en tu encantadora casa del bulevar del Infierno, pero donde uno podría creerse en el Paraíso: hablo de tu jovialidad y de los buenos ratos que pasamos juntos.

Nos volveremos a ver, querido amigo, no quiero eternizarme en estas islas. De acuerdo en que el clima es delicioso, fértil el suelo, pero el hombre no tiene por qué vivir como un lagarto o como una ostra: hay que alimentar el espíritu tanto como el cuerpo, y todo de lo que puedo disfrutar aquí no basta a compensarme de lo que me falta. En una palabra, no encuentro en este país el ambiente social de que tengo necesidad. Mis viejos amigos están en Francia, y el Oceáno nos separa. Acabo de plantearme hoy la misma cuestión que Nadaud:

¿Qué hago en esta tierra,
pobre soñador de castillos en el aire,
solitario contemplador
del esplendor de los cielos,
pensador sin juicio ni sucesión,
que va en pos del ideal,
especie parásita
del reino animal?

P.S. Te envío otro pequeño barril de vino de Canarias, que beberás en compañía de tus amigos. Me parece estar oyéndote cantar el estribillo de esta alegre canción que tanto te gusta:

El vino reanima la vejez

Del que te envío no voy a decir lo que Horacio dijo de la famosa ánfora ofrecidad a Mecenas:

O nata mecum consule Manlio [22].

pero mi vino de Tenerife data del primer año de mi consulado:

MDCCCXLVII PHILIPPO REGE.

Por cierto, que no deja de tener solera: la República, la Presidencia y pronto quince años de Imperio le han pasado por el cuerpo. Convendrás conmigo que mi vino tiene que ser de una buena cosecha y de una gran calidad por no haberse avinagrado y conservarse puro y transparente a pesar de tantas revoluciones. Adiós.

A A. Moquin–Tandon, en París. 1863

Querido Alfred: desde que me dio la noticia de la muerte del botánico Requien, he esperado en vano una nueva carta de usted. Sin embargo, no le reprocho que me haya dejado sin respuesta. Comprendo que, dada su posición en París, sus muchas ocupaciones, que constituyen otros tantos deberes, le hayan impedido escribirme; pero si esto le excusa, no abuse demasiado de mi condescendencia, se lo ruego en nombre de nuestra amistad.

Y en nombre de la ciencia, como se dice en el Instituto, quisiera pedirle un favor: se trata de aclimatación, de lo que me ocupo desde hace mucho tiempo. Tengo a I. Geoffroy Saint–Hilaire por uno de los pioneros en esta rama de la Fitogeografía: siento por él el mismo afecto que por su venerable padre, quien me honra con su amistad.

Más de una vez escuché las lecciones orales de Isidore, cuando principiaba a imprimirle a la Zoología la afortunada y útil dirección que ha seguido y que tanto ha contribuído a su progreso. Fue él quien primero propuso en sus cursos la aplicación de la nueva teoría. ¿Quisiera usted recomerdarle, en su calidad de Presidente de la Sociedad de Aclimatación, mi proyecto de propagación en Argelia de especies forestales de estas islas? Valdría la pena. Le voy a enviar la memoria que sobre este tema acabo de terminar. No dejaría de ser interesante aclimatar en el Sur de Francia, preferentemente en las montañas del litoral, el hermoso pino de Canarias (*P. canariensis)*, de gran talla y cuya madera incorruptible es muy apreciada.

Me pregunta usted por los servicios que yo podría prestar como correspondiente del Instituto: no me ocupo de investigaciones de tanta ca-

tegoría como para pretender tal honor. Si estuviese en París haría por aspirar al sillón académico, de forma que se pudiera decir de mí:

> Ai legi voustre noum envirouta de gloiro
> Dedin lou libre d'or daou templo de mémoiro
> Mounté s'inscrivaun les savents... [23].

¿Pero de qué me serviría aquí tal cargo?

No obstante, y a pesar de mis obligaciones de funcionario, es a mi especialidad a la que me dedicaría preferentemente, y que ahora me viene de nuevo a la memoria. Las Islas Canarias, por su latitud casi tropical y la altitud de sus montañas, cuyo punto más elevado ejerce una gran influencia en la atmósfera circundante, se encuentran admirablemente situadas para la observación de los fenómenos electromagnéticos que dependen de la meteorología. Duperray, Arago y otros miembros del Instituto con los cuales mantuve relaciones cuando era Secretario General de la Sociedad de Geografía, y que habían examinado la cuestión desde el punto de vista que acabo de indicar, me sugirieron que aprovechara mi nueva situación en las islas con el fin de ocuparme de meteorología e informar a la docta entidad.

Estábamos entonces a finales de 1847, y no había hecho más que incorporarme a mi puesto cuando la revolución de Febrero (1848) estalló como un trueno. Arago, que me había prometido los instrumentos más necesarios, tenía otras cosas que hacer en vez de enviarlos. Desde lo alto de su observatorio sintió como si la tierra temblara bajo sus pies y le faltó tiempo para echarse a la calle y tomar parte en el tumulto. Ese fue su castigo: allí acabó como diputado, un acto tan generoso como inútil, porque bien pronto vio cómo se eclipsaba un astro del que no había alcanzado a prever sus extravíos. La revolución de Febrero, como uno de esos cometas de larga cola cuya aparición súbita y no calculada siembra el pánico por todo el mundo. Si el pobre Arago se hubiese contentado con ser un mero espectador, puede ser que todavía viviera.

En cuanto a mí, aunque lamento profundamente no haberme podido dedicar a los estudios que me hubieran llevado lejos, he vivido tranquilo, casi olvidado en mi rincón, muy satisfecho por haber escapado del torrente de la política, que lo arrastra a uno. ¡Ay, Dios mío! ¿y ahora qué? En la vida se dan situaciones que hay que saber aceptar. Las más clarividentes previsiones del hombre no cambiarán su destino. Adiós.

A M. Lemercier, bibliotecario del Museo
En París. 1863

Los ratos que pasé con usted la última vez que estuve en París son recuerdos muy agradables para no ser reavivados por lo menos una vez al año por medio de una comunicación epistolar.

Regresé a casa a finales de octubre, y nada más incorporarme al consulado he tenido que ocuparme de los asuntos propios del cargo. El pabellón francés ondea de nuevo en esta rada. En primer lugar, varios buques que se dirigían unos a las Antillas y otros a la India. Después se presentó nuestra nueva escuadra de evolución: el *Magenta,* el *Solferino* y el *Invincible,* tres colosos acorazados. Además, la *Couronne* y la *Normandie,* dos fragatas blindadas, seguidas del *Napoleón* y del *Turenne,* dos navíos de primer orden, a cuyo conjunto acompañaba un pequeño navío de ordenanza, el *Talisman,* piróscafo rápido y vigilante como un oficial de estado mayor, y que en un abrir y cerrar de ojos desaparece para llevar las órdenes y reaparece súbitamente como por arte de magia.

No había hecho más que dar fin al avtituallamiento de esta división naval, cuando ocupaciones y deberes propios del servicio han venido a retrasar todavía más la satisfacción que experimento en este instante, ya que por fin me es posible cambiar impresiones con usted y al mismo tiempo hacerle llegar cuanto se me ocurra.

He reanudado la redacción de *Pêches maritimes:* la variedad temática que abordo en esta obra tiende a comunicarle una originalidad que puede repercutir en su éxito. Todo cambia de aspecto a cada paso. He suprimido de mi relato aquellas cosas que pudieran parecer excesivamente metódicas, y evitar, en lo posible, la terminología poco en armonía con nuestra lengua. El común de las gentes me lo agradecerá, y los especialistas entenderán lo que he querido decir. Escribo para todos. No trato de escribir un tratado de pesca: mis descripciones son más bien resúmenes, apuntes tomados directamente. A medida que avanzo en mi obra el campo que abarco se va ensanchando ante mí.

El manuscrito está muy adelantado y espero dárselo a conocer en mi próximo viaje a París. No he olvidado el ofrecimiento del estimado Gratiolet, el amigo que ha querido encargarse de encontrar editor. Gratiolet es un corazón de oro, y tan sabio como sencillo. Los ratos que he pasado a su lado me han bastado para exteriorizarle mi afecto y simpatía. Siento debilidad por los hombres de su talla: es el digno discípulo

de nuestro buen Parisset. Felicítelo de mi parte por el puesto que se le acaba de otorgar, encargado de sustituir a Geoffroy Saint–Hilaire en su cátedra del Colegio de Francia. No se pudo elegir a nadie mejor.

También ha sido usted, querido amigo, quien me ha puesto en contacto con Toussenel, cuyas cualidades personales y escritos tanto admiro, tanto por los menos como quien ha hecho su más justo elogio: «El alma francesa, sana, serena y animosa, joven como un día de abril, ilumina su libro *Monde des oiseaux.* Hay fragmentos deliciosos que ascienden con la misma gracia del canto de la alondra en los primeros días de primavera». Solamente Michelet, el autor de *L'Oiseau,* podía expresarse en iguales términos.

También está en París, y en la casa donde usted vive, uno de los más notables artistas que, con el escoplo y el cincel, hace obras maestras comparables a las que Toussenel hace con la pluma. Usted fue quien me introdujo en el taller cuando modelaba en arcilla un busto de Arago, vigorosamente tratado. Y a medida que el trabajo avanzaba reconocí al hombre que alcanzó tanta popularidad: naturaleza enérgica y fuerte, inteligencia poderosa, cualidades que se traslucían en esta bella cabeza, en la despejada frente, en los marcados arcos superciliares bajo los cuales brillaba una encendida mirada. Este hermoso busto, en fase de modelado, lo expresaba todo de una vez. Se me dice que la obra del artista ha sido terminada con el mismo entusiasmo y que servirá para ejecutar una estatua colosal que, fundida en bronce, se levantará en el pueblo natal del ilustre Secretario de la Academia de Ciencias... Adiós.

A mi amigo Monteiro, en la isla de La Madera. 1864

Quiero decirle, admirado poeta, dos palabras sobre el excelente Vizconde, cuyo conocimiento debo a usted. Hombres como el señor Charnacé se recomiendan solos. Es un verdadero gentilhombre, en toda la extensión de la palabra, espíritu cultivado y buen corazón, lo que unido a la cordialidad de sus modales y a la nobleza de su carácter, se ha hecho acreedor de mi afecto. Otro tanto podría decirle de algunos viajeros que han llegado hasta mí recomendados por usted: el Vizconde de Ponceau, primo del anterior, su encantadora señora, hermana del Duque de Luynes, y su hijo, simpático muchacho que me recuerda a mi

hijo Philippe. Añadamos a esa alta nobleza de Francia, que tan bien sabe llevar el nombre, a M. A. Moukanoff y la princesa, su esposa, y otros muchos extranjeros de calidad. En el aislamiento en que vivo, la estancia de estos visitantes ha sido para mí muy agradable.

Asimismo quiero hablarle de esa epístola suya tan llena de inspiración y de grandes verdades. Y me siento halagado por encontrarme entre los doce elegidos, cada uno de los cuales ha de ser obsequiado con un ejemplar de dicha epístola. Gracias.

También agradezco vivamente el regalo que me hace de sus *Impresiones de un viaje al Empíreo.* La descripción de la colonia de ingleses valetudinarios residentes en Funchal, me ha divertido mucho:

> Sí, el mundo, tan grande para todos, es pequeño para vos;
> Sí, vos sois poeta y cruzáis el espacio,
> el hermoso espacio donde domina lo etéreo:
> El universo es vuestro, así lo habéis proclamado.

He pasado un buen rato con su folleto, por lo que le doy las gracias. Me anuncia que para fin de año piensa hacer un viaje a París: tengo el mismo propósito y puede ser que tengamos la suerte de encontrarnos. Yo puede decir lo mismo que usted:

> Cuando otra primavera se me acerque
> tendré setenta años.
> No hay más remedio que rendirse a la ley del destino,
> y desde ahora me someto a lo que él disponga.
> Evocar el pasado no resulta sensato
> cuando tan bien lo estamos pasando en el presente:
> dejemos a este viejo mundo que siga su camino
> y aceptemos el tiempo tal como nos llega.

Respecto a la política, lo mejor es no hablar de ella. Unos dicen que esto va mal; otros, que esto va bien. Y yo termino por decir que esto podría ir mejor. Soy de la opinión de Viennet, poeta académico, archioctogenario y fabulista excéntrico:

> Y termino diciendo que mi muy querida madre,
> sin saberlo, predijo
> las tonterías que uno iba a hacer
> sin tener en cuenta las que hará.

Por lo tanto, querido amigo, duerma usted a pierna suelta, consérvese siempre bien y ya sabe que me sentiré feliz cada vez que llegue a mí. Cordialmente.

A Olivier Moquin-Tandon, hijo primogénito
En París. 1864

Recibo los originales del *Monde de la Mer* y todavía estoy bajo la impresión que me ha producido su lectura. Nada ha sido olvidado en este libro para interesar a los especialistas y para atraer la curiosidad de una clase, cada vez más numerosa en Francia, dotada de la instrucción suficiente para leer con provecho las obras de la humana inteligencia creadora. Desde las primeras páginas los lectores se sentirán admirados ante el espectáculo del Océano y de los fenómenos que tienen lugar en sus aguas. Tan brillante introducción despertará su estusiasmo y les invitará a penetrar más profundamente en el inmenso laberinto de la Creación.

La estructura de la obra es perfecta. Las consideraciones generales del primer capítulo predisponen para entrar en el tema del segundo, *La vida en el mar*. Entonces comienza esa génesis que se desarrolla de un modo apasionante, y que va desde lo microscópico a las organizaciones más complicadas, desde lo más débil a lo más poderoso, de la mónada a la ballena. Me alegro de haberle podido facilitar a su padre algunas notas para que añadiera a sus estudios.

. . . . . .

Cristóbal Colón, el primero que cruzó el Océano, pudo decir con razón, en presencia de la fecundidad de las aguas en las prolíficas regiones del Atlántico donde tanto abunda la vida: «No es bastante la palabra para decir ni la mano para escribir todas las maravillas del mar». En efecto, uno comprende las expresiones de admiración proferidas por el gran descubridor a la vista de tantas maravillas hasta entonces desconocidas. Pero estaba reservado a nuestro siglo investigador el darlas a conocer. La ciencia ha llegado hoy a un alto nivel en el estudio de los seres que pueblan las aguas, y es una suerte que los hombre de superior inteligencia hayan armonizado la capacidad de observación con el sentido filosófico y podernos llevar del análisis a la síntesis en el estudio de los diferentes organismos.

Y esto es lo que en el *Monde de la Mer* ha conseguido Moquin–Tandon, una síntesis de los conocimientos hasta hoy adquiridos. Su texto, de un estilo sencillo, elegante, sostenido, recuerda el encanto de su palabra.

Hace más de treinta años que asistí a las últimas discusiones sobre la unidad de composición: juzgue, pues, si no ha de interesarme el hermoso capítulo que acabo de recibir con el fascículo veinticinco.

No conocí a Cuvier, personalmente, quiero decir, pero he leído y releído sus obras, que ciertamente admiro. En cuanto a Geoffroy Saint–Hilaire, me honro con su amistad. Su padre ha sabido definir con mucha justeza las diferencias doctrinales existentes entre estos dos grandes naturalistas: «Uno era el historiador de la naturaleza; el otro quería ser el intérprete». Tandon tenía tanto de uno como de otro.

No puedo por menos que alabarle, querido amigo, por el gran cuidado que presta a la impresión del *Monde de la Mer,* la obra póstuma de su inolvidable padre. ¿Habrá mordido usted el anzuelo y será este libro el que le encamine hacia la Ciencia? De ser así, tanto mejor.

El Monde de la Mer hará época y ocupará un lugar preeminente entre las grandes publicaciones de 1865; un libro destinado a divulgar el amor a la Ciencia. Moquin-Tandon, a pesar de su seudónimo, se descubre por entero: lo reconozco en la forma de narrar, tan sencilla, tan llena de imágenes, retórica y mordaz, y a pesar de todo, siempre delicada. Explica los fenómenos más curiosos con una claridad de expresión que facilita el entendimiento: la filosofía conmueve y convence. ¿Qué me dice usted de las ilustraciones intercaladas en el texto? ¡Qué finura de trazo y qué limpieza de dibujo! Y, sobre todo, ¡qué fidelidad! Su hábil mano se hace presente en ellos. Adiós.

A Léon Lavialle, en Marsella. 1864

Su tan afectuosa carta, querido amigo, me ha dado mucha satisfacción al leerla. Nuestras comunes aficiones son los sentimientos que nos unen. Tales atracciones son cosa natural. El trato viene de la comprensión, y la amistad es la consecuencia. La mía no tardó en ser captada por usted, y ahora acaba de confiarme la suya.

Después de su partida de Santa Cruz me he vuelto muy casero: mis paseos de la tarde se prolongan hasta la punta del muelle para aspirar

las estimulantes emanaciones de la brisa: es como un baño de aire salitroso. Sin enbargo, no basta para olvidar el olor de nuestras algas marinas y de nuestras rocas, que con tanta delectación se respira en las queridas orillas de nuestro Mediterráneo. Ciertamente que el Océano es grandioso, impresionante, infinito: el Mediterráneo no es más que un enorme lago si se le compara con el Atlántico, pero nuestro mar tiene sus propias seducciones. El *Pater Oceanus* –se dice– sucumbe a los encantos de esta sirena caprichosa cuando, después de traspasar las Columnas de Hércules, penetra en el Mediterráneo y se adormece.

Por lo menos es así como los clásicos explican a su modo la falta de mareas en esta cuenca. Aunque la mitología no es una ciencia exacta, convenga conmigo en que por lo menos es una ciencia seductora. Tanto los dioses como los semidioses tenían el diablo en el cuerpo... ¡y también las diosas!.

. . . . . .

Me habla usted de esa mi querida ciudad, de teatro, de ópera, del gimnasio. Todo esto, dicho por un compatriota, me llega como un eco de mi tierra. Me sentiría dichoso si pudiera disfrutar de la mitad de las diversiones que están a su alcance. ¡Ay, pobre de mí! ¿Sabe usted con lo que contamos desde hace un mes y probablemente hasta la Cuaresma? Con una compañía de miserables cómicos llegados de Andalucía para explotar nuestro teatro. Esta pobre gente se desgañita como demonios para regalarnos, tres o cuatro veces por semana, con un drama lacrimoso.

La primera actriz tiene por lo menos cuarenta primaveras, con una gorda y peluda verruga en la mejilla, marca natural que, según se dice, le ha sido útil en amores. *Hay gustos que merecen palos* [24], según dice el refrán español. El joven primer actor parece que acaba de salir del hospital... ¡quién sabe! La ingenua está embarazada, la cosa está a la vista, yo no lo invento. La actriz cómica le sirve de aya y cobra por los servicios que le presta. El traidor o tirano tiene la pinta de contrabandista y además hace el papel del barbas. Los demás, por el estilo.

Tenemos asimismo intermedios de baile con acompañamiento de castañuelas y música de cornetas y pistones. Se baila la jota aragonesa, la cachucha, el bolero y el fandango... Todos a su aire. Es increible: dos parejas de bailarines componen todo el cuerpo de baile. El primer bailarín es tan gordo como un buey gordo; el otro es un vejete pequeño, achaparrado, que dejó sus molletes en Castilla, pero que ha traido una nariz no postiza, una protuberancia fenomenal, del género pepino, y en

cuanto a la especie, *incertae sedis.* ¡Qué voy a decirle de las bailarinas! En cuanto a su talento coreográfico, bailan todo lo que sea y se quiera, si hay que creer al gordo Hardisson. Pues a pesar de todo, y para matar el tiempo, hago lo que hacen los demás: asisto a semejante espectáculo y me paso una o dos horas contemplando con mis gemelos a las guapas isleñas en traje de noche.

He recibido la *Pêche* de Alphonse Karr; le agradezco el envío de este libro que, por cierto, no me enseña nada nuevo. A pesar de ello he escogido un epígrafe para uno de mis capítulos: *Hay dos clases de pescado: el pescado fresco y el que no lo es.* En verdad que es original y, además, digno del autor. Adiós.

A Lemercier, bibliotecario del Museo
En París. 1864

He leido en *Souvenirs d'un naturaliste,* de Quatrefages, un pasaje que me ha dejado un tanto perplejo, porque este hombre, tan docto, no es de esos que aceptan las cosas sin haberlas comprobado. Quatrefages me ha parecido siempre una mente reflexiva, un atento observador. Valido de sus propios estudios ha tomado para su trabajo unas referencias científicas que pueden tomarse como préstamo o plagio. Pues bien, en la obra que acabo de citar (t. I. pág. 28), vea lo que leo referido al tema de los atunes:

«Su sucesiva aparición en diversos parajes, su inexplicable desaparición al aproximarse el desove han hecho pensar, desde hace mucho tiempo, en verdaderas migraciones, semejantes a las de las aves. Bajo este aspecto, los atunes pueden compararse con los arenques y las caballas, considerados en todo tiempo como peces migratorios. Pero Valencienne, al confirmar por observaciones personales las dudas expuestas sobre este punto por Lacépède y Noêl de la Morinière, ha demostrado que tales pretendidos viajes no existen. Ni los atunes ni los arenques abandonan sus parajes de nacimiento. Unicamente durante el invierno buscan protección contra el frío descendiendo a profundidades donde no alcanzan las redes, y cuando el sol ha calentado la superficie de los mares, cuando para ellos llega el momento de la reproducción se aproximan a lo largo de las cercanas costas para depositar sus huevos en las aguas tibias y poco profundas...»

Ignoro cuáles sean las observaciones de Valencienne que han venido a confirmar las dudas formuladas por Lacépède y Noêl de la Morinière: no tengo a mano la obra del primero. En cuanto a La Morinière puedo asegurarle que, lejos de negar las emigraciones de los atunes y arenques, habla repetidamente como de hechos confirmados en su *Histoire des Pêches*.

El paso de los atunes del Atlántico al Mediterráneo, las migraciones periódicas de los escómbridos, sus apariciones sucesivas en determinados parajes, desde Cádiz hasta el Mar Negro, son hechos conocidos desde la más remota antigüedad. Las almadrabas escalonadas a lo largo de las costas en la ruta seguida por estos peces migradores, las almadrabas para su pesca, digo, se establecieron en aquellos puntos donde todavía hoy existen. Las informaciones tradicionales, transmitidas por los pescadores y los éxitos logrados en dichos parajes, vienen a ser la confirmación de un hecho histórico. Esto ocurre de forma sucesiva: los atunes se presentan en grandes bancos en las almadrabas de España, del Rosellón, de la Provenza, de Italia y de Grecia antes de penetrar en el Mar Negro a través de los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo.

En cuanto a las emigraciones de los arenques, las mismas han sido observadas por todos los pueblos del norte de Europa que se han dedicado a su pesca. Y si quedara alguna duda sobre este fenómeno, que considero como uno de los más importanes en Historia Natural, sería en lo referente al itinerario recorrido por estos peces viajeros.

¿Entonces qué? Yo habría cruzado cuatro veces el Atlántico de costa a costa, franqueado once veces el Estrecho de Gibraltar, recorrido mil quinientas leguas de litoral en el Mediterráneo y en el Atlántico, haber vivido entre los pescadores, tomado parte en su trabajos y compartido sus fatigas; habría tropezado con innumerables bancos de escómbridos en alta mar y verlos cómo seguían a la embarcación y alejarse después para aproximarse a la costa, donde los pescadores los esperaban: estaría bien que después de todo esto viniera a negar observaciones y hechos confirmados por hombres prácticos y la experiencia recogida a lo largo del tiempo.

¿Habrá alguien que ponga en duda las emigraciones de las aves? Los desplazamientos de los peces migradores, lo mismo que el paso periódico de las aves, son fenómenos similares. El mismo instinto que mueve a unos a emprender su largo peregrinaje para reproducirse en otro clima, lleva a los otros hacia las regiones marítimas donde la temperatura de las aguas asegure la perpetuidad de la especie después del

desove. Los peces que emigran en grandes masas tienen, como las aves migratorias, sus etapas escalonadas para alimentarse, sus puntos de concentración y sus parajes de parada.

La cigüeña y la golondrina, procedentes de las regiones meridionales de Africa, vuelven a encontrar en Europa el mismo nido que dejaron.

El arenque, procedente del Océano Glacial Artico, se dirige, sin brújula, hacia los mismos parajes donde todos los de su especie tienen la costumbre de depositar sus huevos. Los viajes de estos peces, de la misma forma que los de las aves citadas, son consecuencia de admirables previsiones de la naturaleza. En general todos obedecen a la ley universal formulada por Dios en los primeros días de la creación: *Creced y multiplicaos.* Todo esto es tanto más admirable cuanto más incomprensible, pero ahí está y no hay quien lo desmienta.

Puede usted enseñarle esta carta al señor Quatrefages, que me conoce y me estima. Adiós.

A P. Denis, antiguo diputado y terrateniente En Hyères. 1864

Pronto hará tres años que abandoné Francia, querido Denis, y sólo dos veces he recibido noticias suyas a través de su hermano.

He sabido que se ha retirado usted a Hyères y que vive feliz y en buen estado de salud en esos deliciosos jardines. Hace usted bien, amigo. Ese encantador rincón de nuestra bella Provenza puede llevar también, como la antiguas Afortunadas, el hermoso nombre de Hespérides, nombre que en la antigüedad se dio a los famosos jardines que los poetas situaron un poco por todos sitios. Los árboles de las manzanas de oro crecen en Hyères y su frutos maduran como en los tibios valles del Atlas, como en Baleares, como en Canarias y en las orillas del Guadalquivir, pero ya no está el dragón que las custodiaba. Hércules le dio muerte y las naranjas, fruto común en nuestros tiempos prosaicos, han perdido su antiguo prestigio y no conservan más que su fragancia.

Y si bien recuerdo el mito en este momento y sus atractivas ficciones, no olvidemos que si el divino Hércules mata al dragón, libera a Prometeo, el titánico mártir que el viejo Esquilo nos retrató bajo el aspecto de héroe civilizador.

Por consiguiente, cultivar es aumentar los recursos de la tierra. He ahí por qué nosotros, los civilizados, hemos conservado el fuego sagrado transmitido por Prometeo a los de su estirpe. Nosotros continuamos su obra civilizadora expandiendo por todo el globo los beneficios de la ciencia para la aclimatación y el cultivo de los productos de la creación.

Estas reflexiones, querido Denis, que le comunico tal como vienen, me deparan la ocasión de saludarle como a colega distinguido, puesto que, por los boletines que acabo de recibir, veo que es usted uno de los miembros eméritos de nuestra Sociedad de Aclimatación de París, de esta institución modélica que ha puesto en marcha tantos establecimientos hortícolas creados por todas partes, y que tanto usted como yo hemos venido propagando y sosteniendo hace ya unos cincuenta años. Deseo que por muchos años siga gozando de la vida en ese edén de Hyères, Adiós [25].

A Auguste Couder, en París. 1865

Querido amigo: Cierto que he tardado en contestarte para anunciarte mi regreso a Tenerife, pero te explicaré el motivo. En primer lugar, siete días de cuarentena y de aislamiento impuesta a todos los barcos procedentes de Europa, desde la epidemia de cólera, y después, una maligna gripe a la cual casi toda la población de la isla ha rendido tributo. A mí me ha tenido unas dos semas imposibilitado de escribir.

Este año los cambios estacionales han sido poco notados: el río de la vida fluye siempre pletórico en este venturoso clima, y en fin de cuentas, nace más de lo que muere. Como ordinariamente uno anda bien de salud, cualquier desarreglo en la misma constituye un desagradable asunto. No se hace más que hablar de la gripe, y en torno a ella giran todos los comentarios.

Carentes de inquietudes intelectuales, gentes ociosas, sobre todo las mujeres, prestan demasiada atención a lo que se dice, a lo que se hace, de dónde se viene, a dónde se va, es decir de todo lo que pasa. Se sabe de un tal que toma medicamentos, de una tal que se queja de los nervios, que si éste guarda cama, que si aquélla toma leche de burra. Y después de los chismes, más chismorreo todavía.

Nada más extinguido el cólera, todo el mundo padecía de cólicos. Los miembros del Consejo de Sanidad ven epidemias por todos sitios:

están llenos de miedo a la enfermedad y lo que ocurre es que corren el peligro de morir de miedo. A pesar de ello, el país se mantiene sano, el ambiente es agradable, el aire refrescante, maduran las naranjas en el árbol, igual que los plátanos, y las abejas elaboran excelente miel. ¿Qué más se puede pedir? Estamos en 24 de octubre y el termómetro se mantiene en los 24° C.

En la primera ocasión que se presente pienso mandarte una provisión del añejo vino de Tenerife, pues últimamente debes andar a ración. El vino es la leche de los viejos, y nosotros dos lo somos. Adiós.

A mi amigo Charles Bolle, en Berlín. 1866

Usted desearía, según me escribe, que me encargara de redactar la biografía de Webb, ya que no está usted satisfecho con las que se han publicado recientemente. Sin duda tiene razón, y creo francamente que se podría hacer algo mejor. Pero por lo que a mí respecta, de momento me es imposible, y le diré a usted por qué.

Dado el cargo oficial que aquí ocupo, no puedo disponer de mi tiempo: por otro lado, la obra en la que ahora trabajo absorbe los pocos momentos que me deja el servicio, de tal suerte que sólo la tomo a ratos. La redacción se resentiría de ese continuado desorden, sin el cuidado que pongo cuando me entrego a mi trabajo, de leer y releer el capítulo principiado y con mucha frecuencia el que le precede, con el fin de centrarme en el tema: tacho, corrijo, rectifico, intercalo, sigo la misma norma que un autor muy cuidadoso daba a un amigo suyo: «Cuando principies un capítulo suprime siempre el primer párrafo y comienza por el segundo». Sin estas pausas, cuánto tiempo se ahorraría: tales interrupciones le obligan a uno a retomar la partitura con el fin de alcanzar la misma nota.

Así, pues, y a pesar de mis deseos y de la satisfacción que sería para mí recordar la noble figura de quien fui amigo y colaborador durante mis mejores años, precisaría para ello de tranquilidad y de libertad de acción, quiero decir, de más tiempo libre. No me atrevo a comprometerme para llevar a cabo tal obra. Me gustaría poderme reconcentrar para evocar la vida y los trabajos de un sabio tan profundo y al mismo tiempo tan modesto: corazón generoso, espíritu sensible, delicado y amable. Usted me comprenderá mejor que nadie, sobre todo usted, que le conoció y apreció como yo. En Webb había dos naturalezas: su espí-

ritu se orientaba tanto hacia la ciencia como hacia lo ideal: se le podía aplicar la expresión de Cicerón, *«sapientipotens»*. Sus vastos conocimientos en historia, en literatura, en lingüística, en arqueología, no se manifestaban más que en la intimidad, que era entonces la mejor ocasión para juzgar sobre su buen gusto y su aticismo.

Moquin–Tandon y yo habíamos convenido encargarnos de este trabajo destinado a la *Biographie Universelle,* de Michaud. Yo debía remitir a Alfred las notas destinadas a documentar la obra, y ya le había enviado bastante, resúmenes de cartas, el borrador de algunos fragmentos biográficos, valiosos recuerdos que todavía conserva. ¡Pero qué se le va a hacer! El destino dispone las cosas de otro modo...

La muerte nos ha arrebatado a Moquin–Tandon y hoy no veo a otro, sino a usted, querido amigo, quien pueda reemplazarle en el trabajo que aquél se había impuesto. Piénselo y pongo a su disposición todos mis papeles. Ya hablaremos de ello si se decide a venir a tomar nuestro sol de invierno.

Estoy a punto de dar término a mi libro *Vitalité des Mers,* que se presta a numerosas citas del *Monde de la Mer,* y que me depara la oportunidad de ser el primero en hacer una valoración de la obra póstuma del pobre Moquin. Ha tratado un tema que, bajo algunos aspectos, se relaciona con el mío. Lo que en ambas se contempla tiende al mismo fin: las observaciones de los grandes fenómenos de la naturaleza son consideradas en sus más pequeñas manifestaciones.

Moquin ha tomado numeroso pasajes de la obra inédita que le di a conocer, citando, naturalmente, la procedencia. Me sería muy grato reproducir, a mi vez, algunos importantes fragmentos del libro póstumo del sabio de quien fui amigo íntimo durante más de treinta años. Adiós.

A mi amigo Monteiro
En la isla de la Madera,
finales de Enero de 1868

La vida es un compuesto de anhelos y esperanzas. Lo dice usted mismo en una de esas graciosas epístolas que de vez en cuando dirige a sus amigos:

De una esperanza lisonjera, más o menos honesta,
compite cada cual en llenar el año que nos llega;

y cuando llega, en todo lugar es bienvenido,
porque nada seduce al hombre tanto como lo desconocido.

En efecto, yo, a lo que más me atrevo, es a preguntar qué será de todo esto de aquí al año que viene.

Tiene usted razón querido poeta; para los hombre como usted y como yo, que tantas cosas hemos visto en este siglo de transformación, en el que se han producido tan importantes acontecimientos y descubrimientos tan trascendentales, uno puede, a nuestra edad, darse por satisfecho de las etapas que hemos recorrido.

He visto el alborear de nuestra inmortal revolución del 89 y conocido a los principales actores de este gran drama. Recuerdo el retorno del ejército de Egipto. Ingresé en el Liceo Nacional de Marsella bajo el Consulado. Todavía recuerdo el día en que el alumno que hacía la lectura en el refectorio durante nuestra comida de Spartiates (está bien el nombre), nos gratificó, por orden superior, con la proclamación de Napoleón Bonaparte *Emperador de la República;* recuerdo los nuevos escudos de 5 francos, que fueron acuñados con motivo de tal acontecimiento, como entonces se dijo. Hace pocos años aún circulaban algunos.

Algún tiempo después, todavía en el Liceo, mi padre me consiguió un día de asueto con motivo de la llegada a casa de la nodriza del Emperador, que por un capricho de la Emperatriz Josefina había hecho venir de Córcega para darle una sorpresa a su *petit Napoleone,* como le llamaba la garrida criolla. Fui abrazado diez o doce veces al estilo del país por aquella montañesa de los alrededores de Ajaccio, que regresaba de París algunas semanas después ridículamente vestida con chales de la India y con los escotados trajes de la época.

Así, en nuestra larga andadura por este mundo ambos hemos asistido a no pocas farsas, comedias y dramas. A pesar de todo envidio su buen humor: ha sido afortunado en ver y admirar el primer piróscafo construído por Fulton y viajar en vapor por los grandes ríos de América con ese hombre genial. Ha asistido usted a las primeras experiencias de la aplicación del vapor a la navegación de altura, descubrimiento que, con el del ferrocarril y la transmisión eléctrica, ha cambiado la faz del mundo.

Hoy todo se ha perfeccionado y universalizado: se progresa rápidamente, se viaja a la velocidad de las aves; se pasa de un hemisferio a otro a la velocidad del rayo, se acorazan los navíos de guerra, se inven-

tan nuevas armas destructoras, fusiles *que hacen maravillas*. Se perforan los Alpes, se corta el istmo de Suez, incluso se habla de un túnel bajo el canal de La Mancha...¿y por qué no?

Dentro de poco el Océano Pacífico se pondrá en comunicación con el Atlántico por medio de un ferrocarril que cruce los Estados Unidos de América del Norte, de costa a costa, y que atravesaría las montañas Rocosas.

El arte, con el auxilio de la ciencia, reducirá el espacio y el tiempo. La ruta abierta a través de América del Norte es un camino más corto y menos costoso que las antiguas travesías del Cabo de Hornos y de Buena Esperanza para los productos de poco peso y que en razón de su gran valor reclaman un transporte rápido. Los yanquis así lo han entendido con la natural alarma de Inglaterra.

El gran *camino de hierro* ha vencido ya los más difíciles obstáculos; los trabajos avanzan a un ritmo de milla y media en 24 horas. Esto es asombroso, pero es positivo. Terminada la obra, mercancías y viajeros salidos del Havre o Burdeos hacia Nueva York, después de haber cruzado el Atlántico en 8 o 9 días, podrán atravesar, nada más desembarcar, cuatro mil seiscientos kilómetros para seguidamente ser transbordados con rumbo a Asia. No se precisan más de dos meses para ese recorrido. Los americanos del Norte tienen la llave del gran camino de la India por la ruta de Occidente: harán realidad, en provecho propio., la gran idea de Colón.

Estos diablos de yanquis nos adelantan en todo: las ideas más utópicas, las empresas aparentemente irrealizables, no tardan en hacerlas realidad, no retroceden ante ningún obstáculo y avanzan sin cesar. Adiós.

A mi amigo Charles Bolle, en Berlín. 1868

Al principiar esta carta voy a reproducir algunas líneas de la que le escribí hacia finales del pasado año y de la que no he obtenido respuesta:

«Embarqué en Marsella el 26 de setiembre y llegué aquí el 18 de octubre después de hacer escala en varios puertos de la costa meridional de España. Un viaje como en los tiempos de Ulises en una época en que el vapor puede trasladarnos en una semana de una orilla a otra orilla del Atlántico».

«He proseguido con mis ocupaciones habituales: el trabajo intelectual parece fortalecer mi salud, y a mi edad puedo decir, como Guizot, que cuenta ochenta verdes años: «me entrego al estudio para conservarme». Aquí gozamos de un otoño suave y tibio: días pasados ha llovido algo y estos chubascos han refrescado la atmósfera. Ponga en práctica su proyecto de invernar y venga a cobijarse bajo este hermoso cielo. Según se dice, el invierno amenaza este año con ser terrible en Europa: los diarios dan cuenta ya de borrascas y nieve. Si se decide, ya sabe que puede contar con un alojamiento, bien en la ciudad o en el campo. Podrá estar en mi casa con entera libertad, como yo estuve en la suya de Berlín y como volvería a estar si me decidiera a hacerle una visita en el retiro del lago...etc.»

1868. Desde mi regreso a Tenerife usted no me ha escrito: hoy, más que nunca, estoy necesitado de buenas relaciones, que son las que hacen agradable la vida. Ya he perdido demasiados amigos. Esa es la razón por la que me aferro afectivamente a los que me quedan.

¿Por qué me deja en la incertidumbre acerca de su suerte? De encontrarme en Europa habría dispuesto de medios de información, pero a mil leguas de distancia, si usted no me da señales de vida, ¿a quién quiere que me dirija?

En el Boletín de la Sociedad de Aclimatación de París aparecerá un fragmento de mis *Études sur les pêches maritimes:* me lo ha pedido el señor Drouyn de Lhuys, como Presidente: fue mi antiguo Jefe en el Ministerio y siempre me ha dado pruebas de su amabilidad. En la solemne sesión de la Sociedad me hizo sentar a su lado, en la mesa, y le aseguro que no esperaba ese honor, ya que era la primera vez que asistía. ¿Ha sido al veterano de la Administración al que ha querido distinguir o bien al miembro honorario y amigo del ilustre fundador?...

Por fin me llega su respuesta: si mi carta, como dice, ha sido para usted un rayo de luz, la suya me ha hecho revivir. Comprendo que las obras de edificación, plantación y embellecimiento en la isla del lago le hayan impedido escribirme. Recuerdo siempre ese hermoso lugar del bosque donde descansa el venerable Humboldt: como buen vecino usted se ha constituído en un atento guardián de la tumba. Recuerdo la lápida funeraria con la sencilla e impresionante inscripción: *Humboldt.* Cuando se lleva ese nombre, con eso basta.

Me veo obligado a terminar mi carta para que llegue a tiempo de coger el correo. Adiós.

A mi amigo Monteiro
En la isla de la Madera. 1869

Su isla, como ésta, siempre verde y florida, seduce a primera vista. Estas islas del Atlántico son las sirenas del mito: atraen con sus encantos y por poco que se las frecuente lo cautivan a uno para siempre.

Quiero decirle que los días del equinoccio de primavera han venido a refrescarnos: la lluvia, tan deseada, nos llega a tiempo, pues los trigos, todavía verdes, estaban muy necesitados de agua. Estos cambios atmosféricos han debido reanimar las bellas plantas de los jardines de Funchal. Aquí, desde hace tres meses, se vienen celebrando rogativas por toda la isla: sacan en procesión a todas las Vírgenes y a todos los santos de las ermitas, y los ingenuos devotos están convencidos que sin la intercesión de *la Candelaria* todo está perdido. Pero vea una circunstancia particularmente curiosa: mientras que los curas del sur de Tenerife hacían rogativas públicas en demanda de lluvia, los de la parte norte paseaban a sus Vírgenes para implorar del cielo el cese de la inundación de los campos. Resultaba bastante difícil contentar a todos al mismo tiempo. Pero Dios es grande: *¡Aláh, Aláh!*

No vaya a leerle esta carta al barón, quien no gusta de estas cosas.

Su última carta estaba impreganada de tristeza y había sido escrita bajo la impresión de un doloroso recuerdo, el del poeta al que la muerte ha abatido, pero cuya memoria se perpetuará en las obras que le aseguran la inmortalidad. Nuestros nietos las leerán con el mismo entusiasmo con que lo hemos hecho nosotros. Conocí a Barthèlemy en sus comienzos, cuando se asoció con Mèry, otro poeta marsellés: en colaboración compusieron *Napoleón en Egipto.* Ambos eran paisanos míos, nacidos bajo el cálido influjo del sol meridional.

Según me dice ha cumplido usted sesenta años, y yo, el 4 de abril, que no está lejos, me obsequiará con mis setenta y cuatro años. Mantengámonos firmes, querido amigo, y cuando esto llegue a término, ¡qué le vamos a hacer! ¡Adiós! ¡Allá va!, como dicen los marinos cuando viran de bordo.

Aún no he recibido su epístola acerca de la exposición decenal: la leeré con más gusto que si hubiese asistido, como usted, a esa barahúnda, mixtificada como tantas otras cosas; he tratado de describir en algunos versos ligeros esa turbamulta que no tiene parecido:

Exposición Universal de 1867

Pequeños palacios, grandes barracas,
cacharros viejos y nuevos,
llamativa exposición de baratijas
y tienda de charlatanes:
una máquina de confites, otra de subir y bajar,
bisutería, juguetes, objetos deleznables, porcelanas en venta.
Turcos, andaluces, cochinchinos,
rusos, ingleses, suizos, daneses,
una torre de Babel para no entenderse;
kioskos y cascotes forrados de oropel,
un engaño para los papanatas,
de París o de otro lugar, que se dejan sorprender.

Ahora doy tregua a mi verbo y le cedo a usted la vez: a tal señor tal honor. Adiós.

Nota escrita diez años después.

Esta exposición de 1867, a la que bien podría llamarse *Exposición Imperial,* de ninguna forma puede compararse a la *Gran Exposición Republicana* de 1878. En la primera, todo era fiesta, gentío, barullo y engaño: Príncipes y Reyes, vistosos uniformes, no pocas sotanas negras y pantalones granza o rubia, muchos prusianos y, sobre todo, agentes de policía.

En la segunda, contento general, alegría colectiva, un ardoroso entusiasmo, una asistencia masiva, dos millones quinientas mil almas cada dia en pie, escasos prusianos, menos polizontes, pero todavía demasiadas sotanas.

A León Lavialle, en Marsella. 1868

No siempre hace uno lo que quisiera, en especial el día y el instante en que uno está dispuesto a la charla confidencial que fluye de la pluma de la amistad, cuando surge algún impedimento. Ese es el motivo por el que he tardado en contestar a su apreciable carta.

Usted no se quejaría de frío si estuviese aquí, porque hemos entrado en el verano: ya se ha segado la cebada, desde hace quince días co-

memos cerezas, albaricoques y hermosos higos. ¡Esto es una bendición de Dios! La cosecha de papas promete ser abundante. La cochinilla se hincha de savia en los nopales, en la costa abunda la pesca y las codornices cantan en los verdes trigales.

En cuanto a asuntos comerciales, no estoy en condiciones de informar detalladamente: desde mi puesto veo las cosas en conjunto. Y pienso que así debe ser, tanto si se trata de la recolección de dinero como de simientes: todo consiste en elegir bien el campo, sembrar oportunamente y recoger a tiempo.

De política estará usted mejor informado que yo. Las revoluciones se hacen tanto en las ideas como en las leyes: la marcha de los acontecimientos las irá mejorando. Esperemos tiempos mejores. Mientras esperamos, dejemos que el mundo ruede. Gracias a esta filosofía se vive tranquilo, sin demasiadas inquietudes. ¡Vivir para ver!

Estoy en trance de dar a luz un nuevo ser y es por ello que no iré a Francia sino después del parto. El alumbramiento espero que sea feliz y marche solo, por lo acostumbrado que estoy al asunto, como mi comadre... Adiós.

A Don Mariano Pardo de Figueroa
Doctor (unum et idem) Thebussem,
En Medina Sidonia, 1868

Distinguido y querido amigo: le ruego me permita llamarle así después de esa carta tan cordial que ha tenido a bien escribirme.

En el largo camino que llevo recorrido en esta vida, casi no puedo esperar, a mis años, hacer nuevos amigos. Uno debe considerarse afortunado en conservar aquellos que le quedan. Por ello puede usted juzgar lo feliz que me he sentido al contar con uno nuevo.

Aprecio en lo que vale el interés que se toma por mi libro *Études sur les pêches maritimes*: no se encuentran todos los días lectores que lo comprendan a uno. Entre los recuerdos de este mar que amo y que con frecuencia recorro, he mezclado en mi libro observaciones científicas, referencias históricas y descripciones correspondientes a las citas que las acompañan. Es mucho haber soportado la lectura de una obra especializada cuyo título, de entrada, anuncia un tema poco atractivo para despertar la curiosidad. Por consiguiente, usted ha sabido entender la

obra tanto en conjunto como en sus detalles y ha captado la intención puesta en ella. Tengo fe en sus juicios, que casi vienen a darme la certezad de haberlo conseguido.

Para contestar a las preguntas que me hace debo decirle que no conozco el *Informe sobre Cristóbal Colón, su traje y escudo de armas*, por Don Valentín Carderera, pero pienso obtener esta publicación; debo añadir a este respecto que la sugestiva obra de Antoine de Latour, *Êtudes sur l'Espagne*, me ha servido admirablemente para concluir el episodio relativo al retrato del Almirante de la Mar Océana, que usted ha leído en mis *Êtudes sur les pêches.*

Los volúmenes del antiguo preceptor del Duque de Montpellier son muy interesantes tanto desde el punto de vista estilístico como por lo que se refiere a erudición histórica. En el segundo capítulo del tomo primero se encuentran páginas llenas de recuerdos de Don Quijote a medida que nuestro viajero se va adentrando en La Mancha. «La más humilde pradera –dice– regada por un hilo de agua recuerda a aquella donde Sancho hizo una de esas sustanciosas comidas que todavía despiertan el apetito». Y añade: «Traté de recobrar, entre el murmullo de los verdes trigos, algo del admirable discurso que el buen caballero dirigió a su escudero...». Y más adelante, el narrador, queriendo reconocer entre la multitud que se apretuja en la fiesta al bueno de Sancho Panza, escribe: «¡Ah, de haber sido libre le habría pedido prestada el alma para marchar con el libro de Cervantes por todos los caminos de La Mancha!».

Cada paso que da el autor por estas tierras antiguas se traducen por felices evocaciones: «No vayáis al Toboso –dice– en busca de noticias sobre Dulcinea; la gente se enfadaría: varios siglos de tradición transmitida de padres a hijos han acabado por hacer realidad la inmortal ficción... no se os ocurra preguntar por la casa de Don Quijote en un pueblo de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

Este nombre del que Cervantes no quiere acordarse, es probablemente Argamasilla de Alba, donde el ilustre escritor tuvo querellas con los vecinos y fue encarcelado. Don Quijote vino a ser la venganza de Cervantes: concibió el plan de su obra durante su cautiverio y a su héroe lo hizo compatriota de sus carceleros, de los de Cervantes. «Venganza eterna –exclama Latour–, venganza eterna que le será perdonada en el cielo». Por lo demás, ¿no tenía ya expiada su falta al perder un brazo en Lepanto contra los infieles?

Todo lo que acabo de decirle, querido maestro, sin duda lo sabe us-

ted mejor que yo, incluso en el supuesto que usted no haya leído la obra de Latour. Sea lo que fuere, he querido, por los recuerdos que conservo de un libro cuya lectura me ha encantado, darle una prueba del interés que nosotros los franceses sentimos también por todo lo que concierne al gran Cervantes y a su obra inmortal.

Crea que me siento muy halagado por lo que usted llama mi *entusiasmo cervantino*: este entusiasmo no es otra cosa que un modesto tributo al célebre escritor español, y doy gracias al cielo por poder leer sus obras sin tener que recurrir a traducciones con demasiada frecuencia infieles, pues por mucho cuidado y talento que se ponga en la traducción, jamás se podrá captar el estilo del autor ni su lenguaje imaginativo, en el cual el mimologismo reproduce la acción como si se tratara de una pantomima.

Tomo muy en cuenta su franqueza referente a la observación que me hace por yo haber usado la expresión *pobre como Job* al referirme a Cervantes, sin que nada en sus escritos deje traslucir que se lamentó de su mala suerte. Cree usted que esa opinión está en contradicción con varios pasajes del *Quijote*. Tengo para mí que Cervantes no ha querido aludir a su situación personal cuando exclama: *«¡Pobreza!, no sé yo con qué rezón...»*, etc. O bien *«Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan»*. En este pasaje, como en otros, creo que su propósito es hablar de personajes traídos a la escena. Lo cierto es que ese genio que inaugura su carrera en las letras con la *Galatea*, todavía buscaba en 1585 medios para subsistir, como él mismo dice. La Armada Invencible, que tan desastroso fin iba a tener, estaba organizándose por entonces, y Antonio de Guevara, el municionero de la flota, elige a Cervantes como uno de los comisarios y lo hace venir a Sevilla, que en aquella época era *«el sostén de los pobres, refugio de los desgraciados, una ciudad cuya grandeza recibía a los pequeños y disimulaba a los grandes»* (Cervantes).

Pero las funciones de comisario no contribuyeron, ciertamente, a enriquecer al pobre Saavedra, puesto que en 1590, en medio de *«esta vida de trabajos prosaicos, de miserables pruebas, pero de aspiraciones sublimes y de esperanzas infinitas»*, según las bellas palabras de Latour, Cervantes, de súbito, se decide a pedir al Rey, como pago a su vieja herida y a veinte años de servicios, el cargo de pagador en Nueva Granada o el empleo de corregidor en La Paz, en Guatemala.

Por consiguiente, quien escribió *El Ingenioso Hidalgo* se quiso exiliar en el Nuevo Mundo, recurso de todos los desheredados en España.

El original de esta petición se encuentra en los archivos de Sevilla. Leyéndola, uno cree escuchar el grito desesperanzado del genio desconocido. Encuentro en ese documento palabras admirables, en el retrato que el pobre manco de Lepanto traza de sí mismo, con la esperanza de ver algún día su imagen ilustrar sus obras:

«Esta imagen que aquí ves es la del autor de la *Galatea*, *Don Quijote de La Mancha*, del que hizo el *Viaje al Parnaso*, a imitación de *César de Perusa*, y de otras tantas obras que andan esparcidas por el mundo, acaso sin el nombre del autor. Generalmente es conocido con el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado largos años y cautivo durante cinco y medio, donde aprendió a tener paciencia en la adversidad. En la batalla de Lepanto un disparo de arcabuz le llevó la mano, herida que puede parecer fea, pero que para mí es bella, por haberla ganado en la más memorable ocasión que vieron los siglos, combatiendo bajo la bandera victoriosa de ese rayo de la guerra, Carlos Quinto, de feliz memoria».

¡Este es el hombre al que se le niega la paga que pide! Tales son las razones que me han hecho decir, querido maestro, al hablar de Cervantes, *pobre como Job*. Sin embargo, me guardaré muy bien de entrar en discusión con un comentarista de su categoría, puesto que en el fondo sólo se trata de reconocer al gran Saavedra, al pobre manco, otra virtud: la de la paciencia en la adversidad.

Adiós. Su nuevo amigo.

P. S.– Por lo que a mi edad se refiere, me encuentro al final de etapa, pero la lámpara sigue alumbrando, sin que me preocupen mis setenta y cuatro años ni el futuro. Digo con Horacio: *Carpe diem*.

Al mismo, en Medina Sidonia. 1869

Querido amigo: Tenía intención de escribirle al recibo de un número del *Museo Universal*, que debo a su buen recuerdo, y en el que ayer tarde leí con gran interés la curiosa epístola que el sabio Doctor Thebussem dirige a nuestro amigo Cesáreo Fernández, a quien estimo, y que ha dado pruebas de erudición y patriotismo en su noticia sobre *Cervantes marino (otra prenda preciosa)*, y de la que también le soy deudor. Digo que he visto, a través de la carta en tan limpio castellano escrita y en el estilo coloquial del ilustre Doctor, que hacia mediados

del pasado noviembre ha tenido usted la suerte de ser su huésped. *¡Dichoso usted!*

Todavía una cuestión, y lo diré al modo del Doctor Thebussem: *«Usted, que tan bueno es, no dudo que dispensará mi impertinencia. Voy al grano»* [26].

En un pasaje de la carta que el Doctor Thebussem dirige a Cesáreo Fernández, habla usted de los *francolines* [27] de Milán, citados por Cervantes en el *Quijote*. Pienso que se trata de los pájaros que los ornitólogos, y puede que más los cazadores y los gastrónomos, han clasificado entre los volátiles más apetecidos. No he podido encontrar en la edición comentada por Clémencin el capítulo en cuestión sobre los francolines y recurro a su erudición cervantina para que me ilustre acerca del tema. Precisamente ahora, que estoy dando remate a un nuevo capítulo que añado a mis *Oiseaux voyageurs*, en el que paso revista a todos los pájaros de Europa, lo mismo sedentarios que migradores.

Me gustaría citar, con relación a los francolines, lo que pudo haber dicho Cervantes respecto a los de Milán. El ilustre autor de *Don Quijote* es a mi modo de ver no sólo un genio fuera de lo común en lo literario, sino uno de los de mayor saber enciclopédico de su época: siempre se le consultará con provecho, lo mismo si se trata del estudio de usos y costumbres españolas de su tiempo como de conocer un arsenal de curiosas referencias de los distintos países que recorrió a lo largo de su vida aventurera.

No me sorprendería, pues, que quien ilustra la historia del caviar *(cabial)*, quien habla del delicioso faisán de Roma, del excelente ternero de Sorrento, de los fritos de bacalao, *de los quesos de Flandes, de las aceitunas de España, de camarones y cangrejos* [28], no haya hecho también el elogio de los francolines, aves que hicieron las delicias de las mesas del siglo XVII y cuya pérdida irreparable constituye la consternación de los cazadores. Porque estos pájaros *(Perdix francolinus)*, desgraciadamente víctimas de la encarnizada guerra de que han sido objeto en Francia para deleite de los «gourmets», han desaparecido de las Galias [29]; la delicadeza de su carne los perdió. Mi amigo Toussenel, autor del *Monde des oiseaux* y del *Esprit des bêtes* asegura que los supervivientes de la especie vagan errantes, sobresaltados y temerosos, por España e Italia, en los Apeninos, en las faldas del Etna, en los Abruzos y Calabria.

Mil perdones, amigo, por esta digresión, pues cuando estoy escribiendo, charlo en confianza y me olvido... Adiós.

A M. Ogier, en Jersey. 1870

Es un hecho, querido amigo, que siempre me ha sorprendido: si su descubrimiento de la influencia de la luz propia emanada de la luna no da de un modo absoluto la explicación que usted busca, por lo menos aporta una prueba de la acción directa del satélite en muchos casos y nos hace reflexionar más seriamente acerca de los pretendidos prejuicios de nuestros campesinos, que creen en el *mal ojo* de este desacreditado astro, al que en el mes de abril se le denomina *luna roja*. Su luz es entonces tan funesta para las cebollas como para las papas, para los melocotones en flor como para los jóvenes manzanos, según opinión generalizada entre los agricultores.

Bien, bien: no se ría usted. Creo en esas influencias como en otros efectos de la misma naturaleza. La influencia de la luna sobre las mareas no deja lugar a duda, como tampoco la que puede ejercer en nuestra atmósfera: su poder de atracción, incluso magnética y, sobre todo, la que se hace sentir sobre nuestro sistema nervioso, me ha dado mucho que pensar. «El sistema nervioso –dice Arago– es un instrumento infinitamente más delicado que el más sensible aparato de física».

Yo no soy más lunático que usted, pero creo en la *luna roja* y la respeto. He preguntado a mucha gente de temperamento nervioso como el mío y he encontrado que experimentan las mismas reacciones, las mismas impresiones que yo siento cuando paseo de noche al claro de luna, sobre todo de la luna de abril.

Usted sabe que en el incomparable clima de las Afortunadas las noches son más espléndidas y de una gran diafanidad la atmósfera: se puede leer fácilmente una carta cuando la luna está en todo su esplendor. Pues bien, mucha gente –y yo el primero– evitan esos hermosos claros de luna y circulan por las calles buscando el lado de la sombra. He intentado pasearme por la plaza mayor de Santa Cruz y a la segunda vuelta me estoy tambaleando. Experimento un trastorno semejante al mareo a bordo de un barco.

Las influencias de ese cuerpo celeste son a menudo funestas para nuestros marinos. En el curso de mis investigaciones cruzando el Atlántico o el Caribe he visto, en noches serenas de la zona tórrida, cuando la luna ilumina el horizonte y cubre el mar de claridad, he visto, repito, a marineros que habían cometido la imprudencia de dormirse sobre cubierta, levantarse con contracciones nerviosas en la cara y otras partes del cuerpo, mientras que no experimentaban nada parecido cuando, en

pleno día, se tendían al sol. ¿Qué significan estos efectos contrarios? ¿Debe uno atribuirlos únicamente a la humedad del rocío de la noche, tan abundante en los climas cálidos, y que en el mar empapa frecuentemente el velamen, como si de lluvia se tratara? ¿La influencia lunar no está en cierta manera presente en este fenómeno? ¿Quién lo sabe?

El célebre Laplace, que fue un gran sabio, cuando Luis XVIII, queriendo darse el gusto de burlarse de la sabiduría de aquél, le preguntó súbitamente: «¿Qué es la luna roja?»– «Ay, no lo sé, Sire», respondió el gran astrónomo.

Cuánta gente, por un estúpido orgullo, no se atreve a pronunciar palabras tan fáciles, que además ponen fin a toda discusión:
«No lo sé». Bueno, basta ya sobre este tema.

A mi amigo Monteiro, en la isla de Madera. 1870

¡Qué de acontecimientos imprevistos y terribles desde que le anuncié mi partida para Francia, hace apenas cuatro meses! Nada más llegar a Marsella conozco la declaración de guerra; pocos días después veo desembarcar nuestra valiente artillería de Africa; asisto a la marcha de la infantería suava hacia nuestras fronteras del Este; parto seguidamente hacia París y llego en el mismo momento de nuestro primer desastre... una espantosa carnicería debida a la incompetencia de un hombre hecho emperador que pretendía mandar nuestros ejércitos.

Una batalla en la frontera, con un cuerpo de ejército de treinta y tres mil hombres, sin que hubiera ninguna división dispuesta para cubrirla, ¡y frente a doscientos mil prusianos y una artillería formidable!

Y *Él*, con su cuartel general en Metz, pavoneándose como un jinete de Franconi, con cien de su guardia y los ciento cincuenta mil hombres de Bazaine. Y después, allá abajo, Canrobert en la Champaña llenando su andorga y fumando su cigarro... ¡Oh, esto es indigno!

Me encontraba en París mientras tenían lugar estos acontecimientos, cuando Alsacia y Lorena ya habían sido invadidas. De haber marchado para visitar a mis buenos amigos de los Vosgos, y a no ser por una carta recibida a tiempo, hubiera caído en manos de los prusianos. ¡Hubiese sido mi golpe de gracia!

Acabo: nada de lo que me proponía hacer en Francia pude llevarlo a cabo, mi viaje fracasó en todos los aspectos, pues incluso para regresar

a mi lugar de residencia tuve que tomar un vapor de la línea que toca en todos los puertos de la costa occidental marroquí, Tánger, Casablanca, Saffi, Mazagán y Mogador.

Estoy aquí desde el 21 de octubre. Adiós.

A M. Poirson, padre, en París. 1871

Al recibir su carta del 2 de marzo, que con mucha emoción hemos leído en familia, usted se encontraba provisionalmente instalado en la calle Mazarino, menos expuesta a los obuses de los sitiadores que en su antigua residencia del Val-de-Garde, acribillada por todos sitios. Mientras tanto, usted espera –según me dice– que las comunicaciones ferroviarias se restablezcan para irse a encontrar con su hijo en Burdeos. Pero la insurrección de la Comuna, sobrevenida de modo inesperado, me ha dejado sumido en una gran ansiedad. Los acontecimientos se han desencadenado precipitadamente, la situación se ha hecho angustiosa y estoy constantemente preocupado por este espantoso conflicto, mientras que los prusianos siguen en nuestras puertas.

En fin, volvamos a pensamientos más tranquilizadores, porque después de todo y a pesar de tantas desventuras, yo puedo escribirle y esperar que la carta llegue a sus manos, lo que para mí constituye un gran consuelo. No faltaba más, para el triste desenlace de esta guerra inaudita, que el horrible espectáculo del que París ha llegado a ser teatro. Por más que hago, no puedo dejar de pensar en ello. ¡Pobre Francia! Esto es terrible, ya que nos pone en una situación que puede precipitarnos en el abismo. Sin embargo, tengo fe en el futuro. En su escudo de armas París tiene como blasón una nave: esta nave es la de Francia... no zozobrará.

Me he hecho más fatalista que un musulmán: *Estaba escrito.* Nuestros destinos se consumarán y la leyenda de nuestra moneda prevalecerá: *¡Dios salve a Francia!.* Adiós.

A Auguste Couder, en París, 1871

Querido amigo: tu carta del 2 de junio me ha tranquilizado. ¡Dios sea loado! Has salido sano y salvo, con tu mujer, de esta terrible situa-

ción. Sufrir dos asedios con hambre, cañonazos, bombardeos, incendios... todo es infernal estrépito, ¡es demasiado! Por lo mismo me ha sorprendido que a tus años no hayas podido resistir tantas emociones. Pero el buen ángel que vela por ti sabrá rodearte de cariño y solícitos cuidados. Estoy tranquilo y confío en tu pronto restablecimiento.

Pensé que al principio del asedio os hubiéseis separado y alejado de la triste capital, presa de los bandos que la devoran y a la que quisieran aniquilar: «Se han refugiado en Bélgica –me decía– para no tomar parte en esta lucha fratricida que tanta sangre va a derramar». Ya tu última carta estaba llena de pesadumbre. ¿Pero qué me dices hoy de la lastimosa situación a que hemos llegado?

El coraje que tu compañera ha mostrado en el curso de tan terribles acontecimientos ha contribuído, en no escasa medida, a sostener tu moral. Honor a las mujeres fuertes que responden a los impulsos del corazón para compartir con nosotros las vicisitudes de la vida y saben, en momentos críticos, darnos ejemplo de fortaleza y de abnegación.

Adiós. Hasta pronto.

Al mismo, en París. 1871

Lo que me cuentas de ese tonto al que habías concedido asilo y protección, no me sorprende: esa clase de tipos se creen todos más o menos hidalgos: el orgullo los pierde... El español que no ha viajado no tiene idea de nuestro modo de ser y de nuestras costumbres, y no comprende nuestra franca manera de comportarnos ni nuestra desenvoltura. Todo le irrita y le desagrada. Lo mismo que los chinos, cree que estar en España es estar en el centro del mundo, que es el *ombligo del mundo*, el Celeste Imperio. No exageramos nada, aunque afortunadamente hay muchas excepciones, pues no soy de aquellos que piensan que traspasados los Pirineos se entra en Africa.

En París, *Don X* se ha encontrado completamente desplazado de su ambiente, pero es de buena pasta y el taller acabará por darle forma. En la carta que me escribe se lamenta –por mucho que te lo dijera no lo ibas a creer–, se lamenta, digo, de que te sirvas de él como modelo, lo que le obliga a desnudarse delante de ti y a permanecer desnudo... ¡qué horror! Verdaderamente es para estallar de risa. ¡Vaya mentecato! Él sabía que a lo largo de mi vida he tenido el honor de frecuentar los estu

dios de los artistas, que he posado desnudo un buen número de veces, con Lasalle para su *Cristóbal Colón*, con Bra, el escultor, contigo, en tu estudio del Louvre, para un anónimo general que formaba parte del grupo en un cuadro encargado por Luis Felipe.

Todos estos recuerdos surgen ahora y me llenan de gozo.

Otro motivo de queja: también se duele *Don X* que durante los días de escasez que tuvisteis que soportar por culpa del bloqueo de París, tu mujer lo mandara al mercado con la criada de la casa para tratar de conseguir una cesta de papas. Este pequeño servicio, que por necesidad se recabó del joven discípulo, era vejatorio para el hidalgo. Y de vuelta del mercado, como queriendo vengarse de tal afrenta, tomó un *fiacre* [30], hizo subir a la criada con la vergonzosa cesta de papas y regresó a casa en carruaje.

Esto me recuerda la anécdota de Diógenes, quien, en una primera lección de filosofía a un distinguido joven de Atenas, le hace llevar un jamón que acaba de comprar. El joven ateniense, lleno de vergüenza, a la vuelta de una esquina se esfuma para no volver a aparecer. Diógenes fue en busca de su jamón y poco faltó para estallar de risa.

A mi amigo Ogier, en Jersey. 1871

Querido amigo: esperaba sus noticias en estos tiempos tan desdichados. Las angustias y las punzantes preocupaciones en las que me había sumido el desarrollo de una guerra tan locamente emprendida y tan mal llevada, se han disipado un tanto con la lectura de su última carta. Hoy me encuentro en buena disposición de ánimo para escribirle.

Usted es un gran médico: principio a librarme de mi pesadilla. Usted me ha rescatado del doloroso cuadro de los infortunios de la patria, de esta pobre Francia maltratada, cruelmente humillada, que se desgarra en los estertores de la agonía. Funestos pensamientos me acosan en mis sueños. En todo momento veía el espantoso drama en el que París parece complacerse y darse como espectáculo al mundo asombrado.

Los reveses sufridos por nuestros ejércitos, las fuerzas militares aniquiladas, las provincias que nos han sido arrebatadas, la incapacidad y la traición de nuestros generales, nuestra cruenta guerra civil, París en llamas, todo esto me tenía encogido el corazón y como turbada la razón. Pero ahora me encuentro más tranquilo y con el ánimo recobrado: su carta me ha fortalecido.

No, nosotros no acabaremos como los romanos: nuestra historia está llena de contrastes. A menudo hemos cometido grandes tonterías, pero con más frecuencia hemos hecho grandes cosas. Nuestra decadencia es sólo aparente, nuestro desfallecimiento, pasajero. Volveremos a levantarnos.

El reinado insolente y jactancioso de Napoleón III nos había llevado a este estado de abyección moral y de servil corrupción en que habíamos caído y del cual únicamente podemos salir regenerándonos. Se había llegado a la adoración del becerro de oro: los intereses materiales lo dominaban todo y cada cual corría en pos de su millón: *Auri sacra fames!* De ahí todos nuestros infortunios. Pero podemos reparar las pérdidas: nuestros recursos son inmensos, porque somos treinta y seis millones de almas empeñadas en la misma empresa común. Francia es una colmena llena de miel: hará todo lo posible para aprovechar sus panales, y seguidamente se elaborarán otros con nuevos enjambres de trabajadores que no reclamen más que un poco de sol y un espacio bajo el hermoso cielo de la patria.

Nuestros grandes reformadores reconocen ahora que nuestro sistema de organización política tenía necesidad de un cambio: se había querido hacer funcionar nuestra máquina gubernamental como una máquina de vapor de alta presión sobre raíles ni bien asentados ni bien trazadas las vías. Así, de un modo inesperado se ha producido un espantoso descarrilamiento y la caída ha sido tanto más violenta cuanto que el tren marchaba a gran velocidad. El sistema de alta presión está lleno de peligros: el vapor comprimido reclama válvulas de seguridad para dar salida al exceso, mientras que la forzada compresión provoca la explosión. En política echar los frenos no evita una catástrofe. Pero dejemos las metáforas y hablemos claro: ¿viviremos lo bastante usted y yo para ver cómo al fin se llevan a cabo las reformas necesarias?

El apaciguamiento de las pasiones no es aún posible, porque los ánimos siguen soliviantados. Para que la normalidad se restablezca y las fuentes del mejoramiento público puedan incrementarse y ampliarse, es precisa la paz que infunde confianza y asegura la credibilidad. Entonces, la colmena podrá reanudar su trabajo cotidiano con la condición de que los abejorros no vengan a arrebatarle la miel.

Soy de la misma opinión que usted: unos años de normalidad bastarán a nuestra Francia, portentosa y fecunda, para reconquistar todo aquello que constituye su poder y su riqueza: ilustración, superioridad indiscutible en las ciencias y en las artes; en una palabra, en todo aque-

llo que ha sido motivo de envidia por parte de sus vecinos y, por su gloria, ha despertado la envidia del mundo. La historia lo dirá: veinte años de reinado de un bajo imperio no han podido corromper el corazón de nuestra amada patria. La lepra de la desmoralización no ha pasado de la superficie. La sangre se ha conservado pura, y aunque la energía se haya debilitado momentáneamente, la nación debilitada recobrará pronto su fortaleza.

¿Pero cómo se verán las cosas en el futuro? Yo no lo sé, ni usted tampoco. Se ha intentado todo y hasta ahora nada ha salido bien. Seguimos todavía a la espectativa. Adiós.

A mi amigo Léon Lavialle, en Marsella. 1871

En el curso de mi último viaje por Francia, querido León, mi buena estrella hizo que le volviera a encontrar en Marsella, donde los felices días que pasamos juntos en el *cabanon* me han ayudado a soportar y dulcificar no pocas penas. Conservo un agradable recuerdo, que hoy constituye el encanto de mis conversaciones con los que me rodean.

Sabe usted bien cuánto le aprecio: tantas pruebas de amistad y simpatía me ha dado usted, que puede contar con mi devoción y afecto para siempre. Siento por usted el mismo aprecio que por uno de los míos: usted es de mi familia; usted, su hermano y su querida María, tan buena... el alma del hogar.

Al pasar por Mogador vi a Beaumier y al buen doctor. Todavía no conocían los últimos acontecimientos de Francia. Les informé, pero es penoso tener que repetir cosas que uno quisiera olvidar. Sin duda usted vive ya la vida de soldado, usted y Esprit, y probablemente también el amigo Martin. ¡Qué pena, qué soledad para la pobre María! ¡Cuánto les compadezco! Ánimo: contra la adversidad, fortaleza de corazón: ésta es la filosofía gala. ¡Al diablo con Bismarck y su rey Guillermo! ¡Maldito sea el que ha desencadenado esta desgraciada guerra y no ha sabido aguantarla!

Termino esta carta repitiendo con nuestro poeta Barbier:

> ¡Basta! Por todos esos días de abatimiento y aflicción,
> por todos los ultrajes sin nombre,

sólo contra una persona he descargado mi odio:
¡Ay, maldito seas, Napoleón!

A Auguste Beaumier
Cónsul de Francia en Mogador. 1872

Querido colega: de regreso a mi puesto después de un viaje por Francia –usted lo sabe–, viaje de tan triste recuerdo, le escribo por medio de los paquebotes de la línea marsellesa. El capitán del *Soûrah* le hará llegar un saquito de café caracas que he creído será de su agrado. Sus aceitunas negras son excelentes. No he olvidado las semillas de flores: repártalas con el bueno de Sidi Mohamed, cuya bonita casa moruna y jardines visité gracias a usted. Todavía recuerdo las horas agradables que pasamos juntos en aquella encantadora residencia.

Mohamed me ha parecido el mejor de los hombres: su cortesía, su bondadoso comportamiento inclinan desde el primer momento a su favor. Inserto lo que contiene la esquela que le dirijo por su mediación: ¿quiere usted traducírselo?

«¡Gloria a Dios misericordioso!
que todo lo ha criado y perpetuado la vida sobre la tierra
por medio de las simientes.
Al amigo de las bonitas plantas y de las bellas flores.
¡Salud!

El cónsul Beaumier, a quien todos queremos, te entregará algunas semillas de flores para tu jardín de Mogador, en testimonio del buen recuerdo de

S. B. Cónsul de Francia».

Al mismo, en Mogador. 1872

Sí, tiene usted razón, querido colega, cuando habla de un modo general de la nación alemana. Ahora bien, individualmente hay que hacer muchas excepciones. El Barón Fritsch, que he recomendado a usted, es

una de ellas. Le conozco desde hace ocho años, cuando llegó por primera vez a explorar las islas. Siempre se mostró agradecido hacia mí, incluso me ha testimoniado su afecto y conservado el recuerdo de pequeños servicios que le presté con mis informaciones y recomendaciones. Todavía no hace mucho tiempo me recordaba este distinguido barón –lleno de entusiasmo y de gratitud– la buena acogida de que fue objeto por parte de uno de mis antiguos sirvientes, hoy día dueño de una pequeña propiedad en la parte más montañosa y salvaje de la isla de El Hierro.

Y es más: el reconocimiento del barón hacia todos aquellos que han tenido la ocasión de conocerle y de hacerle algún favor, se ha hecho patente de la manera más generosa en la importante y bella obra que yo poseo. Podrá usted hacerse un juicio por dos cartas que le adjunto: su lectura resumirá todo cuanto yo pudiera decirle y bastará para apreciar el noble y generoso modo de ser del barón.

Este hombre eminente pertenece a una distinguida familia de Francfort. La obra que ha publicado es una edición de lujo (en cuarto, acompañada de un rico atlas). Por encargo del barón he distribuído en estas islas unos quince ejemplares destinados a aquellas personas que le facilitaron su trabajo de investigación. En verdad que no todos están dispuestos a hacer tales regalos.

El querido barón y su compañero de viaje J. G. Rein, ambos doctores en Filosofía, son agregados en la Universidad de Francfort, uno en calidad de profesor de Geología y el otro de Zoología. Es todo lo que yo sé. Las universidades alemanas están bastantes bien dotadas, y probablemente estos dos estudiosos viajan comisionados oficialmente, pero no estoy seguro de ello.

No he hablado de política con el barón: sin embargo, tengo motivos para creer que comparte las ideas liberales de muchos intelectuales del otro lado del Rin, que deploran la fatal orientación que Prusia ha sabido dar al sentimiento nacional, explotándolo en provecho de su ambición.

Para mí, que la Confederación alemana sólo ha sido un pretexto. Ese espíritu belicoso que se ha manifestado contra nosotros no se hubiese producido en los distintos estados germánicos, y todos aquellos que han sido forzados a integrarse en esta pretendida nacionalidad, habrían conservado su autonomía. Nunca se me hará creer que un ciudadano de Francfort, en esa ciudad donde todavía se asienta –antes que

Sadowa– un senado republicano, pueda sentir la menor simpatía hacia un Bismarck o un rey Guillermo.

Otro tanto se puede decir de los hamburgueses y de los demás habitantes de las antiguas ciudades libres. Las nacionalidades no se imponen, son las etnias las que las crean. De la conquista de los francos no nos queda más que el nombre; de la dominación romana, algunas leyes civiles. Pero nada ha podido borrar nuestra etnia original, la de los antiguos galos.

Y esto, querido Beaumier, me lleva a decirle que me siento revivir desde hace un mes, pues las últimas noticias de París me tranquilizan: nuestra Francia cambia de piel. Después del calvario, la resurrección, que para nosotros será una regeneración, de la que tan necesitados estamos. Al fin se ha terminado por abrir los ojos, se han visto las causas de nuestra decadencia, pero ha habido que pasar por duras pruebas. Francia, depurada, va a recobrar el sentido moral que casi había perdido. Celosa del respeto a sí misma, será lo suficientemente fuerte para imponerse a los demás.

P. S. El viaje a Timbuctú del rabino Mardochée me ha interesado sobremanera. La perseverancia y resignación de ese pobre judío que ha perdido su fortuna sin quejarse para tener que desenvolverse en las circunstancias más adversas, resulta admirable. Ha hecho usted bien en aconsejarle que escriba sus aventuras con el fin de conservar esa ingenuidad que constituye su verdadero encanto.

He ahí al buen Doctor Thévenin de regreso a Mogador. Le felicito a usted. Un buen médico es una gran cosa en un país donde no se puede elegir. Aquí nosotros tenemos bastantes.

A mi amigo Rimbaud, en Tolón. 1872

¿Ha leído usted la memoria que el Doctor Turrel ha publicado en el *Bulletin de la Société d'Aclimatation de París* (agosto de 1872)? Lleva por título *La pisciculture: son rôle dans les eaux douces, ses prétentions dans les eaux salées*. Ese trabajo se ocupa en buena medida de usted y de mí, pero sobre todo de usted, como autor de la *Industrie des eaux salées*.

«Nuestras opiniones pesaron mucho ante la Comisión de la en-

cuesta marítima de los Estados Unidos de América contra las afirmaciones, tan audaces como concluyentes, de la encuesta inglesa y de los piscicultores de laboratorio. Los resultados de la encuesta americana han sido sometidos a la consideración del Senado de los Estados Unidos en 1870. *Se han tenido muy en cuenta las publicaciones de los señores Rimbaud y Berthelot*: se reconoce la corrección de su crítica contra lo que propugnan los piscicultores, se estima que Francia no es zona favorable a la piscicultura de agua dulce y se critican los procedimientos empleados para el cultivo de las ostras, los criaderos son impropios para la reproducción y su repoblación sólo puede hacerse a expensas de los ostreros naturales, etc.».

¿Qué habrá pensado Coste si se encontraba presente cuando se dio lectura a esta memoria ante el consejo de la Sociedad?

Pero he aquí otra, y una vez más salimos triunfantes. Vea el *Siècle* del domingo 11 de agosto último y leerá un folletón en la sección científica, redactado por G. Pouchet, encargado de dicha sección: se trata de generaciones alternantes, a propósito de la nominación para el Instituto del sabio Doctor Loven, director del Museo de Estocolmo. Loven, que se había presentado juntamente con Darwin para el puesto vacante de miembro extranjero, es quien se lo ha llevado. La Academia de Ciencias ha tenido en cuenta los méritos de ambos candidatos por el valor *absoluto* de sus trabajos. No ha titubeado entre el que ha querido escribir, según sus teorías, la historia biológica del pasado y que ha levantado para la ciencia un monumento perdurable. Ha considerado las concepciones de Darwin sobre la evolución de los seres como una teoría desprovista de pruebas, y ha proclamado, para la elección de Loven, el descubrimiento de las generaciones alternantes como una verdad incuestionable, contra la cual –dice Pouchet– nada puede oponerse.

Lea, lea usted la reseña y quedará satisfecho.

P. S. Por fin,stionable, contra la cual –dice Pouchet– nada puede oponerse.

Lea, lea usted la reseña y quedará satisfecho.

P. S. Por fin, querido amigo, acabo de darle los últimos toques a mi obra inédita; como diría un pintor, el barniz. No lo toco más... se acabó, ¿pero podría decir como Horacio?:

> Exegi monumentum aere perennius.
> .....
> Non omnis morior. [31]

A mi amigo Léon Lavialle,
en Marsella. 1872

Si el año 1870 nos fue funesto, el que acabamos de pasar ha colmado la medida de los infortunios de nuestra desdichada patria, porque tanto el principio como el fin nos ha dejado con un horizonte sombrío y un futuro poco tranquilizador. Que 1873 pueda por lo menos seguir su curso bajo mejores auspicios y nuestra empañada estrella pueda brillar con nuevo resplandor. Es lo que deseo para usted, para los suyos y para todos.

Le envío por anticipado mi regalo de año nuevo que no puede dejar de gustarle, *La Mediterranée, ses îles et ses bords*:

> ..... mar fecundo,
> bañera del sol, pletórico de vida,
> que para la bullabesa aportas a nuestra comida
> veinte clases de pescado que no es posible consumir.
> *Méry*

¡El Mediterráneo! Pienso constantemente en él. Su sol ha besado mi cuna y sus olas mecieron mis sueños. Los griegos de Fócida, nuestros remotos antepasados, lo veneraban como a un dios: mar poético, cautivador, antojadizo. El Océano, al penetrar en este mar, se adormece en sus brazos: las ciudades más famosas se levantan en sus orillas, Génova, la soberbia, Nápoles, la ciudad del placer, Venecia, siempre bella, aunque perdidos en parte su poder y antiguo esplendor. Podría nombrar a otras, pero me basta con citar Marsella, nuestra patria común:

> Una vez más podría ser fiel a nuestro encuentro
> y venir a sentarme bajo el rústico parral,
> la orilla embalsamada donde uno encuentra de todo,
> corazones rebosantes de alegría y un alegre humor:
> paseos al atardecer junto al golfo riente,
> un mar espléndido, un cielo resplandeciente,
> ¡maravilla! La ciudad a la que el azul corona
> y el sol inunda y ciñe el mar.
> La costa donde nací es para nosotros un dulce lazo.
> Sí, allí tiene su asiento la alegría, baño tibio en la playa,
> alegres festones de espuma ciñen las rocas

olor a mariscos.
Este es el mundo donde el ave se siente siempre a gusto.

Cordialmente, querido compatriota.

A mi amigo Monteiro, en la isla de La Madera, 1872

Sólo nos encontramos el uno del otro a un escaso día de navegación y vivimos como si el Océano Pacífico nos separara. Desde hace meses no sé nada de usted. ¿Cómo se encuentra en estos tiempos tan desventurados? Su isla, aunque esté nublada, debe ser bastante menos brumosa que nuestra pobre Francia. Hace poco he estado allí. Estuve en París después de nuestro primer descalabro y hasta la infamante traición de Sedan. No le digo más porque le supongo perfectamente informado por los diarios. Al encontrarme aquí, después de mi regreso, he recobrado la calma y logrado esas satisfacciones espirituales que proporcionan el estudio y que tantas penas nos hacen olvidar. Esa implacable guerra ha sido mi pesadilla. Trato de alejar los tristes pensamientos que me obsesionan y me he puesto a escribir otro volumen para añadir a la obra que no he podido dar a la imprenta de París. Las imprentas están desiertas, los impresores están con el agua al cuello y todo lo demás por el estilo.

Déme señales de vida: espero su respuesta para enviarle una pequeña muestra de una producción mía: se trata de ornitología, una biografía de las aves de presa en general y del águila en particular. Por consiguiente, sin adiós.

Al mismo, en la isla de La Madera, 1873

Rimando como tú gusto pasar el tiempo;
alegre cantor, afina tu lira
para que la musa que la inspira
pueda dictarte nuevas canciones.

Su inspiración es caudalosa, querido amigo, así como su cordiali-

dad y jovialidad, cosa que me alegra mucho. Hace usted bien, viejo amigo: el buen humor conserva la salud, así que consérvela por mucho tiempo para usted y para los amigos que lo aprecian. Su silencio me había preocupado. Ha hecho usted bien en no salir de su isla en estos tiempos de revoluciones, en que parece que la tarántula ha picado a todas las naciones de Europa Occidental. Yo he tomado la misma resolución y me he resignado a no salir de las Afortunadas.

Estamos bien, seguimos aquí,
sin duda en otro sitio estaríamos peor.

Así se expresa un poeta popular en una canción que vale tanto como un viejo proverbio.

Le veo deseoso de saber cómo están las Canarias desde la República. Me es fácil informarle. Si nuestro querido barón viniera por estas tierras no creería los cambios que se han producido en España al ver la tranquilidad que aquí reina. Pero por lo que respecta a las formas republicanas, nada se nota, no porque estas gentes se desinteresen de la cosa pública *(res pública)*, pero la mayor parte no tiene nada que hacer y prefiere pasar el tiempo sin molestarse.

En Santa Cruz de Tenerife se publican muchos periódicos, más de los que la gente puede leer. En la ciudad existen dos casinos: la mesa de la sala de lectura está llena de esas gacetas, que permanecen allí sin lectores. La más frecuentada es la sala de juego. Cada vez que llega el vapor correo de Cádiz se acude al muelle por curiosidad. Las novedades que se cuentan pasan de boca en boca corregidas y aumentadas. Al día siguiente, calma chicha, y nada se piensa hasta el siguiente correo. Los negocios vuelven a su curso acostumbrado, sólo se habla de cochinilla y de papas, de la lluvia o del buen tiempo.

En los pueblos del interior nada ha cambiado: la misma marcha y el mismo aspecto de siempre: uno se creería inmerso en los viejos tiempos. Me he hecho a las costumbres del país: burlarme de todo un poco y no preocuparme demasiado. Necesito descansar y voy a pedir mi jubilación.

Debo dejar mi cayado,
como corresponde a un viejo pastor
que prefiere, con Béranger,
acostarse a los viejos sones de la dulzaina

y dormirse tocado con gorro de algodón
tejido por su garrida compañera.
Haced lo mismo en vuestras tierras,
y que los ecos de los valles
repitan por las laderas
los alegres estribillos de vuestras canciones.

Adiós.

A Auguste Poirson, en París. 1873

Es usted un excelente amigo, querido Auguste: no se encontraría otro más competente ni tan liberal. Es usted un tesoro, y en mi aislamiento, contar con usted es una buena suerte. Alejado como estoy de los amigo más queridos, de ese París a donde van a parar todas mis afecciones, sólo la correspondencia literaria me consuela de la patria ausente. Mas no puedo escribir a todos, y usted, en una mañana, colma todos mis deseos, ya que puede ver a todos los que quiero, les habla y me lo cuenta.

Subiendo los cinco o seis pisos del taller de Clavier, usted lo encuentra desde por la mañana ocupado en su tarea cotidiana. Seguidamente entra en el viejo torreón donde Traviès se ha instalado con su pequeña mujer, igual que en un nido de golondrinas. Después, visita a mi querido Couder, que todavía pinta a pesar de sus ochenta años, y seguidamente me da noticias de la viuda Lemercier. ¡Oh, cuán agradecido le quedo por ese recorrido! Su carta me ha hecho pasar una agradable mañana. La he leído dos veces y no he querido dejar ir el correo sin contestarle.

Cuando tenga usted ocasión de ver a Traviès, dígale que tengo enjaulada una pareja de canarios silvestres, es decir cazados en el campo. El macho, que siente ya la llegada de la primavera, canta hasta desgañitarse; la hembra, más tímida, no le contesta más que a medias, pero ambos se entienden de maravilla.

Lo difícil va a ser el transporte de esta pareja enamorada desde aquí hasta la calle Lacépède. Porque se trata de un viaje de seiscientas leguas por mar y de doscientas por tierra. Lo pensaremos y ya avisaré. Adiós.

A Don Mariano Pardo de Figueroa
(unum et idem) Doctor Thebussem.
En Medina Sidonia. 1873

Querido Doctor: contesto a su generoso envío después de haber conocido ese libro tan interesante y tan lleno de buenas cosas. Aquellos que lo lean, como yo, se convencerán de que la noble España cuenta, entre una pléyade de relevantes inteligencias, con hombres como su hermano Emilio, inteligencias que en todo tiempo ha tenido y que seguirá teniendo. Es el suelo de este país, que produce esta estirpe de hombres eminentes, y del cual usted mismo es una destacada parcela: el mismo estilo, el mismo corazón, igual patriotismo que el del pobre Emilio, cuya pérdida todos deploramos.

Don Pascual Lucas de la Encina y el célebre Doctor Thebussem son de la misma sangre (*unum et idem*). ¡Singular problema el de la inteligencia humana!: brilla un instante para después desvanecerse y repetirse en otro ser. Unas veces sale del mismo molde y otras veces es único, un verdadero *sui generis* que aparece de forma deslumbrante y resplandece por todo un siglo. Pero la luz que difunde acaba por extinguirse y sus descendientes no aprovechan ni un destello.

¡Oh, gracias, mi noble amigo! Quisiera expresarle cuánto aprecio el obsequio del *Viaje de la «Numancia»*. Ya he leído el libro, que desde ahora ocupa en mi biblioteca el lugar reservado a los mejores. Aquellos que quieran escribir sobre la más reciente historia de España, les será provechoso consultar el *Viaje de la «Numancia»:* encontrarán notables bosquejos trazados con mano maestra y con el sabor de la época.

Admiro ese correcto lenguaje impregnado del estilo *cervantino, tan grato siempre.* Su *ante scriptum* es una innovación muy original, y su biografía fraterna, escrita con el corazón, atraerá las simpatías de cuantos lean la obra de los dos hermanos. Adiós y gracias.

P.S. Hemos tenido aquí al capitán de fragata Don Emilio Barreda, que viene al mando del navío de guerra *Neptuno,* fondeado en la rada. Este digno oficial ha sido uno de los compañeros de armas del pobre Emilio: hicieron juntos la campaña de la *Numancia,* que fue a menudo el tema de nuestras conversaciones: «Si todavía quedara un ejemplar del libro que ha publicado Don Mariano – me dijo el otro día – me gustaría que le escribiera para que me reservara un ejemplar. He sido uno de los mejores amigos de su hermano».

Barreda, en efecto, bien merece recibir la obra, ya que ambos fueron íntimos amigos.

A mi amigo L. Lavialle, en Marsella. 1874

Al comenzar mi carta, y antes que nada, querido León, quiero agradecerle la felicitación por mi retiro como cónsul de primera clase, que se me acaba de conceder. Sí, heme aquí libre e independiente, libre como pájaro que todavía siente sus alas. Voy a poder filosofar a mi gusto, dedicar mi tiempo a lo que sea o al *dolce far niente,* sumergirme en ensoñaciones contemplativas. Podré, por fin, entregarme por entero a mis estudios predilectos. En mi biblioteca tengo bastantes libros que sólo han sido hojeados; tengo mi casa de campo, donde puedo ir a gozar del fresco aire de la montaña y embriagarme con el perfume de las flores. Y cuando llegue la hora, ignorado de los últimos adioses, ¡bien!, entonces iré a reunirme con los ausentes.

No sé lo que la suerte me tiene reservado, pero no me preocupa:

¿Por qué empeñarse en conocer la hora en que los dioses
romperán la frágil cadena de nuestro días?
Inútiles son las artes del augur.
Sin que me inquiete el destino espero el descanso de los cielos.
Es demasiado frívola la esperanza en una dicha infinita:
El tiempo pasa por nosotros y vuela.
Aprovechemos el presente, abandonémonos al destino,
Tomemos los frutos del presente sin esperar a mañana.

Perdóneme, querido amigo, esta pequeña imitación de Horacio. Siga bien.

A M. de Quatrefages, del Insituto

Querido y admirado colega [32]: su carta referida a las inscripciones lapidarias de la isla de El Hierro es muy interesante. En este momento la tengo ante mí: permítame, pues, que le haga llegar las reflexiones que la misma me sugiere.

Estos grabados,, que presentan caracteres o signos idénticos a los de la Cueva de Belmaco, en la isla de La Palma, son de gran importancia respecto a la cuestión que me preocupa, y justifican sus sabias apreciaciones [33].

Para mí no queda ninguna duda: los antiguos habitantes de las Afortunadas, que se ignoraban entre sí por culpa del aislamiento y por la falta de comunicación entre las islas, tenían, no obstante, un origen común y debían pertenecer a la misma raza procedente de los antiguos pueblos de Libia que se extendieron por toda el Africa septentrional y vinieron a ocupar este archipiélago en una época que la historia no puede precisar.

Este pueblo prehistórico formaba diferentes tribus, hablaban la misma lengua y poseían, por medio de la escritura lapidaria, la forma de transmitir sus recuerdos. Todo esto se deduce de la identidad de los signos grabados en las rocas, signos que acaban de ser descubiertos en dos islas, El Hierro y La Palma.

Algunos de estos signos parecen pertenecer a la escritura numídica, y mis primeras conjeturas a este respecto se encontrarían hoy casi confirmadas por los estudios del general Faidherbe, quien me acaba de escribir [34] enviándome varios trabajos y su valiosa *Collection des inscriptions numidiques* (libias).

Hace más de cuarenta años, cuando me ocupaba en la redacción de la *Ethnographie,* incluida en la *Histoire Naturelle des Îles Canaries,* ya había puesto de relieve las notables coincidencias de los nombre libios, tales como *Massinissa, Maninidra, Tacfarinas, Tacfuriaste, Tafira,* etc., con los nombres propios o topónimos citados en las crónicas de la conquista de estas islas, muchos de cuyos nombres se han conservado hasta nuestros días.

Si a estos hechos añadimos los signo grabados en las rocas, los *menhires* de los alrededores de los *Letreros,* en la isla de El Hierro; si al mismo tiempo tenemos en cuenta los *tagorors* (cercado o plaza de los consejos), que recuerdan los *cromlechs* célticos, no podría por menos de reconocer que la historia de las poblaciones canarias tiene sus raíces en los tiempos más remotos.

Los guanches no conocieron el hierro: todos sus recursos los obtenían de la tierra y de las costas que los rodeaban: rebaños de ovejas y cabras, pastoreo, cereales para su gofio, vestidos de piel y de hojas de palma para sus *tamarcos* (especie de capotillo).

Esos pueblos pastores y guerreros debían tener por antepasados

hombres de la misma raza que supieran grabar en la piedra sus pensamientos para legarlos a la posteridad. El descubrimiento de los grabados de la isla de El Hierro ha abierto, pues, un nuevo campo a los estudios etnográficos de este archipiélago.

En una época en que no poseemos más datos que los que la suerte nos depara, la cuestión acerca del origen de los guanches ya me había preocupado sobremanera: había entrevisto en ese pueblo una mezcla de distintas razas; aquí, los enterramientos se hacían en cuevas, allá, en túmulos. El grupo que habitaba en los alrededores de *Los Letreros* de la isla de El Hierro conservaba sus muertos bajos lajas, tipo desconocido de enterramiento.

El examen comparativo de cráneos, esqueletos y momias de que se dispone, atestiguan notables diferencias, que vienen a confirmar una fusión habida en tiempos muy anteriores a la conquista, al ponerse en contacto los antiguos guanches con otros pueblos.

Por otro lado, los capellanes de Béthencourt, al hablarnos en su *Crónica* de los dos jefes indígenas que se repartían el poder en Fuerteventura, los distinguían con los nombre de *rey bárbaro* y de *rey sarraceno*: la primera denominación la aplicaban al que gobernan en la península de Jandía, y la segunda, al príncipe que gobernaba en los extensos dominios de Majorata, entonces separada de Jandía por una pared ciclópea.

Asimismo se encuentran relaciones lingüísticas con diversos dialectos árabes (la Punta de *Ally, Los Aduares,* topónimos; *Bentaiga, Benlujaro, Bencomo* o *Benkoum,* antropónimos, etc.).

También existen diferencias en el tipo de enterramiento, como he señalado más arriba, diferencias que parecen indicar la venida de dos razas. En las tumbas de La Isleta, de Gran Canaria, los esqueletos cuyos cráneos acusan características muy marcadas de la raza semita, fueron supultados envueltos en esteras: todavía hoy se encuentran en el fondo de las sepulturas, mezcladas con las osamentas, muchas semillas de una terebintácea que debía servir para el embalsamiento. Estas semillas pertenecen al *Cneorum pulverulentum,* arbusto muy común en las islas y cuyo nombre vulgar de *leña buena* o *palo santo,* viene a ser la traducción de la antigua denominación de la planta, *orijama* [35], planta santa o planta de Dios.

Reciba, mi querido colega, la expresión de mis mejores sentimientos [36].

A la señora viuda Couder, en París. 1874

Pobre señora mía... lo esperaba: su última carta, tan triste, me dejó desesperanzado. Pero la fatal noticia de la muerte de su esposo no ha dejado de ser, por esperada, menos dolorosa, y desde entonces no ha pasado un sólo día que no haya hablado de él pensando en usted.

Me dice que se ha quedado sola en este mundo: no, querida señora, puede usted contar todavía con los buenos amigos, todos muy afectos a usted.

Por lo que a mí respesta, aunque al otro lado de los mares, sabe me tiene siempre a su disposición para mantener su ánimo. ¡Oh, sí, era el mejor de los hombres!, el más dilecto de los amigos, un corazón de oro. Su pesadumbre es natural, señora, y sólo el tiempo podrá mitigarla.

Que el recuerdo de su esposo le sirva de consuelo. Pensemos en él. El olvido de los vivos es una segunda muerte.

Cuente con mi invariable amistad.

A la misma, seis meses después. 1874

Excelente y querida amiga: su última carta me da ocasión de halagarla consagrando unos instantes al recuerdo del llorado amigo. Me ha alegrado saber que se va a ocupar de una biografía del pintor francés cuya pérdida deploramos, ya que él mismo, en sus escritos, rindió homenaje a los artistas famosos que han dejado tras ellos obras dignas de ser recordadas.

Había en Couder dos naturalezas, el pintor y el escritor. Recordaré aquí, para que no se olviden, algunas de sus obras literarias: sus *Considérations sur le but moral des Beaux-Arts* (1867), libro notable, donde ha puesto de relieve este epígrafe de Simonide: «La poesía es una pintura que habla, la pintura es una poesía muda». Sus discursos en las reuniones de las cinco Academias del Instituo, uno sobre el aspecto del arte en general y otro sobre los amantes del arte; el elogio pronunciado en los funerales de Abel de Pujol, sus biografías de artistas famosos en el Repertorio de Michaud, sobre todo la tan interesante de Christian-Daniel Rauch, el gran escultor alemán. Y después todo lo escrito por él en el Diccionario de las Bellas Artes.

Me pide usted datos referidos a la infancia de su esposo, pero es poco lo que podría decirle, ya que sólo permanecimos juntos en Marsella poco más de un año, de 1801 a 1802. Hoy, pronto octogenario, únicamente conservo vagos recuerdos de una época ya lejana. Nací en 1794, y apenas tenía ocho años cuando nos separamos: él, para irse a París cerca de sus parientes y terminar su educación; yo, para ingresar en el liceo nacional, bajo el Consulado.

Me acuerdo, sobre todo, del carácter fogoso de Couder y del afecto particular con que me distinguía: era para mí un gran amigo. Unos tres años mayor que yo, me protegía con mucha frecuencia en las refriegas que se desencadenaban durante los recreos. Este colegio, en el que poco se nos enseñó, tenía un gran patio contiguo al palacio del general Cervoni, a la sazón Comandante del Departamento. Nuestros alocados juegos tenían lugar junto al jardín del general, casi debajo de sus ventanas. Nos llamaba *su regimiento de alborotadores.*

No volvimos a vernos hasta 1840; fue la casualidad la que propició nuestro encuentro. Él había hecho su camino: el alumno de David había terminado los bellos lienzos del Museo de Versalles y recibido muchos e importantes encargos. Yo iba alguna vez a comer con el venerable Roux de Rochelle, antiguo diplomático y Presidente de la Sociedad de Geografía, de la cual yo era entonces Secretario General.

Un día que el señor De Rochelle había reunido en su casa a varios de sus amigos para sentarlos en su mesa, como era su costumbres, advertí que no conocía a uno de los invitados. Se había hablado mucho de viajes y también se habló de poesía, lo que hacía las delicias de nuestro anfitrión. Yo me sentía a gusto en esa clase de reuniones. Acababa yo de contar una curiosa anécdota cuando el invitado en quien me había fijado al comienzo de la comida, inclinándose sobre el vecino le preguntó mi nombre: – Sabino Berthelot – exclamó en el acto, y me tendió la mano desde el otro lado de la mesa. – ¡Eh, sí, es él, Sabino, el pequeño Sabino del colegio de Marsella! ¡Yo soy Augusto Couder, Augusto, tu buen camarada!–. Y levantándose de un salto vino hacia mí y me abrazó efusivamente. El señor y la señora Roux de Rochelle reían y aplaudían, al tiempo que se lanzó un ¡hurra! general.

A partir de ese día nos veíamos con frecuencia, nuestra amistad fue en aumenteo y era para mí un especial privilegio poder ir a verle trabajar en su estudio del Louvre, donde el rey acudía frecuentemente a verle, cuando pasaba por la larga galería que comunica con el pabellón de Flora.

Couder –usted lo sabe mejor que yo – tenía una rara facilidad para el retrato: el que hizo de usted quedará como uno de los más bellos testimonios. Un día en que yo me encontraba en el estudio del Louvre admirando una soberbia tela en muy avanzada ejecución, y que pintaba para Luis Felipe, le vino la idea de hacerme posar con uniforme de general para formar grupo con otros personajes que figuraban en el cuadro de presentación a la Reina Victoria, en el castillo de Eu, de los ministros del rey, en el gran salón de los Luises. Sobre un viejo sofá del estudio se hallaba un uniforme de general: – Toma – me dijo Couder –, ponte este brillante uniforme y posa un momento: he de agregar al cuadro varios oficiales generales y gente de la corte viendo pasar la real comitiva. Haz como si miraras por encima del hombro de otro... Así va bien, no te muevas. – Y en menos tiempo del que tardo en escribirlo hace el apunte en rápidos golpes de pincel. El parecido era perfecto, como si estuviera ante un espejo, y lo era hasta tal punto, que al día siguiente el rey, al descubrir una nueva figura en el cuadro le dijo a Couder –. Ahí está un general que creo haber visto y sin embargo no lo conozco. – Sire – le respodió el espiritual artista –, yo no me comparo con el Veronés, pero he pensado que, como él, bien podía incluir en esta tela a alguno de mis amigos. –Bien, ¿y quién es?. – El Secretario General de la Sociedad de Geografía.– ¡Pardiez! – replicó el rey –, estaba seguro de haberle visto. ¡Es sorprendente! Bien, bien, hay que dejarlo.– Y sin duda allí estaré, si el cuadro no fue destruido por el fuego en Neuilly, donde fue colocado al principio.

Mi correspondencia con Couder data de 1847, cuando fui enviado a Canarias como Cónsul de Francia, Nuestro recordado artista había sido encargado entonces de un importante trabajo de restauración en una de las residencias reales: en su correspondencia me informó ampliamente de ello. Pero la Revolución de 1848 vino a interrumpir el trabajo. Las ideas no estaban para restauraciones, se pensaba en otras cosas y allí se quedó Couder.

Uno de los abuelos del pintor había nacido en Provenza y vivido en Marsella: esto explica lo que me decía en una de sus cartas: «Nosotros dos, que tenemos sangre meridional en las venas, somos todavía jóvenes – intelectualmente hablando – cuando la mayoría de nuestros contemporáneos son ya viejos desde hace mucho tiempo».

Este gran amigo me escribía con una naturalidad que constituía el encanto de nuestras confidencias epistolares. «La esperanza es un bien que hay que cuidar y conservar a pesar de todo» (1871). «Cuando la

niebla deja filtrar en nuestro estudio algún raro rayo de sol, tomo paleta y pinceles y me hago un mundo ideal, poético, que por lo menos durante un instante me aisla de la penosa realidad que me rodea» (1872). «Tú, que eres feliz en las Islas Afortunadas, escribes a tu viejo amigo preocupado por ayudarle a pasar esta etapa de la vida en esta pobre Francia... Hasta la vista, si Dios quiere» (1872).

Pero acaso esto sea hablar demasiado de mí hablando de él. Sin duda, su biografía no carecerá de motivos, dada tan larga y fecuenda existencia: los hay sobrados para rendir homenaje al artista que, a la pasión que dedicó al arte, unió los afectos del corazón.

Adiós, querida amiga. Me gustaría saber que mi carta ha satisfecho sus deseos.

P.S. He aquí el original de la carta que Couder me escribió en 1848, poco después de mi regreso a Canarias

«... No sé si te he hablado del encargo que me ha sido hecho para restaurar las pinturas murales de Rosso, quien, simultánemente con Primatice, había decorado una amplia galería llamada de Francisco I en el palacio de Fontainebleau. Estas pinturas, muy deterioradas desde los tiempos de Enrique IV, habían sido confiadas por Luis XIII a Poussin para que llevara a cabo la restauración. Pero apenas había terminado sólo una parte, *El Diluvio,* que las contrariedades sufridas en París le hastiaron de Francia y regresó a Roma para no volver. Bajo el reinado de Luis XV se encargó a Carle Van Loo para que llevara a cabo la restauración. Pero ignorante y sin gusto, el pobre Van Loo, incapaz de entender las excelencias de estilo de estas pinturas ejecutadas en los mejores tiempos de la escuela italiana, creyó hacerlo mucho mejor repintando enteramente lo que fueron frescos con su paleta de pintor al óleo y cubriendo tan bellas obras con una espesa capa de colores, más toscos todavía por su pésimo gusto en arte que por la costra con que las había recubierto. El resultado de todo esto, que solamente se sabe por tradición, es que esta galería, en otro tiempo famosa por sus pinturas, hoy no es más que una serie de enigmas en los que uno se pierde cuando trata de descubrir algo que justifique su fama. Por fin Luis Felipe, conservador por excelencia, ha querido que yo restaure esas pinturas, trabajo que, comenzado en 1847, lo continúo en 1848.

«Es una verdadera dicha descubrir bajo las espesas capas de la tosca y estúpida pintura de Van Loo – que a fuerza de cáusticos he disuelto y hecho desaparecer –, digo que he tenido la dicha de descubrir esos

bellos frescos llenos de fuerza, de inspiradas audacias, de elegancia y de buen gusto, según los temas. Es cierto que se encuentran en estado deplorable, pero con ayuda de los grabados contemporáneos y los dibujos originales del maestro confío en salir airoso y cumplir con el trabajo. Por lo demás, las pésimas pinturas de Van Loo han sido en cierta medida beneficiosas, ya que, a modo de enlucido, han preservado estos frescos de una destrucción todavía mayor. Así, sin saberlo, el artista ha conservado la obra que hoy descubro bajo las capas que levanto, poco más o menos como las encontró cuando las embadurnó de tan extraña manera.

«Es, como puedes ver, un magnífico y noble trabajo el que me ocupa, y si logro rematarlo tal como lo he empezado, será de todos mis trabajos el que, indiscutiblemente, hará que se me recuerde cuando ya no sea más que ceniza [37]. Porque allí está un testimonio del genio a reconocer por los tiempos venideros: no es poco haber conservado íntegramente unas de las cosas más grandes y bellas que Francia haya poseído jamás».

A mis amigos Georges Lavialle
e Hippolyte Martin
En Marsella. 1875

Contesto al párrafo de vuestra carta referente a mi residencia definitiva en esta islas... Sí, mis buenos amigos, no pienso dejar mis Afortunadas: me encuentro bien y me quedo. Las encantadoras hijas del Océano me han cautivado. Como Autran, nuestro poeta marsellés, he sucumbido a su encanto: también ellas me han dicho:

> Ven, lo mismo esté el mar en calma que alborotado,
> para ti reservamos siempre suaves armonías,
> para cantarle al que de nosotras se acuerde...
> Ven, anda, ven....

Me he dejado llevar por parejas seducciones, y ahora que puedo disponer a voluntad de mi tiempo, esas oceánidas, de las que Autran, en sus *Poemas del mar* se ocupa, se me han aparecido en toda su plenitud. En la obra que estoy terminando me he puesto en relación con ellas, obra que en parte les está consagrada. Se titulará *Vitalité des*

Mers. En este libro he querido presentar el apasionante mundo de las aguas con todo lo que encierra de poético y maravilloso y dar a conocer los habitantes de los mares, desde los colosos que atraviesan el Océano del Ecuador a los Polos, hasta esos imperceptibles obreros que en las tinieblas abisales preparan en silencio los materiales que han de hallar futuras generaciones.

La verdadera ciencia se toca con la poesía, y el tema que yo he abordado me ha de llevar necesariamente a la contemplación de los grandes fenómenos que se manifiestan de forma tan llamativa. Por consiguiente, puedo decir con Horacio, ya que he escrito este libro bajo un cielo tan hermoso como el que le inspiró las *Odas:*

> El radiante sol ahuyenta los fríos
> que pueden detener de una yema tardía la eclosión.
> Por viejo que el árbol sea, su belleza recobra
> y todavía puede cubrirse de verde follaje.

Así, lo mismo que Autran, yo también he escuchado el canto de las oceánidas y tengo fe en sus promesas. Como al poeta, me han dicho:

> Ven, anda, ven, conocerás por nosotras muchos misterios,
> te cantaremos el himno de los mares y de las tierras,
> del Océano sus tesoros, sus monstruos, sus selvas te mostraremos.
> Nosotras te revelaremos cuál es el móvil oculto
> del mar, que a algún dios rinde homenaje,
> y sabrás por qué tan pronto besa las orillas como las ultraja.
> Ven, y conocerás todos nuestros secretos.

Nuestro poeta ha sido osado: tenía derecho. En cuanto al filósofo naturalista, no ha dicho lo que sabe, y ante fenómenos incomprensibles o problemas insolubles, se inclina ante los misterios de Dios.

Cordialmente.

Al Presidente del Congreso de Ciencias Geográficas En París. 1875

Señor Presidente: al enviarle mi adhesión al Congreso de Ciencias Geográficas que se va a celebrar en París, esperaba, a pesar de mi avan-

zada edad, poder asistir a este gran acontecimiento y presentar una proposición que me preocupa. Pero como mi estado de salud me impide emprender el viaje, me atrevo a contar con su amabilidad para que sea usted mismo intérprete de mis sentimientos y de mis pesares cerca de mis colegas.

Acabo de saber que los señores Weyprech y Payer, exploradores de los recientes descubrimientos del Mar Polar (Ártico), debían encontrarse en París en las fechas de la reunión del Congreso para informar más ampliamente sobre tan memorable campaña. Todos los que han leído ya el informe oficial han podido apreciar las excepcionales cualidades que distinguen a esos dos exploradores, hoy día célebres. Ante todo puede verse en la relación del Comandante Weyprech, que se limita pura y simplemente a relatar el viaje, a indicar, con la austeridad de un marino y la responsabilidad de un jefe de expedición, los distintos acontecimientos que tuvieron lugar. Ninguna queja, ningún signo de decaimiento por su parte, a pesar de los difíciles momentos y las desesperadas circunstancias en que se encontraron. Su pensamiento era llevar a buen término la empresa que le había sido confiada, y en su valerosa abnegación pone a contribución toda su experiencia, toda la energía que la naturaleza le ha dado, entereza de ánimo y espíritu de sacrificio. Lleno de humanidad hacia su tripulación, no cesa de velar por el bienestar de la misma, levanta su moral y prepara a todos contra las más duras pruebas. Todo bajo su responsabilidad, como jefe, como el caso del abandono del navío atrapado por los hielos, que es lo que más le preocupaba, pero para salvar su responsabilidad firma con sus oficiales un proceso oral que quedará como uno de los más hermosos documentos.

El informe del lugarteniente Payer no es menos admirable: su relato es sencillo y conmovedor. De este informe dice un distinguido marino: «No se encuentra allí una sola palabra de esas que contienen elogios indirectos, que los jefes distribuyen con demasiada frecuencia entre sus compañeros para encubrir su falsa modestia».

Cuando habla de los obstáculos y dificultades que ha sido preciso vencer, jamás destaca los méritos ante los resultados conseguidos. Todo le resulta natural, y no parece tener en cuenta, en las más difíciles circunstancias, en los peligros más inminentes, ni las fatigas del cuerpo ni los quebrantos del ánimo. En toda esa abnegación, en todos esos sublimes sacrificios no ve otras cosas que los deberes del marino y ni siquiera se atreve a insinuar lo que debieron ser, para la valerosa tripulación

del *Tegettoff*, los dos crudos inviernos pasados en un pequeño navío con una temperatura de más de cuarenta grados bajo cero.

Hay que tener almas fuertes y bien templadas para resistir tantos sufrimientos sin dejarse abatir. También la campaña a través de los hielos significa el más grande honor para el Comandante Weyprech y los intrépidos hombres bajo su mando. Austria–Hungría tiene derecho a sentirse orgullosa por esa conquista geográfica.

Que le sea, pues, permitido, a uno de los decanos de los geógrafos de Francia, expresar el voto que yo hubiera querido formular de viva voz. Esas Tierras del Emperador Francisco José consagran nombres de gloriosa memoria, pero nada, ni siquiera una montaña, un cabo, una punta que recuerden a los descubridores. El Congreso Internacional debe reparar ese olvido, puesto que la honestidad y la modestia han llevado a los exploradores a olvidarse de sí mismos.

Yo tomo la iniciativa, señor Presidente, y propongo a mis antiguos colegas de la Sociedad de Geografía, que se acuerde dar a los dos cabos de la Tierra de Petermann, la más al norte de la parte todavía inexplorada del gran archipiélago descubierto, los nombres por siempre célebres de Weyprech y Payer. Es de justicia.

Quedo atentamente, etc., etc.

A mi amigo Monteiro
En la isla de La Madera. 1875

Los reproches que usted me dirige por mi largo silencio los tengo bien merecidos. ¿Pero no me asiste a mí el derecho de hacer lo mismo? Bien, bien, no hablemos más de esto y escribamos con más frecuencia.

Pensó usted, según me dice, que había hecho viaje a Florencia para asistir a la inauguración del busto de Webb. No, querido amigo, a mi edad [38] temo las fatigas de un viaje por tierra y por mar. Pero si no he estado presente, casi no he perdido nada de lo que se ha dicho en acto tan solemne. El querido Parlatore, director del Museo de Florencia –ciudad donde tuvo lugar la ceremonia, en la gran sala del Museo inaugurada para el herbario y la biblioteca de Webb–, el querido Parlatore, digo, ha tenido el cuidado de informarme y enviarme las actas de la sesión. Mi sillón quedó vacío, pero un orador, Charles Bolle, que hizo la reseña, ha explicado los motivos de mi ausencia y ha destacado el

contenido de la carta dirigida por mí al Director del Museo, carta que ha sido publicada en el diario de Florencia.

Al mismo tiempo he aprovechado la ocasión para decir en elogio de Webb todo lo que yo hubiera podido expresar sobre la noble condición, los talentos y la generosidad del sabio botánico, de quien fui colaborador y amigo.

Para dar respuesta a los otros párrafos de su carta le diré, con respecto al Rey Don Alfonso, que ignoro cuánto durará este reinado ni cómo acabará. Puede ser que el diablo lo sepa. Pero si yo estuviera en su lugar, antes le daría la lengua a los perros que decirlo.

En cuanto a las cosas que pasan, veo por aquí toda clase de gente: alfonsinos, republicanos, carlistas, montpenserianos, moderados, constitucionales, conservadores, *cangrejos y calamares* e incluso *rojos e intransigentes* [39]. Pero en todo ese amasijo no se encuentra un verdadero patriota. El gran partido constitucional todavía no se ha constituído en España: apenas está representado por algunos ambiciosos que están en babia y ni siquiera se dan cuenta de la decadencia de su país.

¡Pobre España!, podría ser tan rica, tan floreciente, con tantos medios con que cuenta para prosperar y tantos títulos que la prestigian con relación a su glorioso pasado. A pesar de ello no le faltan al país hombre prestigiosos, pero permanecen ignorados, incomprendidos en medio del torbellino que arrastra a la nación entera.

Hay un partido – y ésta es la desgracia –, digo que hay un partido terrible que por ahora no dispone de batallones ni de artillería, pero sí de una fuerza mucho más poderosa que trata de ocultar para mejor llevar a cabo una guerra sorda. Si usted lo prefiere, llame a ese partido *jesuítico.* Yo lo llamo por las claras *partido clerical,* y con eso está dicho todo. Su centro está en Roma, sus ejércitos, por todo el mundo, su santo y seña sólo él lo conoce... ¡Basta ya! ¡Vivir para ver! Adiós.

A la señora viuda Couder
En París. Enero de 1875

No me perdonaría retrasar por más tiempo mi contestación a su última carta y tampoco si al mismo tiempo no me apresurara a desearle días más felices. Conociendo, querida amiga, su gran corazón, podría estar seguro de su felicidad en este mundo. Pero raramente se consigue

el bien que uno merece. Dichosos aquellos que pueden contar con verdaderos amigos.

El retrato de Couder, que no dejo de admirar, es la más bella fotografía que conozco; es él mismo, con una expresión impresionante: vive, respira, escucha... parece que va a hablar. Le enviaré el mío y el de María, que usted me pide, pero no espere una obra maestra, como la de Pierre Petit: hay una gran diferencia entre una fotografía artística y una fotografía comercial.

Pasemos ahora al paisaje, porque usted me ha deslumbrado: su bello dibujo a lápiz es una verdadera joya, tan lleno de encanto y de serenidad. ¡Gracias! Valdría la pena reproducirlo sobre lienzo, a tamaño mayor, ya que ganaría en perspectiva. A pesar de sus reducidas dimensiones se adivina el color.

El motivo atrae a todo el mundo, esos parajes son gratos a todos: goza allí el anciano de las mejores esencias de la vida, el poeta, de su inspiración, la mujer sensible, de sus ensueños y de sus evocaciones.

He leído la biografía de Couder: la encuentro un poco seca. En ella sólo está la mitad del hombre y el catálogo de sus principales obras, es decir, sus trabajos como pintor. Pero le falta la otra parte, el artista en su verdadera identidad, con su genio, su inspiración, sus efusiones, atractivos personales, exaltación, poesía, sensibilidad, originalidad... Ya que Ernest Breton ha querido rendir un justo tributo al recordado pintor, ¿por qué no se ha referido a los deliciosos cuadros que ha debido ver en casa de usted y que en mi opinión valen tanto como los grandes cuadros de historia? Los dos son admirables, y a ellos quisiera referirme, el de usted y el del primogénito de Couder, dos verdaderas obras maestras que recuerdan a un tiempo la forma de hacer de David y de Greuze. David, discípulo de Greuze, ha dejado magníficos retratos, entre otros, el de su médico, en el Museo de Montpellier, y el del Papa Pío V, del Louvre, en los cuales es de admirar la delicadeza de la pincelada y la frescura del colorido. Esas cualidades se destacan de manera notable en los cuadros de Couder, colgados en el salón de su casa del bulevar del Infierno. La pureza del dibujo de David unida a la suavidad y a la transparencia del color de Greuze se ponen de manifiesto en el retrato de usted. En el cuadro del niño cogiendo cerezas, uno podría creer que se encontraba ante un Greuze de los mejor logrados, de manera que si Couder no me cuenta las circunstancias que concurrían en esta obra, yo me hubiera podido equivocar.

Couder ha sido uno de los mejores retratistas: fue un gran fisonomista, mucha gente lo sabía, y esto había que destacarlo en su biografía. Adiós.

A la señora viuda de Couder, en París
Santa Cruz de Tenerife, 29 de Marzo de 1876

Querida señora y muy estimada amiga: su bonito cuadro me llegó el otro día, fresco, gracioso como una flor de primavera que acabara de abrir, aunque con una diferencia: la flor envejece, y esta flor que me envía no se marchitará, no perderá nada de su brillante colorido ni esa suavidad de matices que seduce. El aire que baña ese paisaje, y que a uno le parece estar respirando, como un perfume de la patria; esa perspectiva aérea, todo lo que es grato a la vista, toda la finura de su delicado pincel, que encanta y seduce, conservarán largo tiempo su belleza.

¡Sí!, aquí está mi hermoso cielo de Francia, los robustos olmos, el pueblo entre la arboleda, el riachuelo serpenteante entre los prados, y las vacas que pastan, tranquilas, en las riberas. Del país, es uno de los lugares que más amo, tan animado por la vida campestre. Nada se echa en falta: ni el sendero que se pierde en el bosque, ni los verdes ribazos que se descubren tras la niebla baja, ni a lo lejos, en el horizonte, el castillo feudal, siempre enhiesto con sus torreones, en nuestra vieja Francia regenerada.

La llegada de esta fresca pintura ha llenado la casa de alegría. El día ha sido completo. Mis amigos estaban junto a mí, Lavialle entre otros, que gozaba de mi alegría, y después María, que lloraba ante el recuerdo de la patria lejana. No encontraría palabras con que expresarle mi gratitud: las guardo en el corazón.

Desde su última carta, a la que acompañaba la esquela dirigida a María – tan alegre por recibir noticias suyas – he tardado en contestar en espera de recibir noticias de mi amigo Poirson, pues deseaba saber si le había hecho llegar el primer tomo de mi obra. Acabo de saber que el libro ya está en sus manos. No tardará usted en recibir el segundo, que ha de aparecer dentro de unos días. Es el que trata especialmente de los peces migradores como fenómeno paralelo a la migración de las aves. En cuanto a *Mes oiseaux chanteurs,* están en prensa, y su próxima publicación completará, como obra aparte, mis estudios comparativos

acerca del organismo, las costumbres y los instintos de dos especies de animales sobre los cuales he querido llamar la atención.

Un fuerte resfriado, venido con el cambio de estación y que afortunadamente ya está en franca mejoría, me impide dedicarle más tiempo. Espero ser menos lacónico en otra ocasión, y llenar las cuatro páginas.

Adiós, buena y querida amiga. Con los sinceros afectos de

S. Berthelot

A la señora viuda de Couder, en París
Santa Cruz de Tenerife, 22 de Enero de 1877

Estimada señora y muy querida amiga: sería usted cien veces más culpable no digo de negligencia y de olvido, pero sí de un poco de pereza, si no fuera por su carta del 10 de diciembre pasado, suficiente para perdonarla e incluso darle las gracias por habérmela escrito.

Siempre pensé que las mujeres que, en general, saben tomar la pluma tienen un modo especial de expresarse, un modo muy particular que nosotros los hombres no poseemos. Nunca llegaremos a esa sensibilidad, a esa ingenua sencillez ni a esa delicadeza de sentimientos que tan bien saben ellas expresar. Especie de una naturaleza privilegiada, esa mitad del género humano parece haber sido creada sólo para servirnos de modelo.

Me ha encantado saber que *Mes oiseaux voyageurs,* etc., con sus trinos, hayan servido para alegrar sus ratos de ocio. Hubiera querido hacerle llegar, con ocasión de la entrada del nuevo año, mi pequeño aguinaldo, un breve tomo aparte que viene a ser la continuación de *Mes oiseaux voyageurs,* que lleva el título de *Mes oiseaux chanteurs* y del cual se me había prometido para finales del pasado diciembre los ejemplares de autor. Pero mi editor es un gran perezoso y me veo obligado a esperar el tiempo que él quiera. No me cogerá más, pues acabo de remitir a un amigo de París el manuscrito de una nueva obra – *Vitalité des Mers* – con el fin de que me busque un editor que me convenga. Por ello verá usted que no permanezco ocioso y que mi actividad intelectual marcha al compás del termómetro en este hermoso clima en el que las rosas abren sus flores en los arriates a dos pasos de mi gabinete, hoy, 22 de enero, con una temperatura de 20° C. y un sol radiante. De ese modo, la salud del cuerpo y la energía intelectual marchan al unísono bajo tan favorable influjo: las ideas fluyen fáciles, frescas, alegres, y esto hace que uno se encuentre a gusto.

He leído la *Notice biographique* sobre el recordado amigo, escrita por Hébert, que fue colega de Couder en la Academia de Bellas Artes. Es un elogio digno de un compañero: nada falta en lo referente a la obra del gran pintor, pero no aparece el hombre. Su carácter, que hacía que se le quisiera, la simpatía de que se hacía acreedor en la intimidad, todo eso se silencia. Lo repito, se trata de un elogio académico, pero ése no es nuestro amigo, ¡nuestro Couder!

Al final de su carta escribe usted: «Le digo hasta la vista, pues puede ser que me haga viajera». Seguramente se trata de un pensamiento que le ha pasado por la imaginación, pero de eso a cruzar los mares hay un gran trecho, incluso en globo. ¡Quiéralo Dios!

Me alegro que hay vuelto usted a tomar los pinceles y veo con agrado que no es porque se sienta desamparada, sino que se ha producido en usted un rebrote de energía artística, y también puede ser una ambición, loable, sin duda, cuando se sabe interpretar la naturaleza, como usted. Que su entusiasmo se mantenga, no hay que preocuparse por los resultados. No le hablo de política, aunque repaso los periódicos que me llegan a cada correo. Alejado como estoy del hogar, mejor diría de la vorágine de las polémicas, puedo juzgar friamente acerca de lo que pasa: relativamente satisfecho del presente, no puede aventurar nada respecto al futuro. Pero Francia es una deidad bondadosa y puede ser que tenga en cuenta todos los sacrificios que hemos hecho por ella sin pedir nada a cambio. Creo que únicamente la estabilidad es la que puede devolver la confianza.

María me encarga de agradecerle su recuerdo: ella no la olvida nunca. Reciba nuestros votos de feliz año nuevo y mi reciente fotografía, como si se tratara de una visita de año nuevo de su viejo amigo.

S. Berthelot

P.S. Por el último correo he recibido la triste noticia del pobre Traviès.

A mi amigo Charles Bolle, en Berlín. 1877

... ¡Oh!, cuánto me ha encantado, querido amigo, todo lo que me dice sobre *Mes oiseaux chanteurs,* ese pequeño libro que he escrito especialmente para mis amigos de Europa. Me comunica el deseo de reseñarlo en las compilaciones literarias de Berlín, así como mis otras pu-

blicaciones. Me satisfaría mucho la opinión de un crítico de su talla y me alegrarí tener esa suerte.

Un hado venturoso me ha favorecido en mis días de vejez: mis mejores amigos no dejan de darme pruebas de su estima, usted mismo lo hace en grado sumo con sus bondades, y que me bienquista con un hombre de talento y corazón.

Ese sabio a quien tanto estimo ya había despertado mis simpatías, puesto que ha dado a la ciencia los más brillantes trabajos sobre ornitología, esa bella e interesante parcela de la Historia Natural. Se habrá dado cuenta que he querido hablar de A. E. Brehm, de esa gran persona de quien me arrepiento haber juzgado tan mal, y el cual, sin el menor rencor y como prueba de su bonhomía – natural en las buenas gentes del otro lado del Rin – me envió su fotografía con dedicatoria autógrafa. Estoy enteramente de acuerdo con usted: la inmensa mayoría de sus compatriotas están llenos de bondad y nada tienen que ver con nuestras querellas nacionales.

La fotografía de Brehm me ha impresionado: en sus nobles facciones se refleja toda la serenidad de un alma buena. Déle las gracias en mi nombre, con el ruego de que acepte mi fotografía como correspondencia por la suya. Déle también un apretón de manos.

En cuanto a usted, mi excelente amigo, mi profundo agradecimiento por todo lo que acabo de decirle. Adiós.

A mi amigo E. Grasset
En Bois–le–Roi, cerca de París. 1878

Querido Grasset: su bella carta está escrita con el corazón; cada palabra me ha emocionado. Le agradezco las frases de consuelo, porque las que vienen de un amigo como usted mitigan las penas y fatigas. María y yo hablamos con frecuencia de su promesa de venir a pasar algunas semanas junto a nosotros. ¡Qué dicha! El querido León será entonces de los nuestros, ya que lo espero en diciembre. Ha sido muy afortunado al volver a verle a usted, en su viaje a París, después de la visita a Bois-le-Roi: sé que comieron juntos en uno de los mejores restaurantes de la capital. León me ha contado el feliz encuentro con un viejo compañero del *Arca de la Alianza,* el navío en que usted dio la vuelta al mundo.

Usted puede ver, por las relaciones epistolares que mantengo con mis amigos, que estoy informado de todo. Mi vida la reparto en dos: la mayor parte del tiempo la dedico al estudio, a la meditación y a los recuerdos. Mis evocaciones me trasladan con la imaginación a diversos lugares del globo: viajo sin salir de mi gabinete, tan pronto estoy en París como en Roma o en cualquier otro lugar, pero con mayor frecuencia en Francia. Se vive doblemente.

Mis mejores respetos para su querida señora: dígale – pues ha prometido usted venir a verme – que si ella no le puede acompañar, no por eso estará menos presente en nuestras conversaciones familiares, ya que si nos vemos privados de verla, por lo menos tendremos el placer de que usted nos hable de ella. Adiós.

A mi amigo Hippolyte Martin, en Marsella. 1878

...Usted sabe expresar lo que siente, por eso he podido leer con tanto interés su carta del 12 de abril.

El mundo de las aguas, las exploraciones submarinas, las grandes corrientes oceánicas y las regiones polares, frías, misteriosas, de tan terrible penetración, pero ante las cuales hombres intrépidos no retroceden, esos son los conocimientos que yo he querido divulgar en mi libro *Vitalité des Mers,* del cual usted se ha dignado corregir las pruebas.

Apartado del resto del mundo en esta isla del Atlántico, como el vigía de un faro que proyecta a lo lejos la luz, durante más de veinte años he tenido registro abierto para consignar los hechos más notables, las noticias más curiosas, los descubrimientos más importantes que se relacionaban con el tipo de observaciones que yo había fijado.

Es de admirar los descubrimientos de la ciencia al destacar las conquistas geográficas de nuestro tiempo, al recordar la intrepidez y abnegación de los más ilustres pioneros, sus gloriosos trabajos en medio de tantas privaciones y de tantas penalidades en las regiones polares, a menudo trastornadas por las tempestades y cubiertas durantes largos meses de un sudario de nieve, para volver a la vida durante algunos soles y mostrar a los deslumbrados ojos un grandioso espetáculo: es, digo, al pensar en ese cuadro sublime tan justamente descrito por un intrépido y buen misionero cuyos emocionantes relatos dan frío al cuerpo y cal-

dean el espíritu, cuando me parece haber descubierto – y ése es mi único mérito – lo siguiente: que tratándose de los impresionantes fenómenos de la naturaleza, la ciencia se toca con la poesía y produce en nosotros ese entusiasmo que nos hace admirar y alabar la grandeza de la obra de Dios...

Cordialmente, su amigo

A mi amigo Don Elías Zerolo,
Director de
la «Revista de Canarias»,
en La Laguna. 1878

Mi querido amigo: creo poder responder a las dudas que le quedan acerca de las hordas de celtas o de celtíberos que en diferentes épocas vinieron a confundirse en estas islas con la raza que era dueña del suelo. Esos pueblos, según la tradición, aislados del resto del mundo olvidaron, después de siglos, el arte de navegar.

Sin duda usted no ha pensado en el lapso de tiempo que debió mediar entre esas diversas invasiones interrumpidas por eclipses históricos durante los cuales estas islas permanecieron olvidadas.

Los guanches de la conquista, pueblo relativamente moderno, nada tiene aquí que ver con esas invasiones extranjeras de las cuales no tuvieron noticia. Y si se acepta el hecho incontestable y único entre los pueblos insulares, de un grupo humano que no conoce el arte de cruzar las aguas sobre una embarcación cualquiera, e incluso se dice que no sabía nadar, es preciso creer que tal hecho, de ser cierto, sólo se refiere, según el historiador Viera, a los guanches de Tenerife, de aceptar una tradición discutible. De las otras islas, en especial de La Gomera, se dice que había expertos nadadores.

Recapitulemos las escasas noticias que nos suministra la Historia: la época más antigua de las migraciones de pueblos extranjeros que con toda probabilidad se extendieron hasta las Islas Canarias, fue la de los cananeos, empujados por Josué. Luego, si nos fijamos en la llegada de Juan de Béthencourt, en 1402, vemos que habían transcurrido más de tres mil años desde las primeras migraciones.

Los celtas y los celtíberos, lo mismo que los pueblos celtibelgas y grecolatinos de Italia y de las grandes islas del Mediterráneo occidental

que en principio invadieron Italia y el norte de Africa para lanzarse seguidamente sobre Egipto [40], y cuyas diferentes hordas han dejado a su paso construcciones druídicas que se encuentran en España y en el norte de Africa, en Numidia y en Mauritania e incluso en este archipiélago: esta gran invasión, repito, podría remontarse a la misma época que la de los cananeos.

La historia se ocupa de nuevo de las Afortunadas en un relato citado por Plinio relativo a la expedición enviada por el rey Juba, que tuvo lugar en tiempos del emperador Augusto, veintiocho años antes de nuestra Era. Han pasado, por consiguiente, más de dos mil años sin que nuevas emigraciones hayan venido a agregarse a las anteriores y aumentar de esa manera el mestizaje de la población canaria.

En cuanto a los árabes – no probada su presencia en estas islas más que a partir de los primeros triunfos del islamismo –, habrían pasado, a la llegada de los normandos de Béthencourt, más de novecientos años desde su presencia en el norte de Africa y en este archipiélago.

¿Qué medios de transporte utilizaron estos pueblos invasores para llegar a las Islas Canarias? Se ignora, y sobre este tema la historia enmudece. Puede ser que se trasladaran por mediación de navegantes fenicios, preponderantes en aquellos tiempos, o bien más tarde con los cartagineses, que emplearon muchos mercenarios, sobre todo libios, o en último lugar por la marina romana, que sustituiría a la de Cartago.

De ese modo, diversos eclipses históricos se sucedieron dando lugar al oscurecimiento de los antiguos anales canarios. Por consiguiente, no resulta extraño que las poblaciones de este archipiélago, ignoradas durante largos años y reducidas a sus propios recursos, perdieran el recuerdo y la práctica de un arte que les hubiera permitido comunicarse entre ellos.

Las alianzas entre esos primitivos pueblos pastores y guerreros con los de otras razas extranjeras, no cambiaron lo que ya estaba establecido. Los cananeos vinieron a este archipiélago en busca de hospitalidad; los celtas y los celtíberos, pueblos guerreros, buscaban alianzas, tal como habían hecho en Aquitania, en Iberia, en Lusitania y después en Libia, en todo el norte de Africa y en el macizo del Atlas, en fin, en todos los sitios donde les había llevado su instinto vagabundo. Y si los árabes se mostraron desde el principio menos pacíficos con las tribus de raza libia, no tardaron en fundirse con ella. Ese es el motivo por el cual la raza canaria presenta el tipo semítico dominante, que proviene de la unión efectuada con pueblos del Asia occidental, antiguos cananeos y

árabes primitivos. Las viejas poblaciones que en principio ocuparon esa primitiva área, puede que fueran de raza atlante, que podían proceder de migraciones de pueblos arios que se extendieron por el occidente de Asia y penetraron en el norte de Africa hasta arribar a este archipiélago.

Esta raza, muy anterior a todas las demás, y de la cual se han encontrado sus restos fósiles en Francia, en diversas localidades de la vieja Europa y más recientemente en el antiguo territorio fenicio del Anti–Líbano, era antediluviana y troglodita. Su presencia en el norte de Africa parece haber sido atestiguada por medio de las osamentas acumuladas en los antiguos dólmenes de Roknia, en Argelia.

Las características antropológicas que acusan estos restos humanos son las mismas que se advierten en los esqueletos de las más antiguas momias de las grutas sepulcrales de Canarias, características que coinciden con las de la raza de Cro–Magnon y de restos hallados en cavernas de los Pirineos. El examen comparativo ha sido hecho por los profesores Broca y Quatrefages sobre especímenes enviados por mí.

Y aún hay más: según las leyes de la herencia, en las generaciones sucesivas permanecen los mismos caracteres antropológicos antiguos, todavía hoy: en Africa, entre los Beni–Menasser y las tribus bereberes del Quyés; en Canarias, entre los insulares de Tenerife pertenecientes a familias de Chasna y del sur de la isla.

Pero estas cuestiones, a un tiempo históricas, etnográficas y antropológicas, reclaman ser desarrolladas y expuestas metódicamente: he acometido la tarea de tratarlas en conjunto y en detalle en mis *Antiquités canariennes.*

Por hoy, basta. Adiós.

Al mismo, en La Laguna. 1880

Veo que está interesado por otro problema. Desea saber si antes de la arribada de pueblos extranjeros a estas islas ya estaban habitadas y si sus habitantes se extinguieron, puesto que, según la ley de Darwin, así tenía que acontecer por ser una raza inferior: esta cuestión le parece a usted relacionada con uno de los períodos geológicos. He aquí, resumida, mi opinión:

En los últimos tiempos geológicos una elevación semejante a las oscilaciones de nivel que tuvieron lugar en las Islas Británicas – a fina-

les del Terciario – puso a las Afortunadas en comunicación con los continentes vecinoes. Esto es lo que explica no solamente la abundancia de plantas mediterráneas y de pájaros europeos en Canarias y Madera, sino al mismo tiempo la presencia en el archipiélago, desde principios del Cuaternario, de una raza de hombres cuyos antiguos despojos muestran características idénticas a las del hombre fósil de Cro–Magnon.

Los cataclismos geológicos – observa Quatrefages – no ocasionaron la total desaparición de las razas humanas existentes en el momento de la catástrofe, pero este hecho debió producirse lentamente, con lo que tanto el hombre como los animales tuvieron tiempo de retirarse. Así, según la ley de la herencia, que perpetúa la raza – como ya he dejado dicho –, el tipo del hombre cuaternario se transmitiría, a través de generaciones sucesivas, hasta los pueblos actuales. Nada prueba, en efecto, que la aparición del hombre cuaternario haya tenido lugar solamente en los distintos puntos de Europa donde han sido hallados los restos fósiles. «La raza de Cro–Magnon no ha desaparecido del todo; se la puede seguir a través de los tiempos» (De Quatrefeges).

Consecuentemente, esta raza pudo haber hecho su aparición en otras partes del globo. ¿Por qué razón no podía encontrarse en Africa o en el archipiélago? Los remotos antepasados de los guanches pueden, por consiguiente, ser considerados como pertenecientes a un pueblo autóctono, como el que ocupó una parte de Europa occidental siglos antes que las razas indogermánicas.

En cuanto a la extinción de las razas inferiores según la llamada *ley de Darwin,* le doy el mismo crédito que a los cuentos de mi abuela.

Ahora me siento cansado y termino.

A mi amigo Charles Bolle, en Berlín. 1880

El último correo de Cádiz me ha traído su carta. ¡Comprenda mi alegría! Veo, a través de esa facilidad de estilo que fluye de su pluma como un claro regato, que su salud es buena, por lo que doy gracias al cielo. A mi edad no puedo quejarme de la mía: llevo bastante bien mis ochenta y seis años, que cumpliré el 4 de abril a mediodía.

Quisiera anunciarle que las Islas Canarias estarán representadas en la Exposición de la Pesca, de Berlín, por un delegado de la Diputación Provincial del archipiélago. Será Don Domingo Bello y Espinosa, abo-

gado y botánico distinguido, natural de Tenerife, que durante mucho tiempo residió en América. Bello escribe, y cuando se presisa, habla el francés tan bien como nosotros. Me ha pedido una carta de recomendación, y es ésta la que le presentará.

Don Domingo ha publicado muchos e interesantes artículos en la «Revista de Canarias», que le envía su director Don Elías Zerolo. Le recomiendo la lectura de «Jardín Canario», trabajo de creación y al mismo tiempo de erudición. En ese trabajo imagina el autor que uno de sus amigos, *isleño,* personaje tan cultivado como singular y que ha hecho una colosal fortuna en China, ha creado un atractivo y extenso jardín en los alrededores de Changay: allí cultiva todas las plantas y todos los árboles de sus queridas islas Afortunadas. Esta trama da lugar a situaciones insólitas y a anécdotas muy pintorescas. Una embajada del Emperador del Celeste Imprerio llega con la misión de conseguir plantas raras, pues el soberano tiene el capricho de cultivarlas en los jardines imperiales. El embajador es uno de los personajes más ridículos y al mismo tiempo más curioso: se trata de un *isleño* de Fuerteventura, un auténtico *majorero,* que también ha hecho fortuna y se ha convertido en un verdadero chino.

Los artículos de «Jardín Canario» están llenos de gracia y de buen humor. Estoy seguro que le divertirán.

En cuanto a novedades, le diré que las lluvias han sido calamitosas este año para Tenerife, que ha sufrido mucho. Los barrancos, desbordados desde las zonas altas de la isla, se han precipitado violentamente sobre las tierras bajas y se han llevado al mar tierras y cultivos. Mi pequeña finca de Geneto también ha sido afectada y me costará bastante reparar los daños. Y sin embargo, no soy yo quien más debe lamentarse; muchas pobres gentes lo han perdido todo, incluso la vida.

Cuento con su promesa de escribirme: me siento dichoso y halagado al saber que me considera entre sus mejores amigos.

A A. Grasset, en Argelia. 1880

Mi querido Grasset: henos aquí sin noticias suyas desde hace mucho tiempo. ¿Dónde anda usted? En Argelia, sin duda. Y si su salud se mantiene tan buena como es mi deseo, y la de su señora no es motivo de inquietud, puede ser que el ansia viajera le haya empujado a la vida

en el campo, en Kabilia, en las montañas del Atlas, en los oasis del desierto, ¿quién lo sabe? Le creo todavía capaz de hacerlo. Como ve, le escribo a Mustafá, donde tendrá que volver, y pienso que entonces no tardará en contestarme. Bastarán unas líneas para tranquilizarme y satisfacerme.

Lavialle, María, Francisco y Dolores envían mil afectos. Yo sigo acariciando la esperanza de volver a verle a pesar de mis muchos años.

A Don Domingo Bello y Espinosa
En La Laguna. 1880

Me disponía a contestar a su última carta cuando llega el correo de España y, puesto de través, me ha soltado una andanada de cartas, folletos y periódicos que es la de no acabar. Pero ya estoy libre y aprovecho para escribirle, pues para mí constituye un placer comunicarme con mis amigos.

Si se decide usted a aceptar la proposición que le ha sido hecha como delegado para asistir a la exposición de la Pesca que el mes próximo se celebrará en la capital de Prusia, yo podría serle útil recomendándole a uno de mis mejores amigos, el Doctor Charles Bolle, de Berlín, el prusiano más francés que conozco. Bolle es uno de los más destacados naturalistas de Alemania: habla y escribe el francés como si hubiera nacido en París, el español no le es extraño, lo mismo que el italiano: es casi un políglota. He mantenido con él desde hace casi treinta años una fraternal amistad, ha recorrido estas islas varias veces y le he visitado en Berlín. Viajero por inclinación y por costumbre, turista doblado de docto viajero, conoce la mayor parte de Europa. Tengo de él fajos de cartas que conservo como recuerdos valiosos y que podrán formar un repertorio enciclopédico, modelo de estilo coloquial. Botánico y ornitólogo fuera de serie, los artículos que ha publicado en una de las mejores recopilaciones de Alemania son muy solicitados. El ilustre Brehm, autor de la *Vie des animaux*, los ha citado en su importante obra.

Vea lo que me dice Bolle en su última carta: «Dentro de un mes tendremos aquí la Gran Exposición Internacional de la Pesca: ¿estarán representadas las Canarias? Creo que sí, puesto que España toma parte.

Piense en ello. Adiós.

A Don Emilio Auber, en Madrid. 1880

. . . . . .

Su interesante descripción del huracán de 1826 ha despertado en mí los recuerdos que guardo de la catástrofe que asoló el archipiélago y muy particularmente la isla de Tenerife. En aquel momento me encontraba ocasionalmente en La Laguna, en casa del buen Saviñón, cuando se inición la tormenta, y bajé apresuradamente a Santa Cruz, donde pude observar el desarrollo del espantoso desastre. Del mismo he conservado la relación *manuscrita* de donde tomé las notas que envié a Arago, en París.

Su padre no abandonó la residencia de La Orotava y de allí me tuvo al corriente de los acontecimientos.

Ahora que acabo de leer su descripción, todos los recuerdos se agolpan en mi memoria. Pienso hacer reproducir su carta en la «Revista de Canarias», que se edita en Santa Cruz, y si dispongo de tiempo, añadir algunos datos procedentes de mis propias observaciones hechas durante la terrible tempestad que estalló como un verdadero ciclón.

A E. Plon
Jefe de la Casa Editorial, en París. 1880

Querido amigo: debía una respuesta a su bondadosa e interesante carta y mi gratitud por el apreciado envío de su fotografía y de los dos folletos modelos, impresos solamente para algunos privilegiados. Los he leído: *¡Henri Plon, 23 de Noviembre de 1872!* y *Recuerdos del 20 de Octubre de 1877*. Conservaré el primero con veneración.

En cierto modo usted me ha hecho asistir al acto en que se le ha condecorado como Caballero de la Legión de Honor y he unido mis sentimientos más cariñosos a los cariñosos brindis de sus buenos operarios. Pero lo que verdaderamente me ha cautivado son sus propias palabras en el discurso profundamente sentido y tan bien comprendido por la inteligente falange de sus colaboradores. Usted ha puesto de manifiesto eso que la gente no acaba de percibir, es decir, la función del editor, esa labor personal del jefe, del *patrón*, como se dice, en ese trabajo previo que acaba en la selección de los manuscritos enviados a la imprenta. Así, he visto los calurosos aplausos que testimoniaban la satis-

facción y el entusiasmo de todo el selecto personal que mantiene a tan alto nivel el oficio, orgullo de Francia, orgullo de las artes y de las industrias nacionales.

¿Y qué podría decirle ahora de su fotografía? Mi amigo L. Lavialle, que en este momento está juntò a mí y que tiene la ventaja de conocerle personalmente, me asegura que el parecido es perfecto. Lo creo, porque al primer golpe de vista me he acordado de Henri Plon, su padre: la misma apostura, la misma expresión, frente despejada, la misma serenidad, igual placidez, la misma delicadeza de rasgos, características dominantes en la raza danesa, entre los descendientes de los rubios del Norte, ojos azules, entre los que se puede tomar como uno de los más puros representantes la hermosa figura de Thorwaldsen, cuyo retrato tengo ante mí; si, de Thorwaldsen, el gran escultor, a quien conocí en París y del que el mundo del arte debe a la pluma de usted el haber divulgado sus obras.

Gracias, querido amigo, por ese regalo de inestimable valor.

A P. Armand, profesor de Historia en el Liceo de Marsella. 1880

Hacia finales del pasado año usted se dignó hacer una reseña de mi obra *Vitalité des Mers*, que yo había enviado a la Sociedad de Geografía de Marsella. Ahora sé, por mi amigo Hippolyte Martin –que también lo es suyo– que dicha Sociedad ha recurrido de nuevo a su pluma para dar a conocer en su boletín o en un diario de la localidad mis *Antiquités Canariennes*, del cual regalé un ejemplar.

Considero una buena suerte ver mi libro sometido a su inteligente consideración: su título de profesor de Historia lo capacita para enjuiciar cuestiones de etnografía, que ha cobrado en estos últimos tiempos un gran interés histórico.

Pero es otra circunstancia la que me alegra profundamente, ya que me trae uno de los más lejanos recuerdos que nunca se olvidan. Se ha elegido para hacer la referencia de mi libro a un profesor del liceo donde hice mis primeros estudios. A pesar de mis ochenta y seis años no dejé jamás, en mis viajes por Francia, de hacer una visita al liceo marsellés, y lamento vivamente que mis muchos años y mi estado de salud me priven de volver a ver el colegio acogedor del que fui uno de sus

alumnos en la época del Consulado, de la República, hace setenta y siete primaveras. Sería para mí, señor profesor, una gran satisfacción poder ir a estrecharle la mano.

Acepte el testimonio de mi más distinguida consideración y mis más sinceros afectos.

El Cónsul de Francia, jubilado, S. B.

A Paul Broca, miembro fundador y Presidente de la Sociedad de Geografía de París. 1880

Señor y querido colega: con toda seguridad debe usted acordarse de un viejo amigo de Gratiolet, de Lemercier, del bueno de Parisset, de Moquin-Tandon, de Geoffroy Saint-Hilaire, de tantos otros, ¡ay!, que ya no existen. Casi todos fueron fundadores de esa Sociedad de Antropología cuyos trabajos, pocos años después de su fundación, tanta importancia cobraron y tanto satisficieron a esa selecta corporación que se ha puesto a la cabeza de la ciencia.

Es a esa Sociedad, Señor Presidente, a la que envío mis *Antiquités Canariennes*, que vienen a ser el complemento de la *Histoire Naturelle des Îles Canaries,* de la que yo soy uno de los autores, pronto hará medio siglo.

Esta obra –mis *Antiquités*– pone fin a mis estudios acerca de las antiguas Afortunadas. A mis ochenta y seis años he acabado su redacción, y considero un gran honor que sea presentada a la Sociedad por aquel de sus miembros que ha sabido dar, con sus trabajos, un tan decidido impulso a las investigaciones antropológicas.

Reciba, señor Presidente, la expresión de mi más distinguida consideración y de todo mi afecto.

S. B., Cónsul de Francia, jubilado.

Al General Faidherbe, Senador y gran Canciller de la Legión de Honor. 1880

Mi querido General: el antiguo Cónsul de Francia tiene el honor de enviarle un ejemplar de *Antiquités Canariennes*, complemento de la historia del archipiélago, la cual vengo estudiando desde hace medio si-

glo. Me sentiría satisfecho si despertara su interés y le deparara algunos ratos de distracción al autor de la *Collection des incriptions numidiques,* tan importante, y que ha desvelado zonas que hasta hoy habían permanecido a oscuras.

Quisiera aprovechar la ocasión, mi general, para hacerle llegar mi felicitación por el relevante lugar que ha alcanzado por los eminentes servicios prestados a la ciencia y a la patria.

Reciba, etc., etc.

A Don Agustín Millares
En Las Palmas de Canaria, 1880

Apreciable amigo: mil gracias por sus juicios sobre mis *Antiquités Canariennes*, que acepto como una prueba de su amistad. Sus consideraciones respecto a la importancia de los estudios antropológicos y sobre sus conclusiones para esclarecer el gran problema del origen de los pueblos primitivos, no pueden venir con más oportunidad, y las reseñas de los repertorios científicos de Francia merecerían ser conocidos por sus paisanos, haciéndolos llegar al público, como hace usted con mi obra.

Tiene usted el derecho de hacer patente ante los *isleños*, que los escritores de su tierra –usted en cabeza– han sido los primeros en tomar la iniciativa respecto a la valoración de los intelectuales franceses.

Pueden estar satisfechos sus compatriotas de la seguridad que usted les da proclamando en la «Revista de Canarias», en tres notables artículos ,todo lo que un concienzudo estudio puede aportar para probar y poner claro, si no de forma indiscutible, por lo menos con grandes probabilidades de acierto, lo referente a los orígenes de los primitivos habitantes de estas islas y de los pueblos que llegaron en épocas remotas a confundirse entre ellos en este viejo archipiélago del cual yo he intentado completar la historia.

Cuente siempre con la gratitud y el sincero afecto de su amigo.

A Don Aquilino Padrón
En Las Palmas de Canaria. 1880

Estimado amigo: he tenido la satisfacción de recibir su amable carta del 31 de enero y no me ha sorprendido su retraso, puesto que usted no ha querido contestarme antes de haber leído mis *Antiquités Canariennes*. Mil gracias por tantas lisonjas, que acepto como una prueba más de su amistad.

Las consideraciones que usted hace de mi obra son para mí un gran premio, porque yo también estoy en el caso de reconocer sus buenas dotes de agudeza y su buen juicio en el descubrimiento de las inscripciones de la isla de El Hierro, y me complace saber que mi libro es para usted un testimonio de la importancia que he podido deducir de sus trabajos, trabajos que acaso se hubiesen perdido para la historia de no haber tenido la resonancia dentro de la Sociedad de Amigos del País de Las Palmas. Pero todavía merecen más. Esos descubrimientos interesan al mundo de los estudiosos, pues conllevan cuestiones de historia, de antropología y de etnografía. Las inducciones obtenidas pueden dar un poco de luz sobre la marcha de la humanidad desde los primeros tiempos. Para mí, el pueblo bereber, al que los conquistadores llamaron guanches, ese pueblo intrépido, del cual todavía se encuentran los últimos descendientes en este archipiélago y en Africa, en el Moghreb y en otras partes del litoral septentrional, principalmente en las montañas del Atlas, en el Alto Egipto, en los grandes oasis de Nubia y en los del Sudán occidental; ese pueblo, digo, es uno de los más antiguos que se conocen, ya sean considerados como autóctonos, ya se les haga proceder de emigraciones celtas o celtíberas. O también, que se admita su fusión con pueblos semitas, cuchitas o cananeos que se extendieron, en su marcha a través del Asia occidental, hasta Africa y probablemente hasta las Islas Afortunadas.

Si, querido amigo, lo mismo que un pequeño hueso de un animal cualquiera puede servir para identificar un ejemplar de la fauna antediluviana, de la misma manera su descubrimiento nos ha puesto en el camino que debe llevarnos hacia el estudio de los comienzos de la humanidad en los tiempos prehistóricos.

Asi, de la roca volcánica en la que un pueblo ignorado traza las primeras líneas de su inteligencia, saltará la chispa que disipará las tinieblas de un pasado del que las más remotas tradiciones ni siquiera conservan el recuerdo.

NOTAS

[1] [En el texto de S. B. aparecen citadas así: *Plocames, Euphorbes, Kleinies,* que se corresponden con los nombres vulgares que damos. En el grupo de las euforbias están las tabaibas y los cardones.]

[2] Mertens murió durante el crucero de la corbeta. Las interesantes observaciones de este malogrado botánico sobre las grandes umbelíferas de Kamtchatka se han publicado junto con los magníficos dibujos que ilustran el Atlas del Viaje.

[3] *Celastrus cassinoides*, de Lhéritier.

[4] *Arbutus canariensis*

[5] Del género *Sonchus*

[6] *Linaria scoparia=Kichxia scoparia*, en la Montaña de los Guirres; hacia las cumbres recogimos un *lotus (lotus campylocladus,* W. B.*)* n. v. *corazoncillo*, la *Ononia angustissima*, de largas hojas; la *Centaurea arguta*, bella especie de la cumbre; la *Olea excelsa=Picconia excelsa*, n. v. *palo blanco*; y una hermosa variedad de mocán *(Visnea mocanera* y una *cerastium = Prunus lusitanica*, n.v. *Hija*, que no conocía.

[7] *De la pêche sur la côte occidentale d'Afrique*, etc., I vol., publicada bajo los auspicios de los Ministerios de Marina y Comercio. Esta obra, agotada, se publicó en París en 1840, por lo que queda incluida entre las publicadas durante mi residencia en la capital.

De la pêche sur les côtes d'Algerie, I vol., París, 1844. Las mismas observaciones hechas para la anterior.

De l'acclimatation en Algerie des principales essences des forêts canariennes, Bull. de la Sociètè d'Acclimat. de París, Sept. 1860.

De l'acclimatation et de la domestication des animaux et des plantes, Béthune et Plon, París, 1840,

Reorganisation du jardin d'acclimatation de l'Orotava, Bull. de la Socie. d'Acclim. Sept., 1862.

Nouveau Système de pêche, Junio 1862, Revue Maritime et Coloniale, traducción española presentada a la Comisión permanente de Pesca por Don Cesáreo Fernández, Madrid, 1860.

Navigation et grande pêche, que forma parte de «Cent Traités», París, 1846, Béthune y Plon.

Études sur les pêches maritimes, I vol., Challamel, París, 1875.

Oiseaux voyageurs et poissons de passage, 2 vol. in 8°, Challamel, París, 1876.

Mes oiseaux chanteurs, 1 vol. París, 1877, Challamel.

Vitalité des mers, 1 vol. in 8°, Marsella, 1878, Barlatier.

Antiquités canariennes, 1 vol. in 4°, 10 láms. París, E. Plon y Cia., 1879.

Journal d'un voyageur, 1 vol. in 8°, Marsella, Berlatier.

(En prensa) *Plantes et forêts*, 1 vol. E. Plon y Cia.

(Manuscrito) *Souvenirs intimes ou Miscellanées épistolaires*, de 1820 a 1880.

[Esta obra es la que constituye la presente edición. Editada en París en 1883, puede considerarse obra póstuma, ya que S. Berthelot murió en 1880.]

[8] [*Quartant*: el *cuartal*, en España, equivalía a 5 l. y 6 dl., pero como medida de áridos.

[El *quartant* es una antigua medida francesa de 75 pintas de capacidad (unos 70 litros). Se ha preferido traducir *quartant* por «pequeño barril»]

[9] La muerte de su hijo (nota del editor francés)

[10] [*Limonium macrophyllum y L. imbricatum.*

[11] *Arrebol o tajinaste.]*

[12] [*Semele androgyna*, la *Danae androgyna* de W. et B.]

[13] [*Saviñonia acerifolia*, W. B. = *Lavatera acerifolia* Cav.]

[14] [Doctor Don Domingo Saviñón.]

[15] *Maytenus canariensis* = *Peralillo.*

[16] *Tasaigo.*

[17] Siempreviva.

[18] [*Senecio multiflora* = *Palomera.*

[19] Tajinaste]

[20] «Tenía en torno a su pecho roble y triple coraza de bronce, aquel que el primero lanzó al mar una barca frágil de quebrarse».

[21] Flora macaronésica

[22] «Oh, nacida conmigo, siendo cónsul Manlio»

[23] Fragmento de una oda provenzal a Moquin T. –(«He visto vuestro nombre aureolado de gloria / en el libro de oro del templo de la memoria / donde se inscribe a los sabios».). [Esta traducción se ha hecho sobre la traducción francesa dada por el editor francés de esta obra.]

[24] En español en el original.

[25] Los Denis eran dos hermanos: Fernando Denis, el más joven, fue bibliotecario de Santa Genoveva, en París; es al que en mi tiempo se le llamaba *Denis el erudito* para distinguirlo del otro *Denis el tirano*, bajo el reinado de Luis Felipe. Este sobrenombre se lo había puesto el espiritual Villemain, entonces Ministro del Rey, a causa de las incesantes instancias a favor de sus electores como Diputado del Var. Hombre excelente, siempre dispuesto a hacer un favor, de clara inteligencia, amante de las artes, que dibujaba paisajes con una sorprendente habilidad, utilizando el lápiz, mientras hablaba con los amigos, que a veces tenían la suerte de poderse quedar con alguno de esos preciosos apuntes. (Nota del editor francés).

[26] y [28] [En español en el texto original.]

[27] [*Francolín*: ave del orden de las gallináceas, del tamaño de la perdiz.]

[29] [Galia Cisalpina, que comprendía la parte septentrional de Italia, y Galia Transalpina, extensa región situada entre los Alpes, los Pirineos, el Océano y el Rin. En la época romana esas regiones estuvieron pobladas por gentes de distintas etnias.]

[30] [Coche de caballos, generalmente de alquiler.]

[31] Levantar en lo más alto un monumento perdurable... Nunca morirás del todo.

[32] De la Sociedad de Geografía (nota del editor francés).

[33] He aquí lo que usted me escribió el 9 de Noviembre de 1873: «Su comunicación a la Sociedad de Geografía me ha interesado en grado sumo. Veo que el origen bereber de los guanches se vería plenamente confirmado, y que esta opinión, que yo había sostenido en mis clases, queda fuera de dudas al verla recogida en su bella obra sobre Canarias. Es una buena conclusión. Pero al mismo tiempo investigaciones craneológicas parecen indicar una filiación entre los guanches y una de las razas que en tiempos pasados poblaron el sur de Francia. Esas relaciones entre el norte de Africa y nuestras regiones meridionales hay que admitirlas como un hecho natural. Todos los días comprobamos relaciones entre las faunas y las flores de ambas regiones: resultaría muy extraño que el hombre escapara a esa ley común».

[34] Resumen de una carta del general Faidherbe: «He tenido conocimiento –me dice– de su interesante comunicación a la Sociedad de Geografía acerca del descubrimiento de Don Aquilino Padrón de la isla de El Hierro: es una verdadera inscripción libia. Desde hace varios años me ocupo de esta cuestión, sobre la cual he publicado varios trabajos. Le envío tres tiradas aparte para ayudar a Don A. Padrón en sus investigaciones.

Espero que su buena salud y el excelente clima lo conservarán todavía largo tiempo para los amigos de la ciencia».

[35] «P. S. Idem quoque Canarensibus priseis forsam vox *orijama* quae latini scribenda *orihama*; Deum enim et divino vocabule *Or* vel Aaram nominabant, et *Achoram* summus erat ilis Deus est: *Achemencey* summus princeps vel rex.

Vox *Aoram* ex hebraeo *Aor*, lux: unde quoque arabum deus urotaltes de que mentio apud Herodotum syllaba *Am* vel *an* pro stirpe vel ligno habenda est, sic enim plantarum nominibus saepissime occurrit, *Amagante*, malva *Anaferque*, Artemisia, *Haran*, Pteris, *Tinambuche*, Brionia, Libycum enim articulus *ti*.–

Hine *Orihama* Dei stirpe vel lignum sanctum». (Res. de *Hist. Natur. des Îles Canaries*, por W. y B. *Phitog. can.*, p. 127).

[36] [Esta interesante carta a Armand de Quatrefages (1810-1892) recoge una serie de teorías que estaban en boga en tiempos de Berthelot, y que éste resume en la carta a su colega. Hay, sin embargo temas vigentes hoy, como la variedad tipológica de la antigua población, el paralelismo de los signos alfabetiformes canarios con los líbicobereberes, según se ve en la carta de Faidherbe, los distintos tipos de enterramientos y tantas otras cuestiones que Berthelot trató extensamente en su *Ethnographie* y en *Antiquités canariennes*.]

[37] ¡Ay!, desgraciadas circunstancias obligaron al pobre pintor a suspender sus trabajos de restauración, que con tanto entusiasmo había emprendido.

[38] [S. B. tenía entonces 71 años.]

[39] [Los subrayados, en español en el texto original.]

[40] Ver *Histoire des peuples anciens*, de Lenormand, donde se trata de la gran confederación líbicopelágica del siglo XVI antes de Jesucristo.

INDICE

Pág.

Prólogo a la edición española..... 9

Introducción 17

I. Motivo de la obra.– Notas biográficas: Alexandre Auber .. 17

II. Idem: Apuntes biográficos: el Doctor Saviñón 18

III. Idem.–Apuntes biográficos: el Marqués de Villanueva del Prado..... 18

IV. Estudios y trabajos científicos. Apuntes biográficos de Philippe–Barker Webb..... 19

V. Sus viajes, su erudición, su muerte. Inauguración de su busto en la sala de su biblioteca y de su herbario del Museo de Florencia..... 21

VI. Viajes y excursiones por Europa con Webb 21

.....

IX. Llegada a Santa Cruz de la corbeta rusa *Cronstad*, capitán Lucke. Encuentro con el botánico Mertens. Herborización nocturna. Excursión a San Diego del Monte. Visita a la corbeta. Recepción por el comandante y el estado mayor ruso 23

X. Primeras herborizaciones con Webb. *Agua Guillén, Güímar.* Naudo, el boticario 25

Pág.

XVII. Fin de mi correspondencia con A. Auber. Mis trabajos en París, en la Sociedad de Geografía, y mis distintos estudios y ocupaciones científicas. (Nota). Motivos de mi regreso a Canarias en calidad de Cónsul de Francia, en 1847. Cambios habidos en los habitantes de la ciudad en mis diecisiete años de ausencia .. 27

1. A. Philippe–Barker Webb, en París, 1847. Mi regreso a Tenerife. Llegada a Santa Cruz. Vista de la costa de la isla. El Pico de Teide. Evocaciones. Vegetación. Reencuentro con viejos amigos. Cambios operados en los hombres y en las mujeres y en general en las costumbres 33

2. A mi amigo Auguste Couder, en París, 1848.– Tranquilidad en las Islas Canarias después de las grandes convulsiones volcánicas y estado de Francia después de su revolución política y social..... 34

3. Al mismo, en Fontainebleau, 1850.– El barril de vino de Tenerife y el cuadro de la Francia republicana 35

4. A Webb, en París, 1850.– Mi residencia consular y el jardín moruno en Santa Cruz..... 36

5. Al mismo, en París, 1851.– Excursión del botánico Ch. Bolle a su llegada a Santa Cruz. Herborización en *Pino de Oro. La Saviñonia* 37

6. Al mismo, en París, 1852.– Expedición de Ch. Bolle a Fuerteventura. Montañas de Jandía y llanos de Majorata. La casona de *La Oliva*, residencia del coronel Manrique. Herborización. La *statice* de la isla de Lobos 38

7. A Ch. Bolle, en Berlín, 1853.– De las islas de Cabo Verde a la desembocadura del Elba. La fiesta de San Isidro en La Orotava. Arcos de triunfo. Cena en casa de la familia Machado. Doña Magdalena. Profusión de plantas y de flores 38

8. Al mismo, en la isla de La Palma, 1854.– Pasa frente a Santa

Pág.

Cruz el cónsul De Castelnau, de regreso del Brasil. Recuerdos de la fiesta dada a sus amigos de París con motivo de su partida para el gran viaje 41

9. Al mismo, en la isla de La Palma, 1854.– El malacólogo ambulante: Blaumer. Nota biográfica 42

10. A mi amigo A. Grasset, en Canaria, 1855.– Nuevos proyectos de viaje del infatigable turista 43

11. A Ch. Bolle, en Canaria, 1856.– Expedición al interior. El inglés carnívoro. Recuerdos de *La Caldera de Bandama.* Vino exquisito. *¡Evohé!* 44

12. A mi amigo Charles Caffin, en La Orotava, 1858.– Los amores de un futuro diplomático. Mis consejos, clima del hermoso Valle y clima de Sierra Leona..... 45

13. A Ch. Bolle, en Berlín, 1858.– Sobre su regreso a Europa y su travesía del Mar del Norte en pleno invierno. Los pobres pájaros canarios de Canarias. La *Iridina de Podor* 47

14. Al mismo, en Berlín, 1859.– Mi *Tusculum* y mis trabajos sobre las pescas marítimas 48

15. A mi amigo Alfred Moquin–Tandon, en París, 1860.– Su familia. Recomendación a favor del Barón Castelo de Paiva.. 49

16. Al mismo, en París, 1860.– Historia de la famosa colección de conchas terrestres ofrecidas al Rey de Portugal y remitidas por su embajador en París..... 51

17. Al Barón Castelo de Paiva, en Lisboa, 1861.– Sobre mis trabajos literarios. Ansias de libertad. La pequeña *Tusculum.* Clima de invierno. Suaves temperaturas. Descripción de un pequeño animal. La caza de insectos 52

18. Al mismo, en Lisboa, 1861.– Sobre mi viaje por Europa y mi regreso a Canarias. Condecoración otorgada a Moquin–Tandon

Pág.

por el Rey de Portugal y entregada por el embajador en París 53

19. A Moquin–Tandon, en París, 1861.– Regreso a mi puesto. Itinerario de la costa meridional de España. Compra de nuevas obras para mi biblioteca 54

20. Al mismo, en París, 1862.– Sobre la fiebre amarilla en Tenerife en 1861 55

21. Al mismo, en París, 1863.– Sobre el mismo tema 56

22. A Ch. Bolle, en Berlín, 1863.– Recuerdos de mi viaje por Alemania. Berlín. Estatua ecuestre de Federico el Grande. Biografía del célebre escultor Christian–Daniel Rauch, por Couder 57

23. A Auguste Couder, en París, 1863.– La fiesta de Nuestra Señora del Pilar en Santa Cruz. El trovador improvisado. Envío de un barrilete de vino de MDCCCXLVII Phillippo Rege, año uno de mi consulado..... 58

24. A Moquin–Tandon, en París, 1863.– Sobre la aclimatación en Argelia de especies forestales de Canarias. Recuerdo de Arago. Revolución de Febrero 60

25. A Lemercier, bibliotecario del Museo de París, 1863.– Información sobre nuestra escuadra de evolución en la rada de Santa Cruz. Recuerdos de Gratiolet, de Toussenel y de Michelet. El artista escultor. Su vecino de habitación. Gran busto de Arago 62

26. A mi amigo Monteiro, en La Madera, 1864.– Visita de Charnacé a Tenerife. Recuerdos del vizconde Ponceau, de A. de Moukanoff y de la princesa rusa, su esposa. *Viaje al Empíreo,* de Monteiro. Mis setenta años. Viennet, poeta, más que octogenario 63

27. A Olivier Moquin-Tandon, hijo, en París, 1864.– *Le Monde de la Mer,* obra póstuma del padre 65

Pág.

28. A León Lavialle, en Marsella, 1864.– Respuesta a una de sus afectuosas cartas. La compañía de cómicos en el Teatro de Santa Cruz. Bailarines y bailarinas. Semblanza 66

29. A Lemercier, bibliotecario del Museo de París, 1864.– Protesta sobre la opinión emitida por el profesor Valentienne, reproducida por Quatrefages, acerca de la migración de los atunes y de los arenques 68

30. A P. Denis, antiguo diputado, propietario en Hyères, 1864.– Evocaciones mitológicas. El Jardín de las Hespérides. Prometeo. Aclimatación y cultivo. Nota sobre Denis *el tirano*.. 70

31. A Auguste Couder, en París, 1865.– Los chismes de Santa Cruz. El miedo al cólera 71

32. A mi amigo Ch. Bolle, en Berlín, 1866.– Sobre los proyectos para una biografía de P. B. Webb. Dificultades. *Vitalité des Mers* 72

33. A mi amigo Monteiro, en La Madera, fines de Enero de 1868.– Poseía al nuevo año. Recuerdos del pasado. La nodriza de Napoleón I. El primer barco a vapor de Fulton. El ferrocarril americano 73

34. A mi amigo Ch. Bolle, en Berlín, 1868.– Copia de una carta del 18 de octubre. Sesión de la asamblea general de la Sociedad de Aclimatación de París. Recuerdos de la isla del Lago, en Berlín, y de la tumba de Humboldt 75

35. A mi viejo amigo Monteiro, en La Madera, 1868.– Procesiones simultáneas y rogativas para la lluvia y la sequía. Recuerdos de la Exposición de 1867 y nota escrita, diez años después, sobre la de 1878 77

36. A Léon Lavialle, en Marsella, 1869.– Vegetación precoz. Los asuntos comerciales y la política. El alumbramiento de una nueva obra 78

37. A Don Mariano Pardo de Figueroa, doctor (*unum et idem*) Thebussem, en Medina Sidonia, 1869.– Recuerdos de los *Études sur l'Espagne*, de Antoine de Latour. Evocación de Don Quijote y de Cervantes al cruzar La Mancha. Apetitosa comida de Sancho Panza. Discurso del buen caballero El burro de Sancho. La prisión de Cervantes vengada por su inmortal obra. «Cervantes pobre como Job» 79

38. Al mismo en Medina Sidonia, 1869.– Sobre los francolines de Milán, citados por Cervantes 82

39. A Ogier, en Jersey, 1870.– Acerca de la luna roja y sus influencias sobre el sístema nervioso. Accidentes observados y sentidos. Luis XVIII y Laplace. Respuesta del astrónomo 84

40. A mi amigo Monteiro, en La Madera, 1871.– Llegada a Marsella. Declaración de guerra. Desembarco de nuestro ejército de Africa: infantería, suavos. Marcha hacia la frontera. Mi llegada a París. Primer desastre. Culpable imprevisión. Una batalla con un cuerpo de ejército, sin división para cubrirla, frente a 200.000 prusianos, y el Emperador, estancado en Metz, con sus cien guardias y el cuerpo de Bazaine. Mientras tanto, Canrobert en la Champaña fumándose su cigarro y llenándose la andorga. ¡Es indigno! 85

41. A Poirson, padre, en París, 1871.– Sitio de París. Instalación provisional en la calle Mazarino. Su antiguo alojamiento en la calle de Val–de–Grâce, demasiado expuesto a los obuses. Los acontecimientos marchan a paso de carga. Lastimosa situación. Pobre Francia 86

42. A Auguste Couder, en París, 1871.– Estás sano y salvo, ¡qué Dios sea loado!. El segundo sitio. Honor al coraje de las mujeres animosas 86

43. Al mismo, en París, 1871.– En su orgullo nacional *Don X* se cree hidalgo. Se siente ofendido por posar desnudo, ¡mentecato!. La cesta de papas. El jamón de Diógenes. Lección de filosofía 87

44. A mi amigo Ogier, en Jersey, 1871.– Salgo de mi pesadilla. ¡Espantoso drama!. ¡Nos levantaremos!. El panal de miel. Alegoría 88

45. A mi amigo Léon Lavialle, en Marsella, 1871.– Los agradables días del *cabanon*. Pesares. Al diablo Bismarck y su rey Guillermo. Estoy de acuerdo con el poeta Barbier: *¡Oh, Napoleón, maldito seas!* 90

46. A Auguste Beaumier, Cónsul de Francia en Mogador, 1872.– El recuerdo de Sidi Mohamed y de su jardín moruno. Envío de semillas y de flores para el jardín 91

47. Al mismo, en Mogador.– Noticias acerca del Barón Fritsch. Publicación de su interesante obra sobre la Geología de Canarias. Su generosidad. Lo que pienso sobre la confederación alemana basada en pretendidas nacionalidades. El rabino Mardochée 91

48. A mi amigo Rimbaud, en Tolón, 1872.– Comisión de encuesta en Estados Unidos sobre la piscicultura en los laboratorios de experimentación. Aprobación de los trabajos y observaciones de Rimbaud y Berthelot. ¿Qué dirá Coste?. Loven, director del Museo de Estocolmo, aspirante, con Darwin, para la plaza vacante de miembro extranjero del Instituto de Francia. Elegido Loven 93

49. A mi amigo Lavialle, en Marsella, 1872.– «El Mediterráneo, sus islas y sus costas». Recordando a Méry. La bullabesa.... 95

50. A mi amigo Monteiro, en La Madera, 1872 96

51. Al mismo, en La Madera, 1873.– La tranquilidad o más bien la indiferencia que reina en las Islas Canarias contrasta con las tormentas políticas abatidas sobre Francia. Unas palabras más sobre nuestras desgracias. Deseo el retiro 96

52. A Auguste Poirson, en París, 1873.– Siempre complaciente y amigo. Proyecto de envío de una pareja de canarios desde Santa

Cruz de Tenerife a la calle Lacépède. 98

53. A mi amigo Mariano Pardo de Figueroa *(unum et idem)* Doctor Thebussem, en Medina Sidonia, 1873.– Sobre el *Viaje de la Numancia,* de su hermano Emilio, capitán de fragata, muerto en Filipinas 99

54. A mi amigo Léon Lavialle, en Marsella, 1874.– ¡Mi retiro!. Libre como el pájaro. Imitación de Horacio..... 100

55. A Quatrefages, del Instituto, en París, 1874.– Sobre las inscripciones lapidarias de la isla de El Hierro y de la Cueva de Belmaco, en La Palma. Mi opinión. Fragmento de una carta del mismo y notas sobre el origen de «orijama» o planta santa .. 100

56. A la señora viuda de Couder, en París, 1874.– Pésame .. 103

57. A la misma, seis meses después, en París, 1874.– Para la biografía de Couder. Informaciones. Nuestra amistad en el colegio de Marsella, de 1801 a 1802. Los recreos en el jardín del pensionado. El general Cervoni y su pequeño regimiento de alborotadores. Reencuentro con Couder en 1840. Su gran estudio del Louvre. Su cuadro de la presentación de los ministros del Rey a la reina Victoria en el gran salón del castillo de Eu. Mi retrato en un grupo, en uniforme de General. P.S. Carta de Couder acerca de sus trabajos en el castillo de Fontainebleau.... 103

58. A mis amigos L. Lavialle y H. Martin, en Marsella, 1875.– Las poesías de Autran 107

59. Al Presidente del Congreso de Ciencias Geográficas de París, 1875.– Sobre la expedición polar del *Tegettoff* y el descubrimiento del archipiélago de Francisco José. Méritos del capitán Weyprech y el teniente Payer. Poner a dos cabos de la Tierra Petermann los nombres de ambos exploradores. Es de justicia 108

60. A mi amigo Monteiro, en La Madera, 1875.– Sobre la inauguración del busto en mámol de P.B. Webb en el Museo de Floren-

cia. Los partidos políticos en Tenerife. ¡Pobre España!. El partido clerical, su centro y sus ejércitos 110

61. A la señora viuda de Couder, en París, Enero de 1875.– El retrato de Couder. Diferencias entre una fotografía artística y una comercial. Un paisaje de la señora Couder. Sobre la biografía de nuestro pintor, por Ernest Breton. Lo que le falta. El niño de las cerezas. El retrato de la señora Couder. Estilo Greuze–David 111

62. A la misma, en París, marzo de 1876..... 113

63. A la misma, en París, enero de 1877 114

64. A Ch. Bolle, en Berlín, 1877.– El naturalista Brehm. Retractación pública. Fotografía de Brehm 115

65. A mi amigo A. Grasset, en Bois–le–Roi, cerca de París, 1877.–Relaciones epistolares con mis amigos 116

66. A mi amigo H. Martin, en Marsella, 1878.– Acerca de la *Vitalité des Mers* 117

67. A mi amigo Don Elías Zerolo, Director de «La Revista de Canarias», en La Laguna, 1878.– Sobre las emigraciones de diferentes pueblos hacia las Afortunadas: Los guanches de la conquista: su desconocimiento del arte de la navegación. Eclipses históricos de 3.000 años desde las primeras migraciones cananeas hasta la llegada de J. de Béthencourt en 1402: otra de 2.000 años desde la exploración de los enviados de Juba de Mauritania, a la época moderna, y otro silencio histórico desde la llegada de los árabes a los normandos de Béthencourt. 118

68. Al mismo, en La Lagunsa 1880.– Elevación de la parte occidental de Europa y del norte de Africa en los últimos tiempos geológicos. La existencia del hombre cuaternario no se ha producido sólo en aquellos puntos donde han tenido lugar los hallazgos de sus restos fósiles. Los antepasados de los guanches pueden considerarse como un pueblo autóctono..... 120

Pág.

69. A Ch. Bolle, en Berlín, 1880 121

70. A A. Grasset, en Argelia, 1880.– ¿Dónde está usted? 122

71. A Don Domingo Bello y Espinosa, en La Laguna, Tenerife, 1880.– Carta de recomendación a Ch. Bolle anunciándole la delegación de Don Domingo Bello a la Exposición de la Pesca, en Berlín. Informe sobre los trabajos literarios de este naturalista..... 123

72. A Don Emilio Auber, en Madrid, 1880.– Descripción del huracán de 1826 según las observaciones de su padre, Alexandre A., en La Orotava..... 124

73. A Eugène Plon, en París, 1880.– Jefe de la Litografía Plon. Recibo dos folletos modelos. Discurso pronunciado sobre la tumba de su padre y fiesta dada con motivo de su nombramiento de Caballero de la Legión de Honor. Su fotografía..... 124

74. A P. Armand, encargado por la Sociedad de Geografía de Marsella para que haga una reseña de mis *Antiquités Canariennes.* Afortunada elección. Armand es profesor de Historia en el liceo marsellés donde yo hice mis primeros estudios 125

75. A Paul Broca, miembro fundador y Presidente de la Sociedad de Antropología de París, 1880.– Envío de un ejemplar de *Antiquités Canariennes* 126

76. Al General Faidherbe, senador y Gran Canciller de la Legión de Honor, en París, 1880.– Envío de mis *Antiquités Canariennes* y amistosas felicitaciones por su reciente nombramiento..... 126

77. A Don Agustín Millares, en Las Palmas, Canaria, 1880.– Testimonios de agradecimiento por sus apreciaciones sobre mi última obra en los artículos publicados en la «Revista de Canarias» 127

Pág.

'8. A Don Aquilino Padrón, canónigo beneficiado en Las Palmas, 1880.– Cuestiones históricas que plantea el descubrimiento de *Los Letreros* de la isla de El Hierro y los signos grabados en las rocas de la gruta de los Bereberes, que se debe considerar como un pueblo autóctono. De la roca volcánica donde un pueblo prehistórico graba signos desconocidos, saltará la chispa que alumbrará las tinieblas del pasado 128

NOTAS 129

INDICE 133